

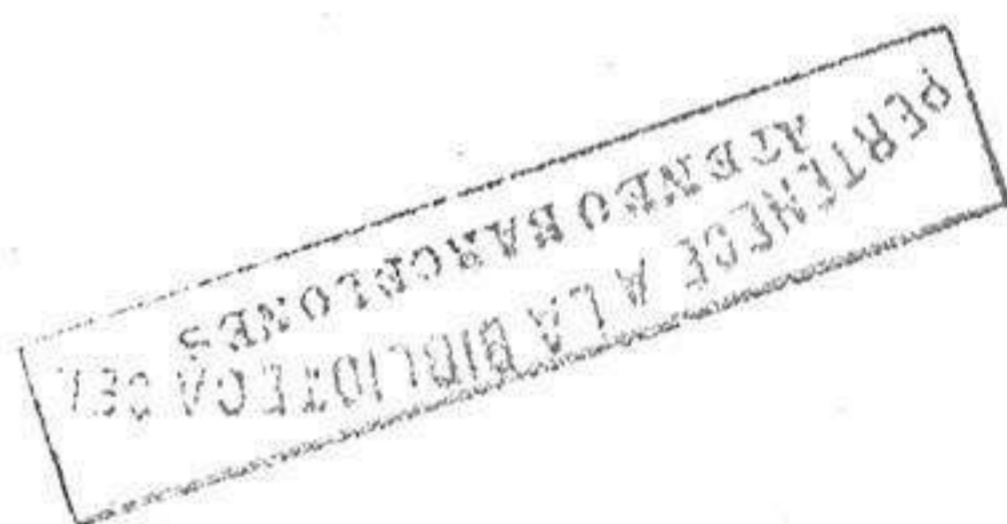


AÑO 10.º

NUM. 118.

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO



OCTUBRE 1898

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

ULADIMIRO KOROLENKO

En las primeras páginas del *Circasiano* describe Korolenko un triste viaje por el valle de Lena. Una obscura noche de otoño; un carricoche, donde se cuele la nieve, y dentro tres personas: el narrador entre dos representantes de la fuerza armada. El viaje narrado parece un episodio, con más ó menos ficción, de un viaje efectivo: del que hizo Korolenko á la región Nordeste de Siberia, al gobierno de Yakustk; y ya se ve, por la forma, que el autor de los *Recuerdos de un turista siberiano* no visitaba como simple turista los dominios remotos del Tsar.

Nacido en la Rusia Menor, escena de varias de sus narraciones (*En mala compañía, El músico ciego, El bosque rumoroso...*), «el destino le precipitó» un día desde las más bajas latitudes de Moscovia á las inmediaciones del círculo polar. ¡Qué cambio en aquellas ásperas soledades! En vez de compatriotas, un pueblo mísero que saborea la carne de caballo, la carne cruda, la carroña misma, y paladea un mortífero aguardiente con infusión de tabaco. En vez del hogar paterno, una pobre *yarta*, una choza, compartida con algún compañero de ostracismo de los de «casta y educación superiores» á las de los pobres diablos que merodean por aquellas arideces inhospitalarias. Dos figuras de esas aparecen un momento en el *Sueño de Makar*: un «extranjero» (un deportado político), fu-

mando en la cama y siguiendo abstraído las espirales de humo que salen de su boca; otro, sentado á la chimenea, contemplando en la misma actitud meditabunda las líneas incandescentes que surcan la leña á medio consumir. Son dos jóvenes que evocan silenciosos, durante una Nochebuena, los recuerdos de la patria lejana, dejando arder estérilmente una pobre bujía, que no alumbrá ningun trabajo ni ninguna escena de animación. Y el lector ve en uno de esos jóvenes, que no olvida, á pesar de la rapidez con que cruzan por sus ojos, al autor del *Sueño de Makar*: la obrita que fue el principio de su reputación literaria (1).

¿Qué efecto causó en el joven ruso esa prueba terrible, que ha destrozado los resortes de tantas existencias, y que tanto empequeñeció, en circunstancias harto más benignas, á hijos ilustres de aquella antigua Roma de férreo carácter?

En una de las horas más angustiosas, «á esa hora crepuscular en que la tristeza se apodera soberanamente del corazón», le vemos solo un día. Es al comienzo del *Desertor de Sajalín*. El compañero se ha ido. Entre las cuatro paredes de la yurta no hay más que obscuridad, frío y silencio. Fuera, una niebla impenetrable, una masa informe, yerta é inerte, con que tropieza la vista por todos lados. El río, las chozas de la aldea, la iglesita, la nevada llanura, la línea sombría de la *Taiga*—del bosque virgen de Siberia—todo se halla sumergido en ese pardo océano de vapor, y la propia casa parece entonces un islote perdido en medio de un mar muerto sin orillas. Se comprende á Korolenko cuando dice que, en una hora así, el dolor, por mucho que se reprima, alza la cabeza é interrumpe aquel silencio fúnebre para deslizar al oído del desterrado palabras despiadadas. ¡Verse como enterrado en vida, y quizá por siempre! ¿Cuántos podrán resistir á las insidias desmoralizadoras del desaliento?

Korolenko ha resistido. Si sintió las garras del dolor, á

(1) La publicó en 1885 el *Pensamiento Ruso*.

fuer de hombre, no sintió los desmayos mortales de un alma afeminada. «¡Eh! ¡Qué es eso después de todo!—debió decirse.—¿Obscuridad? ¿Frío? ¿Silencio? Para eso está el dios de la yurta, el fuego omnipotente.» Una sacudida briosa, y en pie: ¡guerra á todos los enemigos de la imaginación solitaria! La enorme chimenea, que, minutos antes, sumida en la penumbra, parecía abalanzarse calladamente hacia las tinieblas como un espectro, es ahora la puerta por donde se precipita ruidosamente en la choza, llevándole la alegría y la vida, el amigo inseparable de la morada yacuta, la llama risueña, retozona y locuaz. Basta eso para que nuestro desterrado no se considere ya tan solo, y crea que todo bulle, habla y se agita en torno suyo. Aquí entra en escena su imaginación, una imaginación que transfigura los seres y anima las cosas. El hielo mismo de las ventanas de la yurta, abrillantado por el reflejo de las llamas y acariciado por el hálito vital de esa fantasía, no es ya hielo: se deshace, se refunde y se trueca en preciosa y deslumbradora pedrería. Al desaliento, que estruja y deprime, ha sucedido la admiración, que explaya y eleva. «Yo sentía un singular placer—nos dice el desterrado—al pensar que, en medio de esa noche fría y nebulosa, mi aislada cabaña resplandecía con los reflejos luminosos de sus carámbanos, y, á modo de volcán en miniatura, lanzaba hacia el cielo surtidores de chispas incandescentes, que estallaban y palpitaban en el aire entre remolinos de blanco humo.» Al través del prisma de esa imaginación, Siberia no será la Siberia que contemplan la mayoría de los ojos. Todos han visto sus horrores; pocos su poesía. Korolenko la ha visto y la ha cantado. ¿Qué poesía? La poesía del invierno, elevada á la enésima potencia.

Introducid en esa escena, ya animada al calor de la fantasía, un ser viviente, un hombre, aunque sea un desconocido. ¿Qué efecto hará su aparición en nuestro solitario? No es el país un vivero de perfecciones humanas, y parece natural prevenirse contra un huésped cuyo pasado se ignora. ¿Será uno de esos contrabandistas que desafían la ley y las persecucio-

nes para llevar aguardiente á los mineros á cambio de oro? ¿Será un «colono» de los muchos que «no tienen nada que perder», y que roban y saquean á veces por los alrededores? ¿Será uno de esos culis, uno de esos «pobretes», como los llaman los naturales, «que se entretienen en robar caballerías, en forzar cerraduras ó romper cráneos en noches tenebrosas?» ¡Qué preguntas! Nuestro solitario las extraña: no cruzan tales ideas por su mente. No ve más sino que un Robinsón, en una isla desierta, debe saludar como un amigo al primer ser animado que regocije sus miradas, aunque sea un pobre loro. Tratándose de un semejante, ya puede haber las sombras que quiera en su pasado. «¡No importa!—exclama el autor.—La Siberia enseña á ver el hombre hasta en un asesino.» Y así como antes interpuso entre el país y sus ojos un prisma mágico, se arma ahora de un lente de aumento para mirar á los pobladores, y no pisotea las escorias sociales por temor de aplastar las almas escondidas. Simpatía aun por la más bastarda naturaleza; simpatía aun por la más bastarda humanidad. Korolenko podrá no ser un juez, pero es algo que vale más que un juez: es un hombre.

Y ese hombre, á quien vemos volver en *At-Davan*, de las soledades á que le vimos dirigirse en *El Circasiano*, no sabía nunca lo que es rencor para la escena de este episodio de su vida. Al despedirse de ella, no sacudirá el polvo de nieve que pueda haber en su ropa, sino que dirigirá hacia atrás una última mirada con ojos conmovidos. Y al entrar en su patria, no desahogará su pecho murmurando maldiciones, sino añadiendo nuevas páginas al eterno poema del infortunio.

El sueño de Makar, El desertor de Sajalín, At-Davan, El Circasiano, La víspera de Pascuas, poemitas en prosa, he ahí lo que nos trae, como recuerdo de sus excursiones, el singular «turista»: presentes, que no sólo nos ponen en contacto con la helada tierra de donde vienen, sino que se nota, al recibirlos, el calor de las manos que los trajeron; espejo fiel de lo que pintan, según el testimonio de los conocedores de aquel extra-

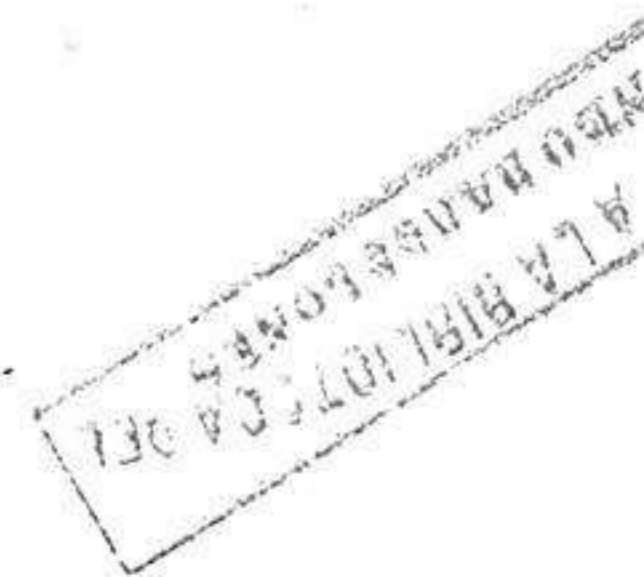
ño mundo, pero no espejo impasible. La voz del narrador delata á cada paso sus impresiones, y la lengua del poeta se pliega á la óptica de su espíritu y á las emociones íntimas que asocia á sus relatos. Nunca podrá un artista pintar las cosas sino como él las ve y las siente, y no las verá dos veces del mismo modo; pero, así como algunos se esfuerzan en reducir sus impresiones fragmentarias y variables á un común denominador, otros se afanan en fijar esas impresiones fugitivas, en reflejar directamente los visos cambiantes con que desfila por sus almas el espectáculo del mundo. De estos es Korolenko, de los que no se alejan para contemplar el espectáculo á distancia y desde una altura, sino de los que permanecen junto á la escena, sin apartarse, para sorprender al paso el rayo fugaz de cada pormenor. Y como esta visión directa no se obtiene sino á expensas del horizonte, Korolenko restringe el suyo, y cultiva preferentemente la miniatura. Sus obras son joyitas menudas en que el artífice pone todo su conato en perfilar y matizar.

Esta atención á la forma y á los pormenores no es exclusiva de él, sino tendencia que viene prevaleciendo en su país después de la explosión literaria del penúltimo quinto del siglo, después de la gran campaña de los Turgueneff, de los Dostoyenski y de los Tolstoy. Podría, pues, decirse que Korolenko sigue la corriente actual de la literatura de su patria, de la «escuela moderna»; pero no se diría bien, porque él no figura entre los simples secuaces, sino entre los directores. Para la crítica rusa, es el jefe de esta tendencia.

Korolenko nació en Jitomir el 27 de Julio de 1853. Fué desterrado á Cronstadt en 1875, después, con muchos miembros de su familia, á Perm en 1879 y, por último, á la Siberia oriental, donde pasó tres años trabajando como obrero.

Ahora reside en Nigni Nowgorod dedicado al cultivo de la literatura en cuyo campo ocupa uno de los primeros puestos entre los literatos rusos.

X.



EL DESERTOR DE SAJALIN

I

..... Mi compañero se fué. Hube de pasar la noche solo en nuestra *yurta* (1).

No tenía ganas de trabajar, ni ánimos siquiera para encender lumbre. Medio echado en la cama, me abandoné insensiblemente, y sin darme cuenta, á las penosas impresiones de un silencio absoluto y de la noche que se acercaba en medio de una niebla glacial.

Los últimos y pálidos rayos de esa luz crepuscular, tan característica de las extremas regiones septentrionales, se extinguían poco á poco al través del hielo de las ventanas de la *yurta*.

Densa obscuridad salía arrastrándose de los rincones, y subía por las paredes inclinadas, que parecían ir á juntarse unas con otras por encima de mi cabeza. Durante algunos minutos se dibujaron aún los contornos de la enorme chimenea que en medio de la *yurta* se elevaba. No parecía sino que uno de los penates familiares de la morada *yacuta* extendía hacia las tinieblas los brazos abiertos, como en una lucha silencio-

(1) Choza siberiana.—*N. del T.*

sa. En fin, esas confusas sombras desaparecieron á su vez, y todo se perdió en la invasora noche.

¡Obscuridad completa!... Sólo se veía fosforescer débilmente tres manchas indecisas. Era el frío paralizador del invierno yacuta, que lanzaba al través de los huecos sus turbias miradas.

Minutos y horas se deslizaron silenciosamente, siguiéndose las unas á las otras con su pasar acompasado. Era—y no la sentí venir—la hora crepuscular y cotidiana en que la tristeza se apodera soberanamente del corazón; en que el «suelo extranjero» envuelve al desterrado con su hálito más implacable, con su más glacial obscuridad; en que se alzan y dilatan amenazadoras en la imaginación, como un infinito invencible é inmensurable, las montañas, las selvas, las estepas inmensas, interpuestas entre vosotros y todo lo que os es tan caro, todo lo que ahora está tan lejos, todo lo que se ha perdido, todo lo que, atrayéndoos, cautivándoos aún tan vivamente, se desvanece á esa hora, no obstante, en la nebulosa lontananza, entre destellos que se asemejan á los resplandores del fuego moribundo de una esperanza perdida.

Entonces es cuando el dolor acerbo, tanto tiempo contenido, replegado en lo más profundo del corazón, pero siempre insuperable, levanta atrevidamente su cabeza siniestra, y en medio de esas tinieblas y de esa calma de muerte, me desliza al oído estas palabras espantosas, inexorables: «¡Por siempre en este sarcófago!.... ¡por siempre!....»

Un gañido débil y cariñoso, que desde el techo llegó á mi oído por el cañón de la chimenea, vino á sacarme de ese penoso letargo. Era el amigo inteligente, mi perro fiel, Cerbero, que, transido en su puesto de guardia, parecía preguntarme qué era lo que tenía yo para no encender la lumbre, con aquel frío horroroso.

Dí una sacudida, viendo que iba á sucumbir en esa lucha con el silencio y la obscuridad, decidiéndome á recurrir al medio de salvación que tenía á mano. Ese medio era el dios de la yurta: el fuego omnipotente.

Los yacutas no apagan la lumbre durante el invierno; por lo mismo, los cañones de sus chimeneas están dispuestos de modo que no pueden cerrarse. Nosotros habíamos conseguido arreglar el nuestro, como Dios nos dió á entender, de suerte que pudiera cerrarse, pero desde fuera, y siendo preciso para ello subir al techo plano de la yurta. La casa estaba envuelta en nieve de arriba abajo, y en ella se dibujaban los escalones. Subí.

Nuestra vivienda se hallaba al extremo de la *sloboda* (1), algo ya en las afueras. Desde nuestro techo podía abrazarse por lo común toda la llanura y los montes que la circuían, así como los humos de las yurtas de la *sloboda*, habitadas por los descendientes de los colonos rusos, yacutizados tiempo hacía, y en gran parte por tártaros desterrados. Pero en aquel momento envolvía todas las cosas una niebla gris y fría, que los ojos no podían traspasar; suspendida en el aire, con una temperatura de 40 grados Réaumur, gravitaba inmóvil pesadamente sobre la tierra silenciosa. Por todas partes tropezaba la mirada con esa masa gris, deforme y muerta.....

Únicamente allá en lo alto, derechamente encima de la cabeza, divisábase en el fondo del cielo una estrella solitaria que, atravesando el tupido velo, enviaba á la tierra su agudo rayo luminoso.

Todo estaba helado. Los ribazos del río, las pobres chozas de la aldea, la iglesita, la tersa llanura cubierta de nieve, la línea sombría de la *taiga* ó bosque virgen de la Siberia: todo se hallaba sumergido en esa niebla como en un mar inmenso. El techo de la yurta, donde estaba yo con el perro acurrucado á mis pies, ese techo, con su chimenea de tosca arcilla, me hacía el efecto de una isla perdida en medio de un Océano sin límites. En torno de mí, ni el menor ruido..... Frío no más, angustia..... una noche silenciosa, concentrada en sí misma, llena de ansiedad, de vivo terror.

(1) Pueblo.—*N. del T.*

Cerberero empezó á aullar lastimosamente. Quizá también el pobre perro experimentaba una especie de angustia al sentir la aproximación de ese reinado del implacable frío. Se pegaba á mí, y alargando su hocico agudo, miraba pensativo la niebla gris é impenetrable.

De repente irguió las orejas y empezó á gruñir. Escuché. Al pronto no oí nada; pero después de unos instantes, de ese intenso silencio surgió un ruido lejano apenas perceptible: ¡uno, dos, tres!.... y enseguida reconocí, al través de la helada atmósfera, el trote de un caballo que cruzaba á lo lejos las praderas. Pensé en el pobre jinete solitario que, á juzgar por el débil ruido de los cascos de su cabalgadura, tenía que andar aún unas tres verstas antes de llegar al pueblo. Luego me dí prisa á bajar del techo por el muro inclinado y me precipité en la yurta, porque un minuto al aire libre con la cara descubierta pone en peligro una mejilla ó una nariz. Cerberero me siguió, no sin lanzar antes atropelladamente un grito sonoro en la dirección hacia donde se oía el ruido de los cascos.

Unas virutas que prendí se inflamaron al momento en la chimenea, abierta como una boca en medio de la yurta. Añadí algunos troncos resinosos de alerce, y en algunos instantes mi triste y silenciosa morada se llenó de ruido y de alegres chisporroteos.

La llama corría por los leños, lamiéndolos, abrasándolos poco á poco, retozando, brincando, rezongando y silbando. Era como un ser luminoso, vivaracho, bullanguero y hablador infatigable, que se colaba en la yurta, llevándole la vida é iluminando hasta sus últimos rincones. A veces cedían el flujo y el bullicio furioso de la llama. Entonces, al través del tubo corto y derecho, oía yo estallar y silbar en el aire helado las chispas ardientes. Luego el fuego volvía á las suyas con nuevo ardor, y á menudo retumbaban alegremente en mi pobre choza detonaciones que parecían pistoletazos.

Ya entonces no me consideré tan solo. Todo parecía bullir, bailar, agitarse y hablar en torno mío. El hielo mismo de las

ventanas, á cuyo través miraba yo hacía poco la glacial y siniestra noche, el hielo, donde ahora jugueteaba la llama, se tachonaba de ardientes chispas de todos colores, bien así como de piedras preciosas.

Yo sentía un singular placer al pensar que, en medio de esa noche fría y nebulosa, mi cabaña aislada resplandecía con los reflejos luminosos de sus carámbanos, y, á modo de volcán en miniatura, lanzaba hacia el cielo surtidores de chispas incandescentes que estallaban y palpita ban en el aire entre remolinos de blanco humo.

Cerberero vino á sentarse junto á la chimenea, y se puso á mirar el fuego, inmóvil como una estatua de mármol. De vez en cuando volvía la cabeza hacia mí; sus ojos inteligentes, henchidos de caricias, delataban su gratitud y su bondad.

En el patio, cerca del muro exterior, se oye golpear pesadamente; pero Cerberero no se mueve, y se limita á gruñir con indulgencia. Sabe muy bien que son mis caballos que, después de haber permanecido fuera mucho tiempo tiritando de frío, vienen ahora, atraídos por el fuego, á abrigarse arrimados á la pared, y á gozar de la vista de las chispas, que bailan en las tinieblas, y de esa larga cinta de tibio y blanco humo.

De pronto, mi perro se aparta de la lumbre con mal gesto, empieza á gruñir y se lanza hacia la puerta. Hago salir á Cerberero, y le mando arriba, á su sitio de costumbre, donde se agita y ladra desesperadamente, mientras yo salgo á mi vez para mirar fuera del vestíbulo.

Era el caminante solitario que había oído en medio del silencio de la noche. Le había tentado sin duda el fuego de mi choza, y ya apartaba los travesaños de mi puerta cochera para entrar en el patio con su caballo.

Yo no esperaba á ninguno de mis amigos. No era probable que fuese un yacuta el que llegaba á la aldea tan á deshora. Aun en ese caso, sabría muy bien donde vivían sus *dogors* (sus amigos), y no se habría parado delante del primer hogar. No puede ser más que un colono, me dije.

Por lo común, no gustan mucho en casa tales huéspedes; pero en aquel momento la presencia de un ser humano llegaba muy á propósito. [Yo sabía que mi fuego, que ahora chisporroteaba tan alegre, no tardaría en flojear, entonces vería estirarse perezosamente las llamas lánguidas sobre los leños enrojecidos; y más débiles, más raras cada vez, recorrerían á la postre las encendidas brasas como serpientes de fuego, cuchicheando palabras misteriosas.

Entonces volverán á invadir mi choza el silencio y la obscuridad, y volverá la angustia á mi corazón. De cuando en cuando, alguna débil chispa, que en la ceniza queda, brotará en la sombra, como mirada de un ojo que se entreabre para volver á cerrarse por siempre; y por fin, se extinguirá toda luz, y tornaré á quedarme solo, solo en esta noche larga, abrumadora, sin fin.

Yo no conocía al hombre á quien iba á dar asilo. ¡Quizá en su pasado había sangre!... ¡Qué importa! Sobre que no me ocurrió siquiera tal idea.

La Siberia enseña á ver el hombre hasta en un asesino. Aunque, al conocerlos más de cerca y mejor, apenas se conserven grandes ilusiones sobre esos «pobretes» (1) que se entretienen en robar caballos, en forzar cerraduras ó romper cráneos en noches tenebrosas, no puede uno menos de tratar de comprender y de explicarse, en presencia de cualquiera de esos seres, los varios y complejos movimientos de la naturaleza humana. Ese análisis enseña á discernir lo que se puede esperar de un hombre. Un asesino no es sólo un asesino: vive también; experimenta las mismas sensaciones que los demás; tiene, sobre todo, sentimientos de gratitud para quien, en tiempo húmedo y frío, le da albergue. Sin embargo, siempre que yo había hecho un nuevo conocimiento de este linaje, y si por casualidad mi viajero nocturno se hallaba en posesión de un

(1) Así llaman los siberianos á los culis que residen en su país.—
N. del T.

caballo ensillado, donde se balanceaban las bizazas de los jinetes yacutas, me inspiraba ciertas dudas el problema de á quién pertenecería el caballo; y el contenido de las maletillas me incitaba á reflexionar sobre la manera cómo había sido adquirido.

Abrióse la pesada puerta de la yurta, forrada de piel de caballo y escondida en el muro oblicuo; entró en la estancia una bocanada de vapor, y se acercó á la chimenea el extraño. Era un hombre de elevada estatura, bien plantado y recio de hombros.

Aunque vestido á lo yacuta, bastaba una ojeada para ver que no lo era. Calzaban sus piés esos *torbass* de cuero de caballo, blanco como la nieve. Las mangas amplísimas de la *sona* (1) yacuta le subían con sus pliegues más arriba de los oídos. Llevaba envueltos el cuello y la cabeza en amplio chal anudado á la cintura. Ese chal, lo mismo que la punta del gorro yacuta, estaba cubierto de copos de helada y compacta nieve.

El desconocido se acercó á la chimenea, y con las manos ateridas empezó á desatarse el chal dificultosamente y luego los cordones del gorro, que echó á la espalda. Entonces pude ver el semblante juvenil, sonrojado por el frío, de un hombre como de treinta años. Sus facciones, abultadas y expresivas, tenían esa expresión particular que había yo observado frecuentemente en los decanos de las comunidades de presos, y que no es sino la propia de personas seguras de la autoridad que ejercen en su medio, pero obligadas á la vez á una gran circunspección con los extraños. Sus ojos, negros é inteligentes, dirigían rápidas y cortas miradas. La parte inferior del rostro, un poco prominente, permitía adivinar una naturaleza ardorosa y apasionada, que el *brodiaga* había aprendido á disimular de larga fecha: porque en algunos síntomas caracte-

(1) Capote de pieles.—*N. del T.*

risticos, aunque difíciles de sorprender, yo había reconocido en mi huésped un brodiaga ó desertor.

A veces un estremecimiento casi imperceptible del labio inferior y la tensión nerviosa de sus músculos, delataban la lucha interna de su espíritu, en guardia siempre.

La fatiga, el frío y, quizá también la angustia que había experimentado el solitario viajero al caminar de noche entre la niebla impenetrable, todo eso dulcificaba las angulosidades de su rostro, y se traducía en su frente y en sus ojos negros por un sufrimiento, tan acorde con el estado de mi ánimo, que me inspiró de repente una simpatía involuntaria por mi huésped desconocido. Dejando de aligerarse más de ropa, se recostó en la chimenea y sacó una pipa del bolsillo.

—Buenas noches, *gospodine* (señor)—dijo, golpeando la pipa en una esquina para vaciarla, y dirigiéndome de soslayo una mirada escrutadora.

—Buenas noches—respondí, sin dejar de examinar atentamente aquella cara.

—Perdone, *gospodine*, si he entrado en su casa tan de rondón. No quería más que calentarme un poco y fumar una pipa, y en seguida me marcharé, porque á dos verstas de aquí, en la alquería, tengo amigos que siempre me reciben con los brazos abiertos.

Su voz denunciaba esa especie de reserva de un hombre que no quiere pasar por importuno; y con miraditas atentas y cortadas, parecía tratar de adivinar la respuesta que iba á darle, y que determinaría nuestras relaciones ulteriores.

Te trataré como me trates, decía su fría y fija mirada.

A pesar de todo, la reserva de mi huésped formaba grato contraste con la importunidad habitual de los colonos yacutas, aunque de sobra se viese que, á no haber pensado pasar la noche en casa, hubiese atado el caballo á la parte de afuera, en vez de meterle en el patio.

—¿Quién es usted?—pregunté.—¿Cómo se llama?

—Yo me llamo Baghylai, es decir, entendámonos, ese es

mi nombre de aquí, pero mi verdadero nombre..... el nombre que me daban en Rusia, es Vassily..... ¿Usted ha oído quizá hablar de él? ¿Del distrito de Baiagantai?

—¿Nacido en el Ural? ¿Un brodiaga?

Una sonrisa de satisfacción iluminó los labios de mi huésped.

—¡Sí, eso es! El mismo. Parece que usted ha oído hablar de mí.

—Sí. Me ha hablado de usted N. N. Eran ustedes vecinos, ¿no es verdad?

—Justo. N. N. me conoce muy bien.

—Pues me alegro de verle, y bien venido sea. Quédese en mi casa esta noche; nada mejor, puesto que estoy solo. Prepararemos en seguida el *samovar* (1).

El brodiaga aceptó al momento.

—¡Gracias, gospodine! Puesto que me invita, no le desairo. Pero he de quitar las bizazas de la silla, y traerme también alguna otra cosa. Es lo más prudente, aun cuando he tenido la precaución de atar el caballo en el patio, porque hay gente muy diestra en la aldea de usted, sobre todo entre los tártaros.

Salió. Un minuto después volvió á entrar con dos maletillas de viaje. Después de desatar las correas, empezó á sacar las provisiones que contenían: manteca helada, leche helada, algunas docenas de huevos, etc. Puso una parte de esas provisiones en mis vasares, y las demás en el vestíbulo, para que no se derritiesen. Luego se quitó el chal, el capote de pieles, el caftán; y quedándose sólo con su camisa roja de algodón y sus *charovary*, cogió una silla y se sentó á la lumbre. Al cabo de un rato levantó la cabeza y dijo sonriendo:

—¡Vaya, gospodine!..... Voy á decirle toda la verdad. Al acercarme á su puerta, me decía: «¡Si fuese á negarme un abrigo para esta noche!» Porque, es claro, yo me hago cargo

(1) La tetera.—N. del T.

de la situación. Entre los nuestros los hay de todas cataduras, y á la mayoría no podría dárseles hospitalidad, ni pensarlo siquiera. Pero yo, por mi parte, no pertenezco á esa categoría, se lo aseguro..... Además, puesto que usted ha oído hablar de mis.....

—Es verdad: sé algo.

—¡Ya ve usted!..... Yo llevo, puedo decírselo sin alabarme, una vida absolutamente honrada, ejemplar. Tengo una vaca, un becerro de tres años, un caballo..... Labro la tierra y el huerto.

Todo esto lo decía con un tono extraño, como si soñase. El colono, con los ojos fijos, parecía mirar un punto del espacio. Al pronunciar las últimas palabras, hasta llegó á abrir los brazos con un movimiento de asombro, que parecía decir: «Pues es la pura verdad, es como lo digo.»

—¡Sí!—prosiguió en el mismo tono.—¡Trabajo! y trabajo en un todo conforme al mandamiento de Dios. ¿Qué quiere usted? Creo que eso vale más que robar, ó, lo que es peor aún, saltar. Y vea un ejemplo que prueba que tengo razón. Viajo en una noche obscura; diviso el fuego de usted; entro..... y enseguida encuentro una acogida hospitalaria, el samovar. Son cosas inapreciables, ¿no es cierto?

—Seguramente—respondí—aunque era óbvio que á quien él quería convencer de las ventajas de su nueva vida era á sí mismo.

Yo conocía un poco á ese Vassily, por lo que un amigo me había contado: era un brodiaga colono. Vivía hacía dos años en una casita suya, en medio del bosque, cerca de un lago y no lejos de un *naslegue* (ó comunidad legal) yacuta. Entre los colonos, que son en su mayoría miserables que no tienen nada que perder y roban y saquean á veces en los alrededores, Vassily era uno de esos raros brodiagas que prefieren una vida de trabajo, lo cual les permite aquí levantar cabeza fácilmente.

En general, el pueblo yacuta es bastante caritativo, y en

muchas aldeas es costumbre auxiliar á los colonos recién llegados. Verdad es que, sin ese socorro, un hombre, abandonado en condiciones tan duras en un país desconocido, no tendría otra alternativa que morirse de frío y de hambre ó hacerse salteador. Verdad es también que ese socorro suele concederse bajo forma de «subsidios de viaje», con los cuales procura el Municipio deshacerse de gente molesta, enviándola á una mina de donde rara vez vuelve.

Sin embargo, el hombre que quiere trabajar de veras, casi siempre encuentra ayuda y apoyo entre los yacutas.

Vassily, pues, obtuvo del naslegue una isba, un buey y seis *puds* (1) de trigo, sembrados á expensas del Municipio el primer año. La cosecha fue enseguida abundante; además, Vassily se contrató en condiciones ventajosas para segar en algunas propiedades yacutas; luego, poco á poco se puso á comerciar en tabaco, y en dos años próximamente pudo tener su arreglo de vida. Los yacutas le daban pruebas de aprecio. Los colonos, cuando estaba delante, le llamaban Vassily Ivanovich; sólo detrás de él se permitían llamarle Wasska á secas. Los sacerdotes que iban de camino para ejercer su ministerio entraban de pasada en su casa y le invitaban á su vez á ir á la suya. Al número de sus conocimientos hay que añadir algunos de nosotros, hombres de casta y educación más elevadas, precipitados por el destino en esas lejanas regiones.

La vida de Vassily parecía, pues, bastante bien arreglada; no le faltaba ya más que casarse. Esto ofrecía, sin duda, alguna dificultad, porque no es corriente que se acepte por marido á un brodiaga; pero con un poco de dinero, con un novillo ó un buen potro, todo se arregla en este país bendito.

Sin embargo, cuanto más examinaba la enérgica fisonomía del joven brodiaga, más creía descubrir en ella algo extraño, que al pronto no me había llamado la atención. Ahora

(1) El *pud* equivale á 16 kilogramos.—*N. del T.*

me agradaba menos que antes aquella fisonomía, aunque me pareciese bastante simpática, á pesar de todo.

Sus ojos negros miraban á veces con un aire pensativo, lleno de inteligencia. Todas sus facciones denotaban la energía; era franco su porte, y en el tono que afectaba se traslucía el amor propio satisfecho de una altiva naturaleza. En ocasiones, sin embargo, pasaba rápidamente por su semblante un estremecimiento nervioso, y sus ojos dejaban de lucir. Se adivinaba lo que costaba á Vassily ocultar bajo una máscara de frialdad y de tranquilidad punzantes amarguras que de continuo tendían á desbordarse, y que no contenía el brodiaga sino á costa de esfuerzos poderosos.

Entonces no me daba yo exacta cuenta de lo que pasaba en su alma. Lo he sabido después. Es que ese hombre, brodiaga por temperamento, se engañaba á sí mismo creyendo que su tranquila existencia, su casita, su vaca, su becerro y la estima que se le atestiguaba bastaban para hacerle feliz.

En el fondo no lo era, y lo comprendía. Aunque trataba de ahogar esa voz que murmuraba en su seno, tenía conciencia de que su vida monótona, en un país extraño, hostil, no estaba hecha para él; le aburría. Oía ya elevarse en el fondo de su alma la voz de la taiga que le llamaba. Las lontananzas desconocidas, atractivas é ilusorias, empezaban á tentarle; á atraerle hacia sí, enmedio de la monotonía de su diaria existencia.

Todo esto no fue claro para mí hasta más tarde; pero, aun entonces, no dejaba de ver que aquel brodiaga, á pesar de su tranquila apariencia, tenía algo que le roía el alma, una especie de cráter pronto siempre á estallar.

Mientras yo preparaba el samovar, Vassily seguía sentado á la chimenea, mirando al fuego muy abstraído. Cuando el té estuvo, le llamé.

—Gracias, gospodine—dijo, levantándose.—Una palabra afable vale ya para mí más que el mejor samovar. ¡Ah, gospodine, gospodine!—exclamó de repente con cierta pasión.—

¿Me creerás? Cuando divisé tu fuego, mi corazón saltó de alegría. Te juro que no miento. Porque, ¿quién sino un ruso habría encendido tal fuego? Yo atravesaba las praderas frías y oscuras... Distinguía en mi camino lucas de algunas yurtas, y mi caballo tiraba hacia allí con todas sus fuerzas. No es asombroso: es una bestia yacuta. A mí no, no me atraían esas cabañas. ¿Qué me ofrecían? Hubiera podido calentarme sin duda, y hasta encontrar aguardiente. Pero aquellas viviendas no me decían nada... mientras que, al ver tu fuego con este frío y en esta noche oscura, me dije: «He ahí donde quisiera estar yo... si quieren recibirme...» Gracias por no haberme despedido. Si por casualidad vas alguna vez á nuestro naslegue, siempre serás bien recibido en mi casa. Gracias á Dios, no nos veremos apurados para agasajarte. Serás acogido como debes serlo, dignamente.

II

Después de tomar el té, Vassily volvió á su sitio junto á la chimenea. No podía acostarse aún, porque debía esperar á que su caballo tuviese menos calor para echarle pienso.

El caballo yacuta no es muy fuerte; pero, en cambio, tiene pocas exigencias. El campesino le utiliza para llevar manteca y otros víveres á las minas más lejanas, ó al interior del bosque, á los tungusus, al país del Uchur (1).

En esas excursiones se recorren centenares de verstas sin encontrar heno. Cuando, enmedio de la taiga desierta, se llega al punto donde se ha de pernoctar, el yacuta empieza por despejar el suelo de nieve; luego enciende una gran fogata, y enseguida, después de trabar los caballos, los deja andar por el bosque.

El caballo experto siempre topa con alguna hierba seca.

(1) Río tributario del Aledan, afluente á su vez del Lena.—*N. del T.*

del año anterior, y eso le basta para poder reanudar su penoso viaje á la mañana siguiente. Pero, con esas ventajas, el caballo yacuta posee un temperamento especial que hay que tener en cuenta: no debe comer ni inmediatamente antes ni inmediatamente después de la caminata. A veces, antes de la partida, se le deja sin pienso veinticuatro horas, cuando no más aún.

Vassily, pues, se vió obligado á esperar unas tres horas. Yo no me acosté tampoco, y los dos permanecimos despiertos, cambiando algunas palabras de cuando en cuando. Vassily ó, más bien, Baghylai, como se había acostumbrado á llamarse á sí mismo, no paraba de echar leños á la chimenea, lo cual revelaba en él una de las costumbres del país—costumbre contraída en las largas veladas del invierno yacuta.

—¡Qué lejos!—murmuró después de una pausa bastante larga, y como respondiendo á su propio pensamiento.

—¿El qué está lejos?—pregunté.

—Hablo de nuestro país, de Rusia. Aquí nada es como entre nosotros, nada se parece. Vea el ganado, el caballo; cuando se llega, ¿no es lo primero dar de comer al caballo? Aquí es distinto: si se le ocurre á usted darle el menor alimento cuando tiene aún calor, está perdido. Ese alimento se vuelve hielo, y el pobre animal muere. ¡Y el pueblo! Vive en el bosque, come carne de caballo, carne cruda; ¿qué es lo que no engulle, Dios mío? Hasta carroña..... ¡puf! Y luego no les mata la vergüenza. No tiene usted más que sacar el tabaco del bolsillo, y los verá á todos alargar la mano, como un solo hombre, y pedir.

—¿Qué quiere usted? Son sus costumbres—dije.—Y si piden, no se niegan á dar tampoco. ¿No son ellos los que le han ayudado á usted á establecerse?

—Sí, me han ayudado; es verdad.

—¡Bueno! ¿Y está usted contento de su vida?—pregunté, mirando fijamente al brodiaga.

Sonrió enigmáticamente.

—Sí..... la vida.....—dijo después de una breve pausa, echando un nuevo leño á la chimenea.

La llama iluminó su semblante: sus ojos se habían empañado.

—¡Ah, gospodine, si yo le contase todo!.... Hasta ahora no he visto nada bueno en mi vida; tampoco hoy mismo. Yo no he sido feliz más que hasta los diez y ocho años, es decir, mientras obedecí á mis padres. Luego cesé de obedecerlos, y para mí se acabó todo. Desde esa fecha me parece que no vivo ya; no hago más que agitarme, forcejear sin objeto.

Cruzaron sombras por el rostro del brodiaga y su labio inferior se plegó convulsivamente como el de un niño que no puede contener las lágrimas. Parecía trasladarse con el pensamiento á la edad en que obedecía á sus padres; volvía á ser niño, pero niño dispuesto á llorar por su truncada vida.....

Al ver que yo le observaba atentamente, procurando escrutar su pensamiento, el brodiaga dominó su emoción, y sacudió la cabeza, diciendo:

—¡Vaya! ¿á qué todo esto?.... ¿No querría usted mejor quizá que le contase la historia de nuestra huída de la isla Sajalín?

Naturalmente, acepté la proposición y pasé toda la noche, hasta el amanecer, escuchando el relato del brodiaga.

III

Una noche de verano de 187..., el vapor *Nigny-Novgorod* surcaba las ondas del mar japonés, dejando tras de sí en el aire azul un largo rastro de humo negro. A la izquierda se columbraban ya las orillas escarpadas de la Provincia Marítima, envueltas en una niebla azulada de reflejos argentados, mientras que á la derecha, en lontananza infinita, corrían las ondas del estrecho de Lapérouse.

El vapor se dirigía hacia la isla de Sajalin, pero las costas

roquizas de esta isla no se divisaban aún. En el vapor todo estaba en calma y silencio; en la popa se destacaban, iluminadas por la luna, las figuras de los pilotos y de los oficiales de guardia. Las luces vacilaban, reflejadas por la sombría superficie del Océano.

El *Nigny-Novgorod* avanzaba con el «cargamento de penados» que iba á dejar en Sajalin. A bordo es muy severa la disciplina; lo es mucho más cuando se trata de una deportación. De día, los hombres encadenados se pasean, por turno, sobre el puente. El resto del tiempo le pasan en el fondo de la cala, de la vasta cueva que hay debajo del puente.

En medio de la cala, y en el sentido de su longitud, se extiende un pasillo, formado por dos hileras de columnas de fundición, cuyos intervalos cierran rejas de hierro. En los espacios que quedan á derecha é izquierda se hallan alineadas las camas de tablas de los deportados.

En ese pasillo están los centinelas, apoyados en sus fusiles. De noche, una triste hilera de faroles alumbra con una luz dudosa ese cuadro de miserias humanas. Toda la vida de los deportados se desarrolla allí detrás de esa reja y á la vista de guardias feroces. Hieran el mar los rayos del sol abrasador de los trópicos, silbe y ruja el viento, griten y se rompan los aparejos, estréllense contra el barco las olas levantadas por la tempestad ó desencadénese una formidable borrasca que haga gemir y crujir la nave, en la cala nada se mueve, todo está en silencio. Algunos centenares de hombres encerrados escuchan ansiosos las quejas del viento, y nada les importa de lo que pasa arriba, ni el peligro, ni la dirección de su prisión flotante.

El número de presos supera con mucho en el barco al de sus guardianes; pero una férrea disciplina pesa con tal pesadumbre sobre todas las cosas y regula de antemano cada movimiento de tal suerte, que es absolutamente imposible toda tentativa de rebelión ó motín.

Además, todo está previsto, hasta lo inverosímil. Si, por

acaso, se sublevara aquella turba, si, trocada en fiera, lo desafiase todo en un acceso de desesperación; si el temor á las represiones terribles y los tiros disparados al través de las rejas fuesen impotentes para contener á aquellos hombres exasperados y los presos se abalanzasen al muro de hierro para romperle, todavía el comandante dispondría de un medio infalible, no tendría más que decir una palabra: «Palanca tal y cual..... ¡abrid.....! ¡Ea, negocio concluído!» Y al punto se lanzarían al sollado corrientes de vapor abrasador, y los gritos de dolor reemplazarían á los gritos de revuelta.

Ese medio original y omnipotente aleja la posibilidad de un motín á bordo. Sin embargo, la opresión de un régimen tan severo modifica poco las costumbres y los hábitos de esos miserables. Una noche, mientras el vapor caminaba tranquilamente por un mar en calma, reflejando sus luces en las aguas profundas y sombrías; mientras los centinelas, apoyados en sus fusiles, dormitaban en sus puestos, y los faroles, temblando ligeramente con la trepidación de la máquina infatigable, derramaban en el calabozo su luz pálida y melancólica, detrás de las rejas, allí donde se alineaban las figuras grises é inmóviles de los forzados dormidos, se consumó un crimen silencioso..... Aquellos hombres, á pesar de sus cadenas, castigaron á los renegados.....

Al día siguiente, al pasar lista, tres individuos no se movieron de su sitio. Permanecieron sin bullirse en sus tablados, á pesar de los gritos tremendos de los jefes. Cuando los guardianes pasaron al otro lado de las rejas y levantaron los *jaldates* ó especie de batas que los cubrían, fue fácil convencerse de que aquellos no volverían á acudir á la lista.

En toda comunidad de presos existe cierto grupo formado por los más fuertes é influyentes, que, erigiéndose en tribunal, resuelve y juzga los asuntos graves. Los otros, que son el menor número, permanecen extraños á ese grupo, y sucesos como el que acaba de citarse son para ellos completamente inesperados.

Sobrecogido de estupor por esa nocturna y siniestra tragedia, el pueblo de la sentina permaneció mudo en el primer instante; reinaba en la ahogada estancia un silencio medroso y amenazador.

No se oía más que el remolino de las olas que, rotas por la proa de la nave, corrían por la línea de flotación, y el pesado resoplido de la máquina al compás de los golpes cadenciosos de los pistones.

Pero á poco, los presidiarios empezaron á hablar del suceso y de las consecuencias que podría acarrear. Era evidente que por aquella vez las autoridades no estaban dispuestas á echar tierra sobre el asunto, atribuyendo la muerte á un accidente ó á una enfermedad repentina.

No: las huellas de violencia eran harto patentes.

Empezó, en efecto, el interrogatorio. Los penados se mantuvieron firmes.

Imposible (como había sucedido á menudo) encontrar uno solo que se decidiese á una cobarde denuncia. Las amenazas más terribles, las promesas más tentadoras fueron impotentes.

Es que aquella vez, aparte del sentimiento de solidaridad, sellaba los labios el terror.

Por miedo que inspirasen los jefes, por tremendas que fuesen sus amenazas, había algo más tremendo aún: era la *Comunidad*. Aquella misma noche, á la vista de los centinelas, acababa de dar una prueba de su terrible poder.

Indudablemente, más de un preso no había dormido aquella noche; más de un oído ansioso había percibido el sordo ruido de la lucha, los gritos ahogados de las víctimas bajo la «tapadera» (1), y luego los ronquidos y gemidos que no se asemejaban á los suspiros de una persona tranquilamente dormida.

(1) El jalate, que se echa sobre la víctima para ahogar sus gritos. «Hacer la tapadera» significa, en la germanía carcelaria, matar á un detenido en el interior de la prisión.—*N. del T.*

Pero ninguno de aquellos hombres delató con una sola palabra á los ejecutores de la espantosa sentencia.

La justicia tuvo, pues, que entenderse con los que eran oficialmente responsables: el *starosta* (1) y su adjunto. Aquel mismo día se les aherrojó. El adjunto era Vassily; pero entonces llevaba otro nombre.

Transcurrieron dos días, durante los cuales los deportados examinaron el asunto bajo todas sus facultades y en todos sus pormenores.

Conviniéron desde luego en que había desaparecido todo indicio, y era imposible dar con los culpables; el *starosta* y su segundo no estaban, pues, amenazados á causa de su responsabilidad disciplinaria, cosa sin importancia. A todas las preguntas que se les dirigiesen no tenían que responder más que con dos palabras: «Estábamos durmiendo.»

Sin embargo, después de un examen más detenido, el asunto empezó á inspirar alguna inquietud. Parecía dudoso á algunos.

Esas dudas se referían sobre todo á Vassily, aunque, en casos semejantes al de que se trata, la comunidad procura siempre que salte á la vista, por decirlo así, la no complicidad de los primeros responsables; y Vassily podía probar fácilmente en aquella ocasión que no había representado ningún papel en la siniestra tragedia nocturna.

Con todo, algunos de los penados más expertos, y que habían presenciado otros muchos lances por el estilo, empezaron á menear la cabeza de una manera poco tranquilizadora, al deliberar sobre la situación del adjunto.

—¿Sabes tú—dijo un día á Vassily un forzado viejo, que más de una vez se había encontrado en pasos semejantes—sabes lo que habrá que hacer en cuanto toquemos en Sajalin? Afufar á todas piernas sin decir oste ni moste. Es mal nego-

(1) El prisionero que hace de jefe de los demás y de intermediario entre ellos y las autoridades.—*N. del T.*

cio el que se te ha venido encima. Sí, camarada, un negocio malo, de muy fea catadura.....

—Pero, ¿por qué?

—Porque..... ¿Es esta la primera ó la segunda vez que te han condenado?

—La segunda.

—Pues de ahí cabalmente es de donde viene el peligro. ¿Y te acuerdas tú á quién es á quien denunció Fedca? A tí mismo... Gracias á él también has tenido que llevar las esposas una semana entera, ¿no es así?

—Verdad.

—Bueno. ¿Y qué le dijiste entonces?... ¡Los soldados lo han oído muy bien!... ¿Qué te parece?... ¿No ves ahí una amenaza?

Vassily y los demás comprendieron que la cosa merecía meditarse.

—Créeme, no tienes más que pensar bien todo esto para comprender que han de fusilarte.

Se oyó un murmullo, á modo de protesta.

—Déjate de tonterías, Buran—exclamaron los compañeros malhumorados.

—El viejo charla sin ton ni son.

—Está ya como un chico; la cosa es clara. ¡Fusilar! Se dice muy pronto.

—No, no estoy como un chico—dijo airado el viejo, escupiendo de cólera.—¿Qué entendéis de todo esto vosotros, la *chpanka*? Vosotros juzgáis la cosa como rusos; yo discurre como se discurre en Siberia. Y conozco bien los usos de aquí. Vassily, es como te lo digo, tenlo por seguro. Van á enviar la causa al gobernador general de Amur, y te fusilan infaliblemente. O si, por gracia extraordinaria te tumban en el potro, será peor aún, porque de ahí no se vuelve á alzar cabeza. ¡Mira, amigo, que estamos en un barco, y que en un barco las leyes son doble de severas que en tierra!... Después de todo—añadió el viejo con expresión sombría, y como fatigado

por su largo discurso—después de todo, á mí me es igual. ¡Que os lleve á todos la peste!

Y ya los ojos apagados del viejo brodiaga habían recobrado la expresión de fría indiferencia con que lo miraba todo, hombres y cosas. Hizo con el brazo un último ademán bastante vago, y se alejó.

En un grupo de presos, cuando el grupo es numeroso, no faltan nunca uno ó varios juristas; y, si se presenta un asunto del género de éste, pronuncian de antemano la sentencia con arreglo á las leyes. Lo notable es que esa sentencia coincide siempre con la que dan los detenidos en masa, después de madura deliberación.

En el caso de ahora, todos los juristas fueron del parecer de Buran; y desde ese momento se decidió que Vassily debía huir.

Puesto que estaba en peligro de muerte por un asunto de la Comunidad, no hay que decir que la Comunidad misma era la que se imponía el deber de ayudarle. Vassily, después de recibir la provisión de galleta economizada para su uso, empezó á organizar un grupo de voluntarios que habían de evadirse con él.

El viejo Buran se había escapado ya dos veces de Sajalin. Fue el primero á quien se propuso la huída. El viejo no vaciló mucho.

—¡Estaba escrito—respondió—que yo moriría en la taiga! A decir verdad, morir en la taiga es lo más propio de un brodiaga. ¡Lo malo es que yo estoy ya viejo, gastado, acabado.

Sus ojos turbios parpadeaban. Luego prosiguió:

—¡Ea, andando! Procura reunir una docena de hombres, y la cosa marchará. Dos ó tres no bastarían; ¡la expedición es demasiado peligrosa! Yo, por mí, andaré mientras me lleven las piernas, porque no quisiera morir en esa isla.

Al pronunciar estas palabras, los párpados del viejo se agitaron convulsivamente, y corrieron lágrimas seniles por su arrugado y curtido rostro.

—Muy acabado está el viejo—pensó Vassily, y acto continuo se dedicó á reclutar otros compañeros que quisiesen compartir los peligros y las ventajas de una evasión.

IV

Después de doblar un abrupto promontorio, el vapor entró en la bahía.

Los deportados, agolpándose hacia las escotillas, miraban con inquieta curiosidad las orillas montañosas de la isla, que se destacaban más cada vez.

Ya era noche cerrada cuando el vapor entró en el puerto. Los contornos de los acantilados se destacaron con claridad como moles sombrías y amenazadoras. Por fin paró el buque; se alinearon los soldados, y los penados empezaron á salir de la cala y á desfilarse en orden por el puente. En la ribera brillaban algunas luces, esparcidas en medio de la obscuridad; las olas, al romperse, rebotaban sobre la playa; nubes sombrías se cernían en el cielo, y una angustia, tan sombría, tan tenebrosa como esas nubes, se había apoderado de todos los corazones.

—Este puerto—dijo quedo Buran—se llama Dui. Aquí quedaremos provisionalmente en los cuarteles.

Se pasó lista en presencia de los jefes y de las autoridades locales; luego se trasladó á los deportados á tierra, donde por primera vez, desde hacía muchos meses, sintieron el suelo firme bajo sus plantas. El barco, donde tanto tiempo habían vivido, se columpiaba acompasadamente, con su recia respiración, que despedía en la obscuridad nubes de blanco humo.

Aquí y allí empezaron á aparecer luces.

—¿Es el convoy, eh?

—Sí; el convoy.

—Por acá, cuartel 7.

Los penados avanzaron hacia las luces, sin orden, á la desbandada, y todos se asombraban de no recibir algún culatazo.

—Camaradas—dijeron algunos con asombro,—¿no nos acompaña ninguna guardia?

—Callaos—respondió Buran gruñendo.—¿Qué quereis que haga la guardia aquí? No hay peligro de que uno se escape... La isla es grande y un erial. Por cualquier parte que uno se fuese, se moriría de hambre. Y el mar por todos lados..... ¿No le oís, eh?

Efectivamente; soplabá el viento en esa noche húmeda; la luz de los faroles vacilaba á impulsos de las ráfagas de aire, y llegaba de la ribera el ruido sordo del mar, como el rugido de una fiera que se despierta.

—¿Oyes como ruje?—preguntó Buran á Vassily;—bien te lo decía yo: alrededor el mar y enmedio el infierno. Y tendremos que atravesar ese mar; no habrá más remedio; pero antes de llegar á él, ¡qué camino por la misma isla! ¿Y los peñascos? ¿Y la taiga? ¿Y los cordones de tropa?.... Yo tengo mil presentimientos; ¡no me augura nada bueno ese mar! Es que es poco probable que yo pueda huir de esta isla... no podré..... ¡Demasiado viejo! Me he escapado ya dos veces: la primera me cogieron en Blagoviechchensk; la segunda en Rusia..... Y aquí me tienes de nuevo..... Estaba escrito, sin duda. Hay que creer que mi destino es morir en esta isla.

—Puede que no mueras aquí—dijo Vassily para animarle.

—Tú no, porque eres joven..... pero yo estoy ya muy estropeado. ¿Oyes ese mar? ¡Qué manera de mugir en son de queja, y con qué enojo!

Todos los forzados que habían ocupado hasta allí el cuartel núm. 7, salieron de él para ceder el puesto á los recién llegados. Organizóse un servicio especial para vigilar durante los primeros días á esos hombres que, libres de las trabas de la prisión, no hubieran dejado de dispersarse por la isla como un rebaño fuera del aprisco. No hay el mismo temor con los que llevan mucho tiempo en la isla; á esos no se les encierra

ya. Es que los desterrados, tras maduro examen, saben muy bien que huir es ir á una muerte casi segura.

Por lo mismo hay pocas evasiones, é intentadas siempre por naturalezas excepcionales y no sin minuciosos y largos preparativos. Pero cualesquiera que sean los obstáculos que se opongan, ciertos hombres huirán siempre de su cárcel ó de los trabajos forzados: obedecen á una necesidad invencible de libertad que nada puede contener.

—Con que vamos á ver, Buran, aconséjanos ahora—decía Vassily tres días después de la llegada á la isla;—tú eres nuestro decano; por consiguiente, debes ir delante y dar órdenes. Hay que hacer provisiones, ¿no es así?

—¿Qué quieres que te aconseje yo?—respondió el viejo con indolencia.—Es difícil..... no soy ya joven..... Por el pronto, hay que esperar algunos días. Primero se relevará la guardia; después nos llevarán por grupos á trabajar á sitios diferentes; entonces se permitirá salir del cuartei, pero nunca con un saco á la espalda..... Eso ha de darnos que pensar.

—Bueno, tú piensa, amigo, cavila; todo eso lo entiendes mejor que nosotros.

Buran se paseaba encorvado, sombrío y abatido, sin hablar con nadie, sin hacer más que murmurar entre dientes algunas palabras ininteligibles.

El hecho de volver á encontrarse en aquella isla por tercera vez parecía pesar demasiado abrumadoramente sobre la cabeza del viejo; le abandonaban las fuerzas.

En el ínterin Vassily consiguió encontrar diez voluntarios, gente toda intrépida y resuelta. Al mismo tiempo no cesaba de estimular á Buran y de despertar su actividad con la esperanza de una libertad próxima. Lo conseguía á veces; pero, aun en esos momentos de sobreexcitación, tan difíciles de provocar, el viejo acababa siempre por volver á las dificultades del camino y á los negros presentimientos de que no lograba desprenderse.

—¡ Yo no podré escaparme nunca de la isla !

E. M.—*Octubre 1898.*

Tal era la frase en que se encerraba invariablemente el malaventurado brodiaga.

Sin embargo, tenía momentos más alegres. Era cuando evocaba sus antiguos recuerdos, sus tentativas de evasión..... Entonces se reanimaba, y, tumbado en su cama de tablas, al lado de Vassily, contaba lo que sabía de la isla y de los caminos que tendrían que recorrer.

El puerto de Dui está situado en la costa occidental de la isla que mira á la ribera asiática. El estrecho Tártaro mide en ese sitio unas 300 verstas de anchura, por consiguiente, es imposible atravesarle en una canoa de mala muerte; eso explica que los fugitivos tengan que dirigirse, quieran ó no, hacia los otros lados de la isla.

* —Tú eres dueño de ir á donde te parezca—decía Buran á Vassily.—Si tienes empeño en morir, ancha es la isla; no verás más que breñas ásperas ó la taiga. Los mismos naturales, los guiliacos, no pueden vivir más que en ciertos sitios. Si tomamos el camino de Levante, nos exponemos á extravarnos por los montes y á perecer bajo las garras y el pico de un ave hambrienta..... ó á tener que volver aquí al invierno. Si nos dirigimos hacia el Mediodía, al llegar al fin, tenemos delante de nosotros el mar sin límites, y á no ser que se pueda atravesarle en una lancha..... No, no tenemos más que un camino: es el Norte, siguiendo siempre la orilla; el mar mismo se encargará de guiarnos. Andaremos así alrededor de 300 verstas, y llegaremos á un sitio muy angosto. ¡Ah! por allí sí que podremos pasar en canoa á la otra orilla, á la provincia del Amur.

Luego, volviendo á sus negruras de costumbre, continuó:

—Pero, hijo, lo que hace falta que sepas es que tampoco por ahí es cosa fácil, porque tenemos que atravesar los cordones de tropas escalonadas de trecho en trecho. El primero de esos puestos se llama Warky; el penúltimo, Panghy, y el último, Poghiba. ¿Y sabes por qué es ese nombre de Poghi-

ba? (1) Es porque allí se oculta el peligro para nosotros. ¿Qué te crees tú? Los que arreglan los cordones son buenos zorros; por cualquier parte donde hay una revuelta ó cualquier desfilaro, te ponen uno. Vas tú derechito, sin pensar en nada, cuando de pronto te das de manos á boca con un puesto. ¡Dios nos libre!

—Sí, pero todo eso ya lo tienes tú pasado en cuenta, puesto que has hecho dos veces ese camino.

—¡Sí: le he hecho, le he hecho, hijo mío!—y los ojos apagados del viejo volvían á encandilarse. —Pues mira: escucha y haz lo que te diga. Dentro de nada van á preguntar quienes quieren ir á las construcciones del molino; presentaos entre los que se ofrezcan; allí se harán provisiones, ¿eh? y vosotros lleváis vuestra galleta en el carro. En el molino encontraréis á Pedro, un forzado como vosotros; de su casa, ó sea del molino, es de donde habéis de escaparos. Aquí, como sabéis, no notarán vuestra falta hasta pasados tres días. Durante ese tiempo tenéis el derecho de no acudir á la lista. De eso no hay que ocuparse: está arreglado así; es la orden. Esta vez el médico es el que viene en nuestra ayuda: sabe que el hospital no vale nada, y que un pobre diablo, rendido de fatiga y consumido de calentura, se cura mejor al aire libre, metido en el bosque. Pero, si á los cuatro días no se vuelve, entonces le dan á uno por fugado. Y después de eso, que te traigan los soldados ó que vuelvas tú, lo mismo da: en cuanto llegas no tienes más que tenderte en el potro, y sin andarte con muchos aspavientos.

—¿A qué mentar el potro?—dijo Vassily.—Si Dios quiere, una vez fuera, no volveremos.

—Corriente. Si no volvemos más — refunfuñó Buran con rostro sombrío y apagados los ojos otra vez,—será que habremos sido presa de los cuervos, que picotearán nuestra carne

(1) Como si dijésemos «Fenecimiento.»

en un valle cualquiera, cerca de un cordón. ¿Te figuras tú que en los puestos se ocupan de nosotros? Volvemos á llevar á un centenar de verstas sería demasiado largo. Nos echan el ojo, nos matan, y ya está: ¡un tiro, y punto concluído!

—¿Acabarás de graznar, cuervo del diablo? Mañana nos ponemos en camino; prepárate. Dí á Bobroff lo que hay que llevar; la Comunidad proveerá de todo.

El viejo dió por toda respuesta un gruñido y se alejó con la cabeza baja, mientras Vassily iba á avisar á los otros compañeros que estuviesen preparados. El cuanto á sus funciones de segundo del starosta, ya hacía tiempo que había cesado en ellas y que se había nombrado á otro en su lugar. Los fugitivos hicieron su atillo, trocaron la ropa usada por otra nueva, y lo mismo el calzado, y al otro día, cuando se preguntó quiénes querían ir de obreros al molino, se ofrecieron todos. Aquel mismo día entraron en el bosque. El único que faltaba era Buran.

La partida se componía de gente muy á propósito para el caso. Al lado de Vassily iba su amigo, que, en cuanto brodiaga, llevaba el nombre de Wolodka Makaroff, un tronera valiente y forzado, que se había evadido dos veces de Kara; luego dos circasianos, mozos resueltos, de una fidelidad á toda prueba; en fin, un tártaro, ladrón y trafafón, pero de espíritu inventivo y sumamente hábil. El resto se componía de brodiagas experimentados que ya sabían lo que era una excursión al través de Siberia.

Los evadidos llevaban ya veinticuatro horas internados en la espesura, empezaba á declinar el segundo día, y Buran no parecía por ninguna parte. Se mandó al tártaro al cuartel. El hombre se escurrió allí con maña, y llamó aparte al forzado Bobroff, amigo de Vassily, que tenía gran influencia sobre los deportados. El resultado de la entrevista fue que á la mañana siguiente Bobroff fué á ver á los fugitivos.

—¿Qué hay, camaradas? ¿En qué puedo seros útil?

—Procura á toda costa enviarnos á Buran; sin él no pode-

mos ponernos en camino. Que le den todas las provisiones que pida. No esperamos ya más que á él.

Bobroff volvió al cuartel, y vió á Buran que no daba señales de disponerse para el viaje. Iba y venía por el cuarto, según costumbre, manoteando y discutiendo consigo mismo.

—Pero, ¿en qué piensas, Buran? — dijo Bobroff interpe-
lándole.

—¿Te importa á tí, acaso?

—¿Ahora sales con eso? ¿Por qué no te vas?

—¡Yo no puedo irme más que á la tumba, nada más que ahí!
Bobroff se amoscó.

—¿Con qué canción te me vienes ahora? ¡Y los compañe-
ros esperándote en el bosque! ¿Querrás que se dejen poner en
el potro? ¡Y se llama á esto un viejo brodiaga!

El viejo, al oír estas reconvenciones, se echó á llorar.

—Pasó mi tiempo..... Yo no podré escaparme de esta isla...
Estoy acabado.....

—Acabado ó no, eso es cosa tuya. Podrás no llegar, po-
drás morirte en el camino; nadie tendrá nada que decir. Pero
después de haber expuesto al látigo á once personas, no pue-
des dejarlas en la estacada; digo, me parece. Y luego ya sa-
bes que no tengo más que decir una palabra á la Comunidad...
¿qué te aguarda entonces, eh?

—Ya sé—dijo Buran mohino. —¡La tapadera!.... y mere-
cida me la tengo. Bueno, pues no, un brodiaga viejo no debe
morir así. Habrá que marcharse. Pero el caso es que no tengo
nada dispuesto.

—Todo estará listo al instante. ¿Qué te hace falta?

—Pues por el pronto una docena de jalates nuevos.

—Pero si todos los muchachos tienen los suyos.

—Tú haz lo que te digo—replicó Buran amostazado.—Ya
sé que cada uno tiene su jalate; pero necesita dos. ¿No será
menester que cada cual dé un jalate á los guiliacos para pa-
gar la canoa? Me hacen falta también doce buenos cuchillos,
dos hachas y tres calderos.

Bobroff congregó á la Comunidad y explicó el asunto. Todos los que tenían un jalate de sobra le dieron, porque todo preso experimenta una simpatía instintiva por esas tentativas audaces cuyo objeto es la libertad. Desterrados antiguos proporcionaron los cuchillos y los calderos, mitad por dinero, mitad gratuitamente. En dos días todo estaba arreglado; hacía trece desde la llegada del convoy á la isla.

Al día siguiente, Bobroff acompañó á Buran al sitio donde le esperaban los compañeros. Entonces los fugitivos, en actitud de orar, entonaron el *Te-Deum* especial que los presos conocen tan bien, y después de despedirse de Bobroff, se pusieron en marcha.

ULADIMIRO KOROLENKO.

(Concluirá.)

DE LA GUERRA

LAS CAUSAS DEL DESASTRE

IV

Cuando se ve llegar la ruptura de relaciones con una nación que las mantiene en pie tan inequívoco de solapada hostilidad, cual acusaban con respecto á España los procedimientos y los actos de la República Norteamericana; cuando con evidencia, que entonces tenía quien no cerrara los ojos, se mira como inevitable el conflicto armado, débese, en primer término, formar un plan; pero aún es más imprescindible marchar rectamente al objeto que el plan persiga, con firme resolución, sin desviarse del camino emprendido, sin vacilaciones, sin aplazar para mañana lo que hoy se considera oportuno realizar, y no dejándose influir por la quimérica esperanza de desarmar á fuerza de concesiones y debilidades á un enemigo tanto más envalentonado cuanto más débil é irresoluto ve á su adversario.

Viene esto á cuento del viaje, tan traído y llevado, de la escuadrilla de torpederos á Puerto Rico, á Cuba ó á donde quienes dirigían la guerra—y en este plural radica una de las prin-

principales causas de nuestras desventuras—los enviaran; viaje que no llegó á realizarse. Una de dos: ó se estimaba conveniente que al empezar la campaña estuvieran los torpederos en las Antillas, y en tal supuesto ninguna consideración debió hacer desistir del propósito de llevarlos allí, á despecho de protestas y amenazas de los que ya teníamos por desenmascarados enemigos, ó no existiendo sino el proyecto de incorporarlos á la escuadra del Atlántico, hubo torpeza en dejar que se propalara la especie de su marcha á las colonias. En la primera hipótesis era insigne candidez renunciar á situar las propias fuerzas de la manera más ventajosa para comenzar la guerra, por temor á precipitar un rompimiento de hostilidades que, de un modo ó de otro, no podía demorarse sino muy poco tiempo; admitir la segunda, implicaría sensible impremeditación, pues la apariencia de que los torpederos se quedaban en Cabo Verde, no por voluntad del Gobierno español, sino por exigencia del americano, ó por recelo de que sus escuadras los atacaran en la travesía, equivaldría á un *fracaso militar* antes de empeñar la lucha, deplorable, no sólo por lo que en ésta pesara una maniobra frustrada, sino por la influencia moral que en propios y extraños, en amigos y enemigos, produjo el vernos retirar antes de disparar el primer cañonazo; era una retirada, antes de librar combate, con todas las consecuencias deprimentes que las retiradas llevan consigo; era, además, muestra del escaso temple de la energía con que se iba á ejercer el mando.

Harto se alcanza á cualquiera que si el Gobierno tuvo alguna vez propósito de enviar los torpederos á las Antillas por delante de la escuadra, no lo abandonaría por complacer á los ministros de Washington, ni por suponer que, defiriendo á sus indicaciones, se evitaría la guerra, sino por miedo á que las fuerzas navales americanas cortaran el paso á la escuadrilla, ocasionando un desastre... Pero, ¿acaso tenía fundamento tal temor?... Recordemos que por aquella fecha no había armados en los Estados Unidos sino tres barcos cuyo andar fuera su-

perior á 23 millas: los destructores (valga el neologismo, puesto que existe tal calificativo y el de torpederos) números 6, 7 y 8, con velocidades de 26 y 27,5 millas, inferiores á las de los españoles, con tonelaje casi mitad que el de ellos, y con escasa ó nula aptitud para navegaciones de altura, por todo lo cual eran bien poco temibles. Los demás buques yankees no podían inspirar cuidado, pues dado caso que consiguieran cortar el rumbo á la escuadrilla, carecían de condiciones para darle caza; es, pues, lo más probable que ésta habría logrado escapar de ellos y proseguir su derrota después de dar un rodeo.

No puede, en vista de esto, sostenerse que fuera enviar los torpederos á una destrucción infructuosa y sin objeto el hacerlos emprender la travesía á las Antillas; y, por tanto, lo procedente era hacerlos salir sin pérdida de momento, contestando al reto de los Estados Unidos todo lo más tarde que se pudiera, diciéndoles que yendo dichos barcos á una provincia española, no se trataba sino de una de tantas expediciones marítimas enviadas desde los comienzos de la insurrección cubana, y que mal podían ver ellos una amenaza en el viaje, cuando no estimaban debiéramos tomar nosotros como tal la reconcentración de sus escuadras á unas cuantas horas de la Habana, en cuyas inmediaciones no tenían pendiente ningún conflicto de fuerza.

Dando ya por terminada la crítica de la forma cómo se procedió en esto del viaje de la escuadrilla, para ser justos, debemos manifestar lealmente que unida á la Escuadra del Atlántico, era, en nuestro entender, de más utilidad que en Cuba. Lo consideramos así, por dos razones: primero, porque en aquel apostadero hacían servicio seis torpederos—*Filipinas, Martín Alonso, Vicente Yáñez, Galicia, Nueva España y Marqués de Molins*—los cuales, empleados con habilidad y decisión, podían cooperar activamente á la defensa de los principales puertos, inquietar á los buques bloqueadores y obtener algún éxito contra ellos; consiguiendo, por lo menos, obligarles á alejarse

de las costas durante la noche y facilitando con ello á los mercantes, nacionales ó extranjeros, el forzamiento del bloqueo. Ciertamente, más eficaces serían diez ó doce que seis; pero si se recuerda lo dicho acerca de la Escuadra del Atlántico, acaso se encuentre justificada nuestra opinión de que más urgente era aumentar su poder ofensivo y dotarla de medios de exploración, aportados por el concurso de los torpederos, que enviar un pequeño refuerzo á la isla de Cuba.

Para terminar con cuanto se nos alcanza acerca de este punto, sólo nos resta advertir que no se agregó la escuadrilla entera á la Escuadra del Atlántico: únicamente sólo tres de sus buques pasaron á depender del Almirante de aquella, tomando los demás rumbo á Canarias, donde quedaron para prestar el servicio que las circunstancias exigieran; disposición acertada, pues en el caso de que el Archipiélago de la costa occidental de África fuera objeto de un ataque, ya de parte de nuestros enemigos, ya de algún neutral — caso no nuevo — podían tales máquinas de guerra ser de gran utilidad en la defensa de las islas.

*
* *

En los días que precedieron á la declaración de guerra, cuando cada uno que transcurría aumentaba la tirantez de relaciones entre los Gobiernos de España y de los Estados Unidos, empeorando el cariz de los sucesos, era cosa indudable para españoles y extranjeros, que todos los artificios diplomáticos sólo tendrían eficacia para retardar por breve tiempo la ruptura de hostilidades que á más andar se venía encima, sin que se columbrara decoroso medio de evitarla. Creía la gente que, persuadidos los gobiernos de tal verdad, proseguían las negociaciones sin mirar en ellas sino ardidés para ganar tiempo y ocupar ventajosas posiciones. En tal supuesto, y aun sin él, pues no debe olvidarse el adagio «A Dios rogando y con el mazo dando», generalizóse mucho la opinión de

que perdíamos un tiempo precioso manteniendo la escuadra en Cabo Verde, y suspirábase por verla emprender rumbo á Cuba, destino por entonces indiscutible, según voz general, de los buques mandados por Cervera. Conllevóse malamente semejante inacción en tanto no se declaró la guerra; y esto por el temor de que si quedaba alguna remotísima esperanza de amistoso arreglo pudiera desvanecerla un movimiento de la escuadra que nuestros adversarios tendrían, probablemente, por ofensivo, estratégicamente considerado; pero cuando al llegar el rompimiento se vió que aquella seguía fondeada en Cabo Verde sin dar señales de emprender nada ni de trasladarse á la gran Antilla, agotóse la paciencia y comenzaron á formularse á las claras las censuras, acentuándose conforme pasaban los días; pues era opinión extendida en dicha época que en ningún sitio podía prestar mejores servicios que al otro lado del Atlántico, y más especialmente en las costas cubanas. Era ésta general manera de pensar, y no ciertamente de la parte más ignorante del vulgo, pues personas muy ilustradas, á quienes no faltaba competencia técnica en achaques de guerra, abundaban en tal idea, desacertada en nuestro entender, según procuraremos demostrar más adelante.

En tan pocas cosas hemos de manifestarnos acordes con los que han estado encargados de la dirección de las operaciones, que creemos deber de conciencia darles la razón siempre que la veamos de su parte; y la elección del momento en que la escuadra del Atlántico había de entrar en juego es una de las contadísimas disposiciones acertadas por ellos adoptadas; pero bien entendido que esto lo decimos en el supuesto de haber de salir con el rumbo que lo verificó, y sin prejuzgar la oportunidad de éste.

Efectivamente, no contando con superioridad en los mares, enviar á la isla de Cuba más buques de los que ya estaban allí para que en sus puertos aguardaran la declaración de guerra, era inutilizarlos desde los primeros momentos de la contienda ó hacerlos perecer sin objeto al comenzar las hostilida-

des, privándose de elementos que, empleados más adelante donde conviniera, según el sesgo que los sucesos tomaran, podrían influir en éstos en proporción á su fuerza intrínseca y á la manera más ó menos oportuna, juiciosa y decidida de manejarlos. El más fuerte de dos combatientes tiene lógico interés en acumular cuantos elementos pueda sobre su objetivo y en hacerlo con la mayor rapidez posible á fin de buscar en los comienzos de la guerra un éxito decisivo abrumando al adversario bajo el peso de enorme superioridad. Cuando tal concentración de fuerzas enemigas pone en peligro inminente y grave el suelo de la patria y la invasión amenaza desbordarse sin dique que la contenga, quien haya de defenderse con medios inferiores á los del ataque no tiene otro arbitrio que acumular también, hasta cierto punto, los suyos no para lanzarlos á una total derrota, presagiada por su reconocida debilidad, sino para ir disputando paso á paso el terreno hasta que el avance, los esfuerzos realizados por el agresor y el tiempo vayan equilibrando la partida. Es natural que el que se considera con mayores bríos quiera precipitar los sucesos; por el contrario, el débil halla un arma en la prolongación de la lucha; quien va á ella con conciencia de su fortaleza y persigue un *objeto positivo* necesita batallas, busca triunfos y más triunfos; quien se apresta á combatir empujado por la necesidad, recelando de sus fuerzas, y con el fin *pasivo* de defenderse, mira las cosas de distinta manera: hacer que los combates sean escasos, poco decisivos; alargar la campaña hasta hacerla pesada, cansando al enemigo á fuerza de idas y venidas, acechando la ocasión de alcanzar menudas ventajas, que si aisladamente consideradas valen poco, al sumarse van modificando la inicial ponderación de fuerzas y pesan en el resultado final; batiéndose no más que cuando la suerte ó la maña deparen favorable coyuntura, cuando la retirada por sí sola pudiera dar al enemigo las mismas ventajas que una batalla ganada, ó cuando en rehusar el combate se encerrara riesgo de grave quebrantamiento de la moral de las tropas ó de la nación. Pero

en el caso concreto que consideramos, ni peligraba el suelo de la patria, ni en los comienzos de la guerra corría siquiera riesgo en términos alarmantes el de la isla de Cuba, donde teníamos un ejército numeroso, al cual era de presumir, y la experiencia lo ha corroborado, que el enemigo no se decidiera á atacar formalmente en tanto no tuviera nada que temer de las escuadras españolas.

Enviar una como la de Cabo Verde á las Antillas antes de que las del enemigo se hubieran dividido con ocasión del bloqueo, de la vigilancia de las propias costas, y de empresas como el bombardeo de Puerto Rico, era quitar á éstas motivos de preocupación, presentarles un objetivo de superior importancia á todos los demás y hacer que sobre cuatro pobres buques lanzados en medio de las fuerzas yankees cayeran para aplastarlos todos los de las flotas americanas: tal resolución equivalía á arrojarse sobre el adversario en el lugar y momento en que él había de ser el más fuerte. Una de dos: ó cortado el rumbo de la Escuadra del Atlántico, en una zona donde la multiplicidad de islas y cayos no la permitirían escapar merced á sus condiciones de marcha como podría hacerlo en mares abiertos, veríase obligada á aceptar el combate en malas condiciones, y acosada por fuerzas colosalmente superiores, ó teniendo que verificar una parte de su travesía con todo el poder naval de los Estados Unidos á su flanco derecho, sin mar libre por la izquierda, ó encerrada en el golfo de Méjico, de no sucumbir tendría que buscar refugio á toda prisa en un puerto de la costa cubana, quedando tan *embotellada* como en Santiago estuvo después; sólo que el embotellamiento se hubiera verificado antes, ahorrando á los americanos preocupaciones y cuidados, sin conseguir retrasar, como algunos han creído, ni dificultar, el establecimiento del bloqueo, que de otra parte ha sido siempre bastante nominal considerado en conjunto, y más desde que la llegada de Cervera á Santiago despejó la situación, dando libertad, para moverse, á los buques no empleados en cerrar la boca de dicho puerto.

Para que á la escuadra del Atlántico se le señalara el cometido de cooperar activamente á la defensa de Cuba por medio de una acción directa é inmediata, tomando á aquella isla como base definitiva y constante de sus operaciones—en lugar de utilizarla como tal sólo en forma eventual y transitoria—so pena de incurrir en imprudencia palmaria, era preciso que ya que su potencia no aventajara á las de Sampson y Scheley reunidas, pudiera, cuando menos, contrabalancear la de ellas.

La situación en Cabo Verde de la única flota de que disponíamos en el Atlántico en condiciones de entrar en campaña era en los primeros tiempos de la guerra sumamente ventajosa por amagar á la vez á muchos puntos, manteniendo al enemigo en la duda del rumbo que al cabo tomaría; en tanto no desapareciera para él el riesgo de verla incopinadamente donde menos pudiera sospechar había de dirigirse, impedíale mover sus barcos con libertad, quitándosela para constituir los numerosos y pequeños núcleos que el mantenimiento del bloqueo requería; pues á menos de quedar estos muy bien cubiertos y protegidos á retaguardia ó proximidad de las Escuadras principales, dejábalos expuestos á sufrir graves daños si eran sorprendidos por la española; y buena prueba de ello es el hecho de que, tan luego como fue ésta anulada en Santiago y al desaparecer la zozobra que inspiró, destinaron los yankees para sostener el bloqueo buques de todas clases, de escasísimo poder, diseminados y aislados como lo requerían las exigencias de la vigilancia á que habían de consagrarse para impedir que los mercantes atravesaran la línea de él.

¿Quiere esto indicar en nosotros la opinión de que debía condenarse á la inacción la escuadra en el archipiélago portugués? De ningún modo, pues ni en táctica ni en estrategia sirven de nada las más ventajosas posiciones, sino en cuanto favorecen la acción de los elementos activos que las ocupan; pero sí entendemos que no era atinado abandonar la que consideramos en tanto las fuerzas enemigas no se pusieran en

movimiento, descubriendo cuales fueran sus proyectos inmediatos, y hasta que adquiriéramos el necesario conocimiento de la repartición de sus buques entre las diversas escuadras, diferente fuerza de cada una de éstas, y situación de ellas en el teatro de la guerra. Una vez sabido todo esto llegaba el momento oportuno de entrar en operaciones, y en tal sazón fue cuando las emprendió la flota de que estamos hablando.

Pero aquí acaba nuestra conformidad, relativa, con los que han sido directores de la campaña lastimosa en la que sólo fracasos espantosos hemos cosechado.

V

Habiendo de salir la escuadra de Cabo Verde, ocúrrese preguntar, en primer término, cuál era el rumbo que debía tomar y cuál el objetivo más conveniente para ella. Cuatro principales se presentaban: las costas y puertos americanos del Pacífico, las del Atlántico, la defensa de Cuba, la marcha á Filipinas. Vamos á hacer la crítica de estos cuatro planes.

LAS COSTAS DEL PACÍFICO.—Indicaban la conveniencia de una contraofensiva en tal dirección, el desamparo de dichas costas, su deficiente y escasísimo artillado, el pequeño número de barcos que á lo largo de ellas tenían nuestros enemigos, la escasa fuerza de estos barcos, la imposibilidad de llevar allí refuerzos del Atlántico antes de nuestra llegada, y la consideración de que á intentar enviarlos se debilitarían en las Antillas, en el golfo de Méjico y en el Atlántico; presentaba bajo otro aspecto la ventaja de que la presencia de las naves españolas en las costas occidentales de los Estados Unidos, y los insultos de ellas á poblaciones y propiedades mal defendidas, pertenecientes á Estados que no tienen gran solidaridad de intereses con los orientales, y en donde existe cierto antagonismo latente contra éstos, acaso excitara recriminaciones

contra un Gobierno que no había sabido ponerlos á cubierto de tales riesgos; y quizá hiciera para muchos, indiferentes hasta entonces, impopular la guerra, dando alientos al partido que siempre la vió con malos ojos y sólo calló cuando su voz fue ahogada por el vocerío de los *jingoistas*.

Pero estas ventajas, problemáticas unas y ninguna decisiva, estaban contrapesadas por graves inconvenientes y grandísimas dificultades de ejecución: en primer término, el bombardeo de una ó varias plazas no es capaz de influir sino muy poco en una contienda de la índole de la que sosteníamos, y menos cuando tales plazas están alejadas del centro de fuerzas del adversario, y la realización de la empresa, además de lo que el hecho en sí signifique, no representa un triunfo, siquiera moral, sobre su escuadra. No obstante nuestro interés en prolongar la guerra sin librar combates decisivos, el encaminar los esfuerzos hacia el Pacífico era alejarnos excesivamente de los principales teatros de operaciones; y los éxitos de importancia secundaria que así se pudieran alcanzar, tal vez llegaran demasiado tarde para restablecer el equilibrio roto por triunfos de mayor entidad obtenidos por el enemigo; corriendo el albur de que la cuestión estuviera decidida antes de la llegada de las escuadra á su destino, sin que pudiese influir en la resolución con el peso de la fuerza que esta representaba. Dado lo largo de la travesía, no hubiera sido extraño que nuestros barcos se vieran en momentos críticos sin medios de navegar por falta de carbón, muy difícil de reponer en aquellos mares, donde los depósitos escasean, están á grandísimas distancias unos de otros y pertenecen á nuestros enemigos ó á naciones que no nos daban muestras de amistad; por último, una vez realizado el cometido que se les encomendara en tan apartadas costas, quedaban á enormes distancias de los lugares donde, según todas las presunciones, habría de ser necesario utilizarlos en el transcurso de la guerra.

Por todas estas razones y otras que fuera prolijo y enojoso puntualizar, pues basta con las indicadas, resulta que la diver-

sión al Pacífico era inoportuna é inconveniente á todas luces.

No obstaba esto, sin embargo, para que se procurara hacer creer al enemigo en ella, con el intento de inducirle á distraer fuerzas de Cuba y del litoral del Atlántico. Esta maniobra era hábil y hacedera: efectivamente, saliendo de Cabo Verde en dirección á las Antillas, á fin de que cuando más adelante se conociera la verdadera derrota al SO. se nos supusiera propósito de ocultarla, podíase después virar para tomar dicho rumbo, y á los cinco ó seis días de zarpar de Cabo Verde hacerse visible en las inmediaciones de Pernambuco ó Bahía, llegando, si se deseaba tener mayor seguridad de que la escuadra había sido vista, á tomar carbón en dichos puertos. Es muy probable bastara esto para hacer nacer en el Ministerio de Marina americano la sospecha de que el objetivo de Cervera eran las costas del Pacífico; pero aparte de ello, en tal maniobra habían de ver los *yankees* un riesgo más grave é inmediato: el que sus tres buques *Oregón*, *Marieta* y *Nit-cheroy*, que en dicha época se hallaban en aguas del Brasil, corrían de ser aplastados por la superioridad de nuestra flota (se ha dicho, ignoramos con qué fundamento, que el *Oregón* estaba desarmado). Es verosímil que, para acudir en auxilio de ellos, destacaran de sus escuadras los cruceros más veloces de ellas, y dada la situación que á principios de Mayo ocupaban, como habrían de tardar, cuando menos, de quince á veinte días en llegar á Bahía, se disponía de tiempo muy sobrado para caer sobre dichos barcos, á los que es probable se sorprendiera en el citado puerto, en la costa inmediata á él ó en Río Janeiro, de donde, con arreglo á las leyes de la neutralidad, deberían salir en un breve plazo. Una vez conseguido un éxito, en el que se podía confiar dada la superioridad de fuerzas, quedaba la escuadra en libertad de escapar antes de la llegada de los refuerzos, si la importancia de ellos no permitía esperarlos, ó aprovechar la imprudencia del enemigo si los que enviaba no podían por sí solos afrontar el combate con ella en condiciones ventajosas.

E. M.—*Octubre* 1898.

Es rudimentario buscar al adversario donde se presenta más débil: en los mares del Brasil no tenía fuerzas que equilibrasen las nuestras, y los que dirigían los movimientos de éstas estaban en el deber de conocer la crítica situación de los tres buques citados, toda vez que España tiene cónsules en aquel país y en él hay telégrafo: es, pues, imperdonable no haber sabido aprovechar tan favorable coyuntura.

La oportunidad de una acción enérgica contra los buques que los americanos tenían en peligroso aislamiento nos ha salido al paso, distrayéndonos del punto que analizábamos; así que terminada con lo dicho anteriormente esta cuestión incidental, y con independencia de ella, volvemos ahora á tomar el hilo de nuestro razonamiento. Después de hacerse ver hacia la parte Norte del Brasil podía la escuadra llegar á Buenos Aires, forzando la marcha para que lo precipitado del viaje corroborase á nuestros enemigos en la idea de que nos proponíamos realizar una expedición rápida al Pacífico; podíamos haber hecho que dicha creencia fuera más firme cargando en aquel puerto cuanto carbón se pudiera ó nos permitieran estivar, y cometiendo indiscreciones, disfrazadas bajo la máscara de una aparente reserva, sobre el rumbo, que á la salida se tomaría hacia el cabo de Hornos.

Con la noticia del arribo de Cervera á La Plata pocas dudas habrían quedado en los Estados Unidos respecto á su propósito de atacar las costas americanas del Pacífico; y si la llegada á Bahía y el riesgo del *Oregón* y los buques que le acompañaban no habían sido incentivos suficientes para destacar barcos al Sur, esto lo sería, máxime teniendo en cuenta lo que sobre los peligros que para nosotros encerraba tal expedición hemos dicho, los cuales no se les habían de escapar á ellos, sirviéndoles de aliciente para procurar, ya que no evitar los daños que allí pudiera causar la Escuadra del Atlántico, si para ello era tarde, hacérselos pagar caros. Si, por el contrario, sus buques navegaban ya en tal camino desde que recibieran el aviso de la presencia de aquella en los mares del

Brasil, la noticia de la llegada á Buenos Aires serviría para hacerlos persistir en su determinación.

A la salida de este puerto, después de navegar al Sud tiempo suficiente para que un cambio de rumbo pasara inadvertido, virando al Este, cabía ganar distancia bastante para proseguir la navegación lejos de la costa, pero ahora al Norte, hacia la isla Martín Vaz ó Trinidad, pasando luego entre las de Fernando de Noronha y San Pablo y teniendo gran cuidado en no dejarse ver desde tierra alguna; por último, podía optarse ó por enderezar las proas á las Antillas, sorprendiendo á las fuerzas bloqueadoras debilitadas por las que se hubieran destacado al Sud, y logrando acaso hacer levantar el bloqueo, ó por dar algún golpe de efecto en el litoral oriental de los Estados Unidos, retirándose después donde conviniera, según lo que el tiempo y la guerra hubieran dado de sí, ó, finalmente, marchar á Canarias para efectuar allí la unión con la escuadra de Reserva, y reunidas ambas emprender nuevas operaciones ya con fuerzas respetables y con el prestigio que una campaña como la indicada habría dado á nuestra Marina. Entretanto una buena parte de los mejores buques yankees irían navegando á todo vapor por el Cabo de Hornos, y hasta su llegada á Valparaíso permanecerían en la ignorancia de que marchaban sobre una falsa pista que los conducía á cuarenta singladuras de los lugares donde según todas las probabilidades sería en tales momentos más necesaria su presencia.

Treinta ó treinta y cinco días bastaban para llevar á cabo en todos sus extremos la maniobra de que acabamos de hablar, y por tanto, á fines de Mayo ó principios de Junio pudiera haber quedado terminada.

* * *

CONTRAOFENSIVA EN LAS COSTAS AMERICANAS DEL ATLÁNTICO.—Lo cercano de ellas, el ruido que una ventaja obtenida en

dicho litoral, por pequeña que fuera, había de hacer en el mundo, y la consideración de que si se encaminaba la escuadra á dicha parte distraería respetable porción de las fuerzas concentradas por el enemigo sobre Cuba, militaban en pro de la adopción de este plan. Ciertamente que el artillado y fortificación de los puertos y radas no se hallaba en el estado de abandono que en el Pacífico, pero no faltaban poblaciones y rías que, por tener defensas viejas y débiles, se prestaban á un ataque de nuestra flota.

Por lo dicho antes se puede ver que admitimos la oportunidad de una ofensiva encaminada contra el litoral de los Estados orientales; pero, al hablar de ella, la considerábamos como término de un plan que debía prepararse por medio de maniobras preliminares, cuyo objeto fuera alejar y dividir las fuerzas enemigas; y no debe olvidarse que en aquel supuesto no había de verificarse tal ataque en los primeros días de la guerra.

Como la línea recta es la más corta entre dos puntos, y como los grandes resultados se logran marchando directamente al fin perseguido, claro es que á disponer de una escuadra poderosa, ningún plan valiera lo que éste; pero en las condiciones de inferioridad en que nos encontrábamos, fuera demencia el haberlo seguido desde el primer momento, porque cuando zarpó de Cabo Verde la escuadra del Atlántico, casi todos los elementos que componían el poderío naval de la República norteamericana se hallaban distribuidos entre Cuba y Boston, próximos á las costas, por lo tanto al telégrafo, y en aptitud de concentrarse en tres ó cuatro días donde más conviniera, para oponerse á aquélla en condiciones de abrumadora superioridad. No sólo esto, sino que aquellos buques, muchos de mayor potencia ofensiva que los españoles, no estaban diseminados, sino agrupados en núcleos bien situados, siendo los principales los que se hallaban en Hampton Roads y Cayo Hueso (Key West).

El enemigo estaba, además, apercebido y alerta contra

esta ofensiva; tenía varios vapores ligeros, exclusivamente dedicados al servicio de exploración, acechando la llegada de la escuadra española, con orden de replegarse, tan pronto la viesan, á puertos determinados para circular con toda rapidez el aviso á los Almirantes: en suma, no habiendo posibilidad de sorprender al adversario, y siendo menos fuerte que él, abordar empresa de semejante fuste era lanzarse á un fracaso cierto, cuando no á un espantoso descalabro.

*
* *

DEFENSA DE CUBA.—De dos maneras cabe hacer las defensas: bien directamente, llevando las fuerzas que á ellas han de coadyuvar al punto ó comarca atacados, para operar en íntima conexión con los elementos de resistencia que allí se encuentren, apoyándose en ellos, ligando la suerte de los auxiliares á la de los socorridos, y muchas veces precipitando la ruina de unos y otros, ó bien por medios indirectos, iniciando operaciones ofensivas en otros lugares; así distrayendo fuerzas enemigas, se facilita la tarea de los encargados inmediatamente de la defensa; y buscando en otra parte ventajas en proporción á los recursos de que se disponga, se logra á veces contrapesar en cierto modo los adversos sucesos que en los demás teatros de operaciones puedan sobrevenir.

De estos dos procedimientos, el segundo es, en términos generales, el que, por lo común, da mejores resultados y el que debía haberse empleado para socorrer á la isla de Cuba; pues cuando la reunión de todas las fuerzas del más débil no basta á hacer cesar la inferioridad, el acumularlas en un punto sólo sirve para que el enemigo las destruya más fácilmente y de una vez, decidiendo en un combate lo que de otro modo le hubiera costado más tiempo, más dinero y mayores esfuerzos y sacrificios.

Como á pesar de que la Historia está llena de ejemplos de tremendas derrotas ocasionadas por el estrecho criterio de

cooperar á las defensas en la primera forma, este fue, por desdicha, el plan que la escuadra desarrolló, no hay para qué decir ahora nada más acerca de él, toda vez que lo habremos de examinar al hacer la crítica de las maniobras que la condujeron á la ratonera de Santiago de Cuba primero, y más tarde á una destrucción infructuosa, que influyó grandemente en la rendición de aquella plaza.

*
* *

MARCHA Á FILIPINAS.—Allá por los días en que todos andábamos preocupados con la entrada en operaciones de la Escuadra del Atlántico, y por todas partes se oía preguntar si habría zarpado de Cabo Verde ó se hallaba en dichas islas; cuando la mayoría de las gentes suspiraba por la noticia de su entrada en un puerto de Cuba ó soñaba con su llegada, á toda máquina, á New York, viéndola muchas calenturientas imaginaciones forzando aquella larga canal perfectamente defendida con sinnúmero de baterías que, de flanco y á boca de jarro baten el barco que en ella se aventure, nadie pensaba en la conveniencia de que el Contralmirante Cervera condujera á Filipinas los buques que tenía á sus órdenes. Poco después, cuando ya navegaban con rumbo á las Antillas, llegó la triste nueva de la derrota de Cavite y se comenzaron á hacer suposiciones que tenían por base la hipótesis de que tal vez hacia el Archipiélago Magallánico iban marchando el *Vizcaya*, el *Teresa* y demás naves que luego fueron sus compañeros mártires. Nuestra mala suerte quiso que sólo fueran hipótesis y no llegaran á realidades.

Es natural que á nadie se le ocurriera semejante idea con anterioridad á aquella batalla, pues mecida la opinión por halagüeñas ilusiones, pensaba que en los mares de Oriente teníamos poco menos que asegurada una victoria. Ya hemos indicado que la nación formó errado juicio de la potencia de las escuadras opuestas por causa de los equivocados informes

de la prensa; y las optimistas declaraciones del entonces Ministro de Marina, anunciando un triunfo pocos días antes de la derrota, contribuyeron mucho á robustecer tal creencia.

Pero si la opinión pública andaba á ciegas, los encargados de dirigir las operaciones debían saber, sin género alguno de duda, cuál era la verdadera fuerza de la escuadra de Filipinas, y tenían obligación de no ignorar que hacía tiempo se concentraban buques enemigos en Hong-Kong y sus cercanías. De suponer es que nuestros agentes diplomáticos lo avisaran con la conveniente oportunidad. De no hacerlo, cabe por ello formular cargos contra quienes tan mal se hacían servir, pero no los exime de responsabilidad, pues todos pudimos leer un telegrama, inserto en los periódicos de fines de Abril último, dando la noticia de la reunión de la escuadra adversaria en la bahía de Mirs el día 25 de dicho mes. En cuanto á la gran superioridad de ésta sobre la del Vicealmirante Montojo resultaba evidente para quien á su disposición tuviera un Anuario de la Marina americana.

Con tales datos, que si no eran conocidos de los encargados del mando sólo puede achacarse á culpas propias, había motivos muy suficientes para presumir que en aguas del Archipiélago íbamos á ser derrotados, ó en el caso más favorable, á vernos reducidos á huir ante la escuadra enemiga. Parecía lógico haber pensado que la presencia en Filipinas de los americanos victoriosos, ó á lo menos en situación más airosa que la nuestra, era un grave peligro allí, donde bajo las cenizas de mal apagada insurrección reciente, ardía el odio de una raza salvaje al nombre español; fue candidez insigne, si en ella se incurrió, creer que pueblo tan práctico como el americano no sacaría todo el partido posible de los sentimientos hostiles que contra nosotros existían en una gran parte del elemento indígena.

Tan evidente era este peligro, que al hacerse pública la noticia de la batalla de Cavite y de su resultado, y tan pronto como hubo pasado el estupor de los primeros momentos, la

preocupación general fue la originada por los temores de un recrudecimiento en el movimiento insurreccional.

Consideraciones de tanto peso merecían haber sido tenidas en cuenta por quienes estaban en condiciones de sospechar lo que sucesos fáciles de prever podían dar de sí. Reflexionando sobre la ponderación de fuerzas propias y enemigas en los diferentes teatros de guerra, y considerando atentamente el estado político de Filipinas cuando las hostilidades se rompieron, podíase comprender que estando, según todas las probabilidades, inmediata una derrota en aquel país, era de urgencia, si para evitarla no era ya hora, detener en lo posible sus desastrosas consecuencias, intentando buscar un desquite que restableciera nuestro desmedrado prestigio ante los indígenas: ya persiguiendo una victoria en aquellas regiones sobre los yankees, ó, cuando menos, la retirada de éstos, que evitaría la caída de Manila.

Esto se hubiera conseguido enviando directamente la escuadra de Cervera, desde Cabo Verde á Filipinas, donde se habría presentado con fuerzas superiores á las que nuestros enemigos podían oponerle á su llegada.

Vamos á intentar demostrarlo con la esperanza de conseguirlo.

Aún no es del dominio público la fecha exacta de la salida de la colonia portuguesa de los buques españoles; pero con pocos días de diferencia sabemos que se verificó hacia el 26 ó 27 de Abril, pues el 30 manifestó el Presidente del Consejo de Ministros que, por ser ya imposible guardar reserva durante más tiempo, no tenía inconveniente en revelar que desde unos cuantos días antes se hallaba navegando.

Sin necesidad de recurrir al empleo de las grandes velocidades que la escuadra del Atlántico era capaz de desarrollar, podía verificar la travesía de Cabo Verde á Filipinas, por el Cabo de Buena Esperanza, en un plazo de treinta ó treinta y cuatro días, sin que para ello fuera preciso andar sino á razón de unas 15 millas por hora, marcha muy moderada para má-

quinas susceptibles de llegar á 20,5; y debemos advertir que en dichos días va incluido el tiempo necesario para renovar la provisión de carbón hasta dos ó tres veces, si tantas fuera necesario hacerlo.

Este punto del aprovisionamiento de combustible, presentado siempre como una dificultad grande para combinar libremente las maniobras de nuestra Marina, no podía ser obstáculo para la que estamos considerando, sobre todo si se tiene en cuenta el gran radio de acción de los barcos que habían de hacer el viaje, pues si bien no era tal que permitiera hacer la travesía de un tirón y sin tocar en ningún puerto, tampoco exigía renovarlo sino de tarde en tarde (en rigor una sola vez), y en lugares muy alejados unos de otros, dando, además, facilidades para elegir los depósitos donde se hubiera de tomar en forma tal, que se aprovecharan los situados en puertos desprovistos de comunicación cablegráfica submarina, con objeto de disimular todo lo posible la ruta seguida.

Desde Cabo Verde á Filipinas, y en el derrotero indicado, abundan extraordinariamente los depósitos de hulla; pero teniendo presente que la actitud de Inglaterra desde la ruptura de hostilidades pudiera ser una traba para abastecer nuestras carboneras, haremos caso omiso de los numerosos de dicha nación situados á pequeñas distancias sobre el camino que los buques españoles habrían tenido que seguir. A pesar de esta limitación todavía quedaban los pertenecientes á otros países, en número tan crecido que alejaban la contingencia de la falta de combustible, pues, sólo de momento, podemos citar Dakar, Libreville, Fernando Poo, Loanda, Reunión, Tamatave, Santa María, Diego Suárez, Nossi-Be (estos cuatro, en Madagascar, desprovistos de comunicación cablegráfica directa), Mozambique, Mayotte, Batavia, Saurabaya, Koupang, Macassar, Amboine é Isabelá.

Aun sin acudir á medidas preliminares de acumulación en lugares determinados, las cuales había probabilidad de preparar en tanto la escuadra hacía la primera parte de un viaje;

aun sin tomar la precaución de hacerla acompañar por barcos almacenes, ó de enviar estos á encontrarla en los islotes de la costa oriental de África, del Océano Indico ó del Archipiélago de la Sonda, disposiciones todas que, merced al cable, cabía adoptar, utilizando para ello los grandes depósitos del Cabo, Suez, costas del Indostán, la Indochina ó Australia, de donde podían partir los aprovisionamientos, se ve por la enumeración hecha en el párrafo anterior que no había riesgo de que la escuadra de Cervera llegara á verse apurada de carbón, dado el corto número de buques que la componían.

Procediendo con habilidad en los primeros días de navegación, es probable que á lo menos durante los diez ó doce primeros de ella, las incertidumbres del adversario respecto al rumbo y destino de la escuadra fueran las mismas en que estuvo hasta su arribo á la Martinica. Sin dejarnos llevar de la fantasía, y juzgando por la experiencia de los hechos que nos han demostrado que los americanos no se decidieron á obrar ofensivamente y con vigor contra Cuba sino cuando la perspectiva de la posible captura de nuestra escuadra en Santiago les movió á una operación en la que seguramente no habían pensado, se puede afirmar que á resistir aquella isla como podía y debía hacerlo habría llegado Cervera á Filipinas antes de ocurrir nada serio en las Antillas, donde los yankees se limitaban á reconocer las costas por medio de ataques parciales, flojos y sin importancia. El cómo podía y debía resistir Cuba, no es en este lugar donde debemos manifestarlo, so pena de involucrar asuntos que deben tratarse con el debido orden para no hacer confuso este estudio; basta por ahora lo dicho, y, en realidad, ni aun esto es necesario, pues aun con el acicate de apoderarse ó destruir la escuadra del Atlántico no lograron los Estados Unidos verificar desembarcos serios sino hasta el 10 de Junio, es decir, diez ó doce días después que la posible llegada de ésta á Manila pudiera producir la probable derrota ó la retirada de la de Dewey, y con ella un total cambio en el aspecto de la guerra, levantando en Espa-

ña y en las colonias el espíritu decaído con el resultado de la batalla de Cavite, realzando nuestro prestigio ante enemigos y neutrales, ocasionando preocupaciones serias en los Estados Unidos por la suerte de su escuadra de Filipinas y por los refuerzos que tenían en camino.

Componían la flota enemiga que venció á la del General Montojo cuatro cruceros con cubierta protectora, de los cuales el más fuerte, el *Olimpia*, sólo tenía 5.800 toneladas, con artillería inferior á la que los cuatro españoles de Cervera montaban, y sin blindaje en la línea de flotación, con el que estos estaban defendidos. De los otros, uno era de 4.500 toneladas, y los otros de 3.183 y 3.189, siendo, como es natural, más débil su artillado y menor la protección. Recuérdese que tres de nuestros cruceros desplazaban 9.700 toneladas y 8.300 el cuarto; téngase en cuenta lo dicho acerca de su artillado en el artículo anterior y se comprenderá que la superioridad de ellos era decisiva, haciéndola mayor los tres torpederos, sin que bastase á contrapesar el aumento de fuerza que éstos proporcionaban, el formar parte de la escuadra americana los cañoneros *Pretell* y *Concord*. En cuanto á velocidades, si bien el enemigo tenía un buque de primer orden, el *Olimpia*, con marcha máxima de 23 millas, los demás eran muy heterogéneos, pues variaba su andar entre 19 y 14, y, por tanto, esta última era la velocidad real de la escuadra, en tanto la española podía alcanzar la de 20.

Aunque admitamos la hipótesis más desfavorable de que los americanos fueran informados con gran rapidez del plan á que venimos refiriéndonos, no tenían verdaderos barcos de combate en disposición de acudir á tiempo en auxilio de Dewey, pues en las costas del Pacífico sólo disponían de unos cuantos cascos anticuados, mal artillados y sin condiciones. Los que se hallaban en el Atlántico no era posible llegasen á tiempo, á causa de lo enorme de la distancia que habían de recorrer; y así no es presumible siquiera que intentasen hacer doblar el Cabo de Hornos á los que hacia aquella parte te-

nían; pero aun equivocándonos en esta apreciación, resultaría, en definitiva, para nosotros otra ventaja: la de que se debilitasen en Cuba y el Atlántico por emprender una maniobra de la que nada podíamos recelar.

Aparte de las condiciones de superioridad señaladas recientemente, existía otra más importante que todas ellas y era la escasez de municiones de los barcos enemigos fondeados en Manila, en tanto no repusieran las consumidas en el combate de Cavite.

Por si todo esto no bastara, y en caso de querer darle una fuerza irresistible, podíase aumentar nuestra flota enviando, si se estimaba conveniente (nosotros no lo hubiéramos hecho para no descubrir la derrota de Cervera), algunos barcos de refuerzo que, siguiendo la ruta de Suez, la salieran al paso y se reunieran á ella en punto determinado de antemano. Y no sólo esto, sino que procediendo con actividad y energía á raíz de la derrota de Cavite, quizá en ocho días pudieran haber embarcado en Cádiz, Barcelona y Valencia 15 ó 20.000 hombres para Filipinas; pero para esto fuera preciso echar mano de cuerpos organizados en lugar de acudir al desacreditado é indisculpable sistema de organizar batallones nuevos, y eso en un número tan exíguo, que hace pensar acaso no existiera en realidad la idea de enviarlos. Con esto habríamos dado una prueba de energía, manifestándonos resueltos á defender las Filipinas, y para ello que no había que retardar la llegada de la Escuadra de Cervera sino en diez días, cuando los primeros refuerzos yankees se hallaban á más de quince de navegación del Archipiélago magallánico. No tenemos á nuestros lectores por tan torpes que creamos preciso detenernos á enumerar ni á puntualizar las consecuencias lógicas que produciría la presencia en Manila el 10 de Junio de una escuadra superior á la americana y de 20.000 hombres de desembarco, ni aun siquiera las de la sola llegada de aquélla en los primeros días de dicho mes. Basta que cada uno compare cuál hubiera sido nuestra situación en aquella fecha, en la cual,

con los procedimientos que se siguieron, teníamos á Manila bloqueada y sin posible auxilio; la isla de Cuba también bloqueada casi efectivamente por todas partes; la escuadra en situación bien poco airosa, encerrada en la gazapera de Santiago; los yankees desembarcando en Guantánamo, y España sin poder oponer un solo buque á los del enemigo, que por todos los mares se movían sin temor á ser inquietados por nadie.

¡El bloqueo de Cuba! ¡Era preciso romper el bloqueo!..... ¿Acaso se ha pensado seriamente en lo que tal frase significa?..... En primer lugar, el bloqueo no tuvo verdadera eficacia hasta la llegada de la Escuadra á Santiago; en segundo, no cabe que quien vea las cosas fríamente, piense que lo que es verdad respecto de una plaza murada, pueda serlo cuando se trata de un país de la enorme extensión de la isla de Cuba. Cuando cercandó una plaza se cierra en absoluto la entrada en ella de mantenimientos, es seguro tarde ó temprano su rendimiento; pero, aparte la imposibilidad de cerrar centenares de leguas de costas, durante día y noche, lo mismo que se interceptan las avenidas de una población, ¿acaso se creyó que por el hecho de navegar los barcos americanos alrededor de la tierra cubana, había esta perdido la propiedad de dar frutos y que allí no existía ya nada que comer, ni había cosechas, ni medios de vivir?..... Cuarenta días transcurren allí entre la sementera y la recolección de algunos frutos, como la habichuela; el arroz se produce con rapidez y facilidad asombrosa; los plátanos en cantidad fabulosa, y bien lo saben los americanos, que consumen enormes cargamentos de ellos; la batata, el moniato, la yautía, el ñame y otros tubérculos, se dan asimismo con abundancia y rapidez; y si la carne escaseaba, no se había agotado por completo. Habían disminuído, es cierto, los recursos alimenticios; pero también había decrecido notablemente el número de habitantes, á causa de la tremenda mortandad que la guerra produjo y de la emigración que se verificó en considerables proporciones. De prolongarse el blo-

queo, y de adoptar en la isla las convenientes disposiciones, se habría pasado mal, no cabe duda; pero imaginar que aquella isla pudiese ser reducida por hambre, ni más ni menos que si se tratara de una población, es creer un disparate. No era, pues, tan de vida ó muerte la urgencia por ella, y no para levantar el bloqueo, pues no se contaba con fuerzas para ello, sino para perturbarlo solamente, debiéramos correr á un desastre seguro.

IGNOTUS.

(Continuará.)

EL PROBLEMA ACTUAL DEL PATRIOTISMO

Uno de los escollos con que más á menudo tropieza la investigación científica, es la vaguedad, ó la multiplicidad de sentidos, en las palabras que expresan conceptos fundamentales. Cuando esas palabras se refieren á elementos de la vida práctica social, y entran en lo que puede llamarse *latu sensu* política sociológica, el obstáculo llega á ser tan grande, que hasta puede originar, con la exageración de las interpretaciones contrarias, una lucha armada; siendo lo más grave que las divergencias de este género son las más difíciles de reducir.

Un caso de esa indeterminación de concepto ofrécesenos hoy día en lo que toca á las palabras *patria* y *patriotismo*; y no de otra manera puedo explicarme que espíritus de gran cultura formulen, con tanta seguridad como lo hacen, una condenación absoluta, precedida de una crítica cruel, de las ideas y sentimientos que corresponden á aquellas palabras, confundiendo sentidos parciales, ó abusivos y teratológicos, de ellas, con otros esenciales y de perfecta normalidad.

Si examinamos, en efecto, la argumentación de los más radicales y «modernistas» enemigos del patriotismo, veremos

que toda ella se reduce á combatir exageraciones chauvinistas ó agresivas del sentimiento patriótico, que llegan, sin duda, á poner una venda en los ojos del pueblo, impidiéndole conocer sus propios defectos (y, por tanto, cerrándole el camino á la corrección y enmienda), ó destruyendo las ideas de fraternidad humana y dejando que perduren y se arraiguen más y más los egoismos nacionales y los procedimientos de la guerra económica ó armada, igualmente nocivos. Y en esto, no cabe duda que han de estar conformes (y á la verdad, siempre lo han estado) los espíritus generosos y ajenos á toda preocupación ambiciosa (1). Pero el error comienza cuando, generalizando las conclusiones condenatorias de aquella anomalía del patriotismo, se comienza á combatir la raíz misma de este sentimiento, como si todo patriota fuera necesariamente

(1) Digno y franco precedente de esas limitaciones al amor nacional, que se hallan en todos los filósofos, moralistas y filósofos del Derecho modernos, es la doctrina de un ilustre español, el P. Feijóo, el cual, en el Disc. X, tomo III de su *Theatro crítico*, al tratar del *Amor de la patria y pasión nacional* (dirigiéndose particularmente contra los abusos del regionalismo y los egoismos de campanario), fustiga con gran crudeza de razones el mal uso del patriotismo, «especioso pretexto» de muchas concupiscencias, su confusión con la conveniencia particular, y el error chauvinista; pero afirma la esencialidad de la patria depurada de esos extravíos, basándola, por cierto, en elementos sociológicos é ideales que pueden desaparecer con el cambio de residencia, y establece sólidamente, incluso con el ejemplo que él mismo dió y de que luego hablaremos, la obligación en que estamos para con la patria nacional (véanse, especialmente, págs. 224, 226, 230, 237 y 38, 243 y 44 de la nueva edición de Madrid, 1877).—La conciliación de ambas cosas (la crítica de los vicios y la afirmación de la esencialidad de las naciones) pueden verse aún en los autores de la escuela jurídica krausista, que son los que más han acentuado en nuestro tiempo la idea del Estado internacional y de la federación de los pueblos: léase, por ejemplo, el *Ideal de la humanidad para la vida*, de Krause (trad. de Sanz del Río, Madrid, 1860, párrafo 88); la *Filosofía del Derecho*, de Ahrens, y su *Enciclopedia jurídica*, libros, estos dos últimos, que han formado la base de la educación jurídica de varias generaciones españolas.

egoísta y cruel. Tanto valdría combatir la familia, porque puede llevar á limitaciones perjudiciales para la especie; ó el amor paternal, porque disminuye el que debe tenerse al resto de los hombres, con quienes no liga el lazo de la generación directa. El egoísmo, la envidia, la ambición, la crueldad, no son vicios exclusivos de las agrupaciones patrióticas, de los Estados y de las naciones, sino generales del espíritu humano, dándose lo mismo en el individuo que en la familia, en la localidad, en la región, en la clase social, en el gremio, en la nación, en la raza (1), etc. Evitarlas y suprimirlas en todas y cada una de estas entidades, constituye la aspiración y la obra seculares de casi todas las religiones, de casi todos los filósofos y de todos los hombres de buena voluntad; pero es absurdo creer que ha de conseguirse esto suprimiendo las entidades mismas; porque como, al fin y al cabo, la raíz de ellas se encuentra en el individuo y en las ideas y sentimientos de éste, habría que suprimir al individuo mismo: lo cual sería, sin duda, el más radical de los ejemplos posibles en el orden de los remedios heroicos.

No quiere esto decir que todas las agrupaciones sociales y políticas que hoy conocemos sean esenciales y hayan de perdurar eternamente. La Historia nos demuestra que han des-

(1) Así se da el caso de pueblos extraordinariamente cultos, y perfectamente caracterizados como nación, que, ofreciendo grandes ejemplos civilizadores en lo interior, son en las relaciones exteriores de una inhumanidad que indigna. ¿Habrá por esto que pensar en suprimirlos? ¿Ganaría algo la humanidad, desde el punto de vista de la civilización y el progreso, con que desapareciera Inglaterra, cuyo carácter es irreductible, é intransmisible, en cierto sentido, á otros pueblos? Bastaría con que se corrigiese de su poco escrupulosa avaricia política. Los estados patológicos del patriotismo han sido estudiados por Ribot en su *Psychologie des sentiments*. Pero algunos de los que figuran como tales, no son en rigor consecuencia de aquel sentimiento. Así la guerra, que, como dice muy bien Legrand, es, por el contrario, un ataque á la patria, que cesaría si se afirmase la esencialidad jurídica de este principio social.

aparecido otras que gozaron vida pujante por muchos siglos, y no tenemos derecho ni razón lógica para negar que suceda lo propio algún día con tales ó cuáles de las que hoy existen. Por otra parte, la aspiración á un Estado ó sociedad internacional, humano, á una inteligencia amorosa de todos los hombres, no es de hoy, ni pueden gloriarse de ella los modernos partidos ó escuelas radicales; y ha pasado ya á la categoría de conocimiento vulgar la observación de que el proceso evolutivo de la sociedad parece haberse dirigido hasta nuestros días (porque del mañana nadie puede responder) en el sentido de una amplitud cada vez mayor en la constitución de los grupos. Nadie puede afirmar, sin embargo, que las tendencias á realizar positivamente la fraternidad humana hayan ni puedan llevar el camino de destruir las asociaciones naturales, á la vez que los vicios egoístas de ellas (1); ni aun se atrevería hoy ningún pensador serio á decidir (salvo algunos pocos casos concretos de agrupaciones políticas) cuáles de entre las asociaciones ó formas de asociación nacional existentes son accidentales ó esenciales, estando todavía muy inseguro el criterio en la masa, como lo demuestran las reivindicaciones *regionalistas*, que buscan el reconocimiento de una *personalidad*

(1) Por el contrario, lo general es pensar en la corrección de los defectos manteniendo las diferenciaciones nacionales. Véase por ejemplo, el reciente libro de G. Tomé, *Geografia del presente e dell' avvenire, ossia etnografia e geografia politica del mondo civile, giusta i principii dell' etnicarchia* (1898), que partiendo de las mismas ideas expuestas por Loescher en 1880, estudia la *tendencia natural* de los pueblos á formar familias diversas, no por fuerza material política, sino por solidaridades de orden espiritual, y defiende la idea humanitaria de una paz universal, previa la anulación del militarismo, sobre la base de los grupos nacionales autónomos y bien definidos. La obra del Sr. Tomé es particularmente útil por su numerosa bibliografía. Véase también Legrand (*L'idée de Patrie*), para quien la solución del porvenir consiste en mantener la división en naciones independientes completadas por inteligencias internacionales y arbitrajes, y la defensa que hace Burgess de la individualidad nacional. (*Ob. cit.*, I, págs. 59-60 de la trad. esp. de LA ESPAÑA MODERNA.)

dad propia en las regiones, compatible con la unidad superior (1). Por otra parte, es frecuente ver cómo marchan paralelas en los filósofos del Derecho la aspiración á un cosmopolitismo que una cada vez más á los hombres de todas procedencias, y el reconocimiento de esferas autónomas, de Estados propiamente dichos, en los círculos sociales inferiores y aun en el individuo mismo.

Fuera de esto, es indudable que la política real tiene otras exigencias que la política ideal, y que si en ésta es lícito forjarse el cuadro de repúblicas utópicas en que (haciendo uso del optimismo de algunos grandes reformadores) aparezcan vencidos todos los males y todos los abusos egoístas que en

(1) Esta compatibilidad es evidente para los regionalistas de muchos Estados europeos constituídos sobre la base de una nación. (No puede discutirse sobre el ejemplo de Austria-Hungría, que no es un Estado nacional, hoy por hoy, aunque, en opinión de muchos, v. gr. Schuchardt (a), acabará por serlo). Así en Francia, donde el regionalismo descentralizador tiene mucha fuerza, y se está traduciendo ya en la política activa, (reforma de los Consejos generales, etc.) nadie niega la patria nacional, ni ataca la cohesión formada por obra de siglos y generaciones. Tan sólo en España hay quienes (poquísimos, por fortuna, dentro del regionalismo) niegan la patria española, y aun de éstos, los hay que se limitan á consignar la actual decadencia de la conciencia nacional y el amor de la patria en el pueblo; pero ofrecen remedios para volver á estrechar ese fortísimo vínculo de unión social. Algún autor (v. gr., el señor Torras y Bagés en su voluminoso libro *La tradició catalana*, Barcelona, 1882, pág. 77) distingue entre el «sentimiento de la patria», que entiende ser puramente local (también parece creerlo así el Sr. Unamuno en su *Crisis del patriotismo*, núm. 6 de la revista *Ciencia social*, Marzo, 1896) y el «sentimiento nacional» nacido de «la unidad de leyes ó instituciones fundamentales (¿nada más ni nada menos?) entre diferentes pueblos que forman una nación.» Verdad es que el mismo autor habla luego de «patria común» (declarando su compatibilidad con la región) y de «sentimiento de patria» en las naciones actuales (pág. 81). Para evitar *quid pro quos* con los que acepten esta distinción, debemos advertir que nos referimos siempre á la *patria nacional* y al sentimiento patriótico *español*, que son dos hechos innegables, aunque puedan ser discutibles.

(a) *Slawo-deutsches und Slawo-italienisches* (1884), pág. 131.

las relaciones humanas continuamente se producen, y, por consecuencia, todas las rivalidades y exclusivismos, individuales y de grupo, en aquélla hay que partir de los datos reales y trabajar sobre la base de ellos. Los que pretendan hacer otra cosa, serán excelentes filósofos ó moralistas, pero no servirán para la obra de organización actual, ni para el remedio inmediato de los males presentes, que no puede lograrse sino partiendo del mismo estado en que se dan, ni nadie lo ha de conseguir *per saltum*.

Ahora bien; la realidad nos obliga actualmente á reconocer la existencia de diferentes grupos nacionales, más ó menos caracterizados, de grupos puramente políticos, y de ciertos movimientos y aspiraciones comunes que tienden á constituir asociaciones más amplias, bautizadas con el nombre de una raza: como el eslavismo, el germanismo, la fraternidad latina, la anglo-sajona, etc. Aun descontando de estas aspiraciones todo lo artificial (1) con que á ellas contribuye (y aún les da origen) el egoismo político de tal ó cual Estado, que afirma con esto nuevamente su sustantividad, es indudable que existen corrientes de opinión en este sentido, las cuales cada día tienden más á jugar un papel activo en la política internacional. Pues con todos estos elementos hay que contar, hoy por hoy, para cualquier trabajo de reconstitución y de progreso; y sacrificar el elemento propio, el que directamente nos toca, en aras de un cosmopolitismo vago, mientras los restantes afirman y extreman, incluso agresivamente, su personalidad, es el más inocente é inútil suicidio que cabe en cabeza humana. Tanto valdría consumir de golpe, por un arrebatado ardor altruista, las fuerzas individuales cuya conservación puede ser esencial para la misma obra humanitaria. Lo que importa para los verdaderos intereses de la caridad no es que un San Vicente de Paul muera al día siguiente de comenzada

(1) Véase, por ejemplo, en lo que toca al eslavismo, lo que dice Schuchardt en su folleto *Tchèques et Allemands* (París, 1898), págs. 20 y 21.

su obra sublime, sino que atienda lo suficiente á su salud para durar muchos años en beneficio de lo mismo que representa. Tiempo hace, y no escaso, que Spencer (1) y otros filósofos han demostrado la necesaria compatibilidad del egoismo y el altruismo, reduciendo á justos límites ambos sentimientos.

Volviendo á la observación de los organismos sociales presentes—y descontando el proceso de su formación, que puede haber sido más ó menos regular (2)—hallaremos que muchos de ellos están caracterizados sustantivamente por sus hechos y por la opinión de los demás. No nos referimos ahora á la determinación geográfico-política, ni siquiera á la étnica, en cuyas contradicciones hallan muchos autores argumentos contra la formación de nacionalidades (3), sino á la psíquica, que hace posible hablar del espíritu y de la cultura ingleses; del es-

(1) *Fundamentos de la Moral*, cap. XIII.

(2) Todo organismo, toda institución y cuanto más complejo es, con mayor motivo, cuando se estudia en sus orígenes ó en la historia de su formación, aparece vago, indeterminado, vacilante en la lucha de las fuerzas y de los elementos que han de integrarlo al cabo. Lo mismo pasa con el organismo nacional; y pretender negar su realidad actual, apoyándose en su proceso genético, es procedimiento poco científico. Fue, no obstante, el que siguió el Sr. Pí y Margall en algunos capítulos de su libro *Las Nacionalidades*, flojísimo en la parte histórica.—V. las juiciosas observaciones que hace Schuchardt, *loc. cit.* pág. 34, á propósito de la exageración de las reivindicaciones históricas.

(3) Es la argumentación de los federales (como el Sr. Pí) y de los cosmopolitas. Pero la fuerza de esta argumentación reside únicamente en la equivocada manera que generalmente se ha seguido para investigar el fenómeno nacional, empeñándose en reducirlo á una sola forma, caracterizada, ora por la unidad de lengua, ora por la de raza (?), ora por limitaciones geográficas especiales, etc. Por fortuna, hoy empieza á reconocerse que, en la realidad, se dan naciones de muchos y variados tipos, en que sólo existen algunos de aquellos elementos, ó uno solo, ó aparecen negados otros que se creyeron fundamentales, y, sin embargo, hay *nación* (v. gr. los Estados Unidos de América y Suiza). Puede decirse de ella

píritu francés ó galo; del alma italiana; del carácter alemán, etc., siendo indudable que estas determinaciones existen, y que, traduciéndose en las costumbres, en la ciencia, en el arte, en toda la idealidad de los pueblos, señalan sus más notables diferencias y afirman su personalidad en el mundo (1). Nada definitivo puede decir la ciencia en punto al proceso de formación de tales caracteres; ni son prueba en contrario las continuas trasferencias y asimilaciones recíprocas que cada día ponen más en claro los estudios comparativos. Por bajo de todas las influencias extrañas, el espíritu de cada grupo subsiste y se impone, como en la historia pasada se impuso (en Grecia, en Fenicia, en Roma, etc.), sin que podamos decir tampoco de donde procede, y en qué toma raíz esta individualidad, si en el influjo del clima, en el más amplio de las

lo que Gumpłowicz dice de la raza (*Lucha de razas*, cap. XXXI), á saber: que es un *producto del proceso histórico* resultado de muchas y varias causas, y que se caracteriza por la existencia de factores principalmente intelectuales y por un sentimiento de unidad y solidaridad en los individuos y cuerpos que la forman, sentimiento que, andando el tiempo, produce la ilusión de la unidad antropológica, de la comunidad de origen. Con razón, pues, dice Legrand en su citado libro *L'idée de Patrie* (Paris, 1898) que hoy día ya no se liga el patriotismo á las afinidades de raza, «que no preceden ni producen la patria, sino que son, al contrario, consecuencia y obra de ella;» ni «á las semejanzas de lengua, culto y aún cultura, que constituyen el fondo de que se alimenta el patriotismo, pero no la fuente de que emana: como lo prueba Suiza, que no tiene, ni igualdad de religión, ni de raza, ni de lengua.» Fouillée, por su parte, hace constar que el pueblo francés, «el que ofrece mayor unidad desde el punto de vista psicológico, es quizá el más híbrido desde el punto de vista de la raza. La unidad—añade—la han hecho el suelo, el clima, la historia, las selecciones naturales y sociales, los intereses y las pasiones comunes, todo lo que, al través de los siglos, forma la educación de un pueblo.»

(1) V. cómo fundamenta este concepto Fichte, en sus *Discursos á la nación alemana*, cap. VIII. De ellos publicaré en breve una traducción castellana.

determinaciones geográficas, en el substratum étnico (1), ó en un complejo de causas que en cada punto da resultados dife-

(1) La cuestión de la influencia del tipo antropológico propiamente dicho, muy discutible desde que se reconoció (v. por ejemplo, Gumpłowicz, *La lucha de razas*) que en los tiempos históricos no existen ya razas puras, parece tomar un nuevo rumbo, á lo menos por lo que respecta á Europa, después de los trabajos de Lapouge y Ammon (inaugurados en 1896: v. su bibliografía en *Rev. Internationale de Sociologie*, Marzo y Junio, 1898), ó sea de la constitución de los estudios antroposociológicos. Lapouge distingue en Europa tres tipos: el *Homo Europeus*, dolicocefalo y rubio (llamado á veces, con error, tipo ario); el *Homo Alpinus*, braquicefalo (celta ó celto-eslavo), y el *Homo Mediterraneus*, dolicocefalo moreno (dolicocefalo meridional). Los dos primeros componen principalmente la población del Norte y Oeste; el tercero la de los países del Sur, aunque no faltan en ellos representantes numerosos de los tipos europeo y alpino, como se ve en la *Distribución geográfica del Índice cefálico en España*, según el Sr. Oloriz. Las conclusiones de la escuela de Lapouge son: que, en punto á la energía y las aptitudes, el *H. Europeus* ocupa, en cualquier territorio en que se halle, el primer lugar; el *Alpinus*, el segundo, y el *Mediterraneus*, el tercero, en la jerarquía de las razas europeas. Semejantes conclusiones se basan hoy por hoy en la determinación de tres caracteres (que suponen otras tantas leyes) deducidos de la comparación entre las razas indicadas en orden al reparto de riquezas, á la estratificación ó jerarquía social, y á la sedentariedad ó emigración. (V. un resumen de estas demostraciones en el art. de C. C. Closson, trad. en la *Rev. Internat. de Sociologie*, Junio 1898, con el título de *La hiérarchie des races européennes*). Pero del valor científico de estas conclusiones, dudan muchos críticos, y algunos como Monod llegan á calificarlas de fantasías. Por lo que toca á España, los datos obtenidos por los Sres. Aranzadi, Hoyos, Oloriz y Anton, resumidos por éste en su Discurso de apertura de la Universidad central (1895), prueban que la composición antropológica es algo más compleja de lo que los antroposociólogos suponen, y que no siempre ha dado en la historia tan medianos resultados como hace presumir la pretendida inferioridad del *Homo Mediterraneus*. Sea lo que quiera de la exactitud de estos nuevos estudios, importa á nuestra tesis observar que no contradicen las diferencias nacionales (antes se inclinan á afirmarlas como irreductibles, sobre la base de la especial combinación que en cada una tienen los tres tipos), y que afirman la composición mixta de los pueblos actuales, y la no correspondencia de las

rentes por la forma de la combinación (1). Ni puede ser argumento en contrario la indeterminación de ese mismo carácter en ciertos puntos, ó su presente «inefabilidad», demostradas en las diferentes opiniones, á veces radicalmente contrarias, de los extraños, y en las mismas dudas de los naturales, como respecto del *espíritu* francés acaba de verse en una recientísima información (2). Lo único que esto arguye es el atraso en las investigaciones de psicología colectiva, tan embrionaria, en efecto, por lo que toca á las leyes generales como á la determinación personal de cada grupo. Pero la afirmación de la conciencia popular (3) y las conclusiones ya alcanzadas por algunos investigadores (4), bastan para sostener la existencia real de la diferencia entre los varios pueblos actuales y pasados, aunque respecto de los primeros no se haya logrado todavía una fijación clara de los elementos característicos.

razas históricas modernas con los tipos antropológicos. El valor respectivo de estos se obtiene estudiándolos dentro de cada nación y comparándolos entre sí, pero no bastan á explicar la diferencia real que hay, verbi gracia, entre el carácter alemán y el francés, no obstante hallarse formado uno y otro pueblo de la mezcla predominante del *H. Europeus* y el *Alpinus*.—En punto á la no correspondencia entre las razas *antropológicas* y las familias lingüísticas (la antigua división de arios, semitas y turanios) y, en general, para lo que se refiere á las razas europeas, consúltese el excelente libro de Taylor, *The origin of the Aryans*, que resume muy bien el estado actual de los conocimientos.

(1) V. la nota de la pág. 69, y el libro de Legrand, en lo que toca á las formas y á las bases fisiológicas y psicológicas de la individualidad nacional.

(2) Aunque se refiere especialmente al *espíritu literario*, es característico. V. *Revue des Revues*, 1.º Julio, 1898: *Qu'est-ce que l'esprit français?* Opiniones de Bourget, Bréal, Desjardins, Fonsegrive, etc.

(3) La fuerza de este hecho no se ha estudiado lo bastante; pero no está en lo cierto Legrand cuando afirma que «la esencia del patriotismo es un acto implícito, pero real y continuo, de asentimiento y de amor.»

(4) Comienza ahora á estudiarse la psicología de ciertos pueblos, como el francés, el inglés, el alemán; pero aún tardará mucho tiempo en poder reducirse científicamente las diferencias de juicio que es fácil advertir,

Después de todo, no debe maravillarse este hecho; es una simple consecuencia del principio de desigualdad, de individualidad, que en medio de lo común alcanza á todos los seres. Por fortuna, ya en lo que toca á los individuos está rectificadada la romántica ilusión de una igualdad absoluta, á que llevó la exageración de la jurídica, ó mejor, ante la ley; y con igual fuerza hay que protestar contra la ilusión de la igualdad (más bien se diría de la uniformidad) de los pueblos, que algunos parecen acariciar con harta ligereza. Toda la teoría de la tutela social, y de la colonización como una forma de tutela, se basa, como es sabido, en esa desigualdad (1); y aunque de ella quitemos las interpretaciones abusivas que ceden en desprecio del derecho de los peor dotados, siempre quedará en pie el principio y su fundamento en el hecho de existir históricamente pueblos superiores ó inferiores á otros. Pero las diferen-

comparando los relatos y observaciones de los viajeros, los refranes en cada nación afirman algo de su carácter ó del de otras naciones (principalmente en son de censura ó de burla) y otros datos que muestran la inseguridad de semejante conocimiento, hasta ahora. Como libros y artículos recientes inspirados en este sentido pueden citarse: *Profilo antropológico dell' Italia*, por Francesco L. Pulle (Firenze, 1898), que se dirige á trazar, con ayuda de la estadística, un *perfil* psicológico; *Quelques traits de la psychologie des Slaves*, por S. Korski (en la *Rev. philosoph.* Jun. 98); Fouillée, *Psychologie du peuple Français*, tomo I (París, 1898), obra excelente, aunque deja muchos puntos oscuros, quizá por que, como dice un crítico, «el carácter francés no es muy conocido en sus aspectos esenciales»; Ed. Demolins, *A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons y Les Français d'aujourd'hui. Les types sociaux du Midi et du Centre* (París, 1898), libro este último, que contiene muchas observaciones exactas, pero que á juicio de uno de sus críticos, Lichtenberger, no es de fiar en las conclusiones, porque generaliza sobre un grupo pequeño de hechos. De carácter más limitado son los trabajos de G. Routier, *Grandeur et décadence des Français* (París, 1898), y H. Bérenger, *La Conscience nationale* (París, 1898), estudio más bien de los defectos actuales de la sociedad francesa, que de toda su psicología.

(1) V. mi estudio sobre *La dictadura tutelar en la Historia*, cap. I.

cias que propiamente establecen la personalidad de los pueblos, no son las cuantitativas, nacidas de hallarse en este ó el otro grado de civilización y de capacidad, porque éstas pueden salvarse y reducirse andando el tiempo, y no imprimen propiamente carácter, sino las que se refieren á la *modalidad* intelectual y sentimental, que persisten y aun se acentúan con la diferenciación cada vez mayor que el progreso trae consigo. Sería peregrino que, reconociendo hoy la ciencia como ley de toda evolución orgánica la diferenciación, que caracteriza cada vez más los elementos y órganos, se negase su aplicación á las sociedades humanas, pagando harto tributo al afán uniformista de la época. Lo que radicalmente distingue la personalidad del pueblo griego de la del romano, no es el haber sido uno *más* civilizado que el otro, sino el sentido, la modalidad de su civilización, á pesar de haberla recibido en gran parte el segundo del primero (1). Si á este elemento se une el del medio natural que, á pesar de la industria humana, señala inevitables divisiones del trabajo económico (2), se tendrán las bases fundamentales de la diferenciación de las naciones y de la existencia de ideales y de intereses diferentes entre ellas.

Estas diferencias de modalidad llegan, á veces, á lo más hondo del carácter, y á las cualidades que facilitan ó retrasan el progreso en la cultura (3). Pero todavía cabe creer que el contacto persistente de unos pueblos con otros, los cruzamientos, la influencia sistemática y reflexiva de la educación, en-

(1) El *más* y el *menos* son también muy relativos en historia, porque los pueblos no desarrollan íntegra y paralelamente todos los órdenes de su actividad. Así, el pueblo romano, que en conjunto es inferior al griego, en el orden jurídico no puede afirmarse como tal.

(2) Respecto del influjo del clima, véanse los datos aportados en mi *Enseñanza de la Historia*, págs. 160 á 190, y en las *Adiciones* (págs. 20 á 33 y 387-88 del libro *De Historia y Arte*).

(3) V. lo dicho en nota anterior, acerca de las conclusiones de Lapouge y su escuela.

tendida como Fichte la explicaba (1), disminuyan con el tiempo algunas de estas diferencias, excitando, v. gr., el afán por la cultura, el deseo de modificar las industrias para igualar á las extrañas, el impulso activo en ciertos órdenes..... Muy probable es también que el carácter cosmopolita que van adquiriendo la ciencia y el arte, la homogeneidad que en algunas cualidades presenta hoy día la civilización de tipo europeo y otras causas análogas, contribuyan al mismo fin; pero todo nos autoriza á pensar que la homogeneidad no podrá pasar de ciertos límites, porque ni las más poderosas influencias educativas pueden crear facultades que no existen (y sí solo despertar las existentes), ni borrar particularidades que reposan en diferencias de situación y de vida que escapan á la acción del hombre y pesan sobre él (2), quiera ó no quiera. Los recientes estudios de sociología jurídica y de derecho consuetudinario, v. gr., demuestran que, lejos de rectificar la experiencia el sentido de la escuela histórica ó savigniana, lo afir-

(1) Páginas 54-55 de sus *Discursos*. Es la misma teoría desarrollada luego por Guyau. Un ejemplo reciente de la influencia enorme que, á veces, pueden producir los contactos de pueblos, la tenemos en la rápida *européarización* de los japoneses.

(2) V., por ejemplo, los datos que trae el P. Duhem sobre los caracteres específicos del tipo mental inglés, comparado con el alemán, en el artículo *L'école anglaise et les theories physiques* (*Revue des questions scientifiques*, 1893, 2.º semestre, pág. 345), y el paralelo que entre la química francesa y alemana hace el Sr. Carracido en su artículo *La nacionalidad en la ciencia* (incluido en los *Estudios histórico-críticos de la ciencia española*. Madrid, 1897). En punto á la vida jurídica, sabido es que Carle dedica todo un libro (V de la 2.ª parte) de su *Vida del Derecho*, á desarrollar un «ensayo psicológico sobre el carácter mental que en los estudios jurídicos y sociales han desplegado algunos pueblos modernos», distinguiendo y caracterizando el genio inglés, el alemán, el francés y el italiano. V. en la trad. esp., Madrid, 1891, las págs. 349 y sigs. del tomo II. Con relación á grupos más amplios, (griegos, eslavos, celtas, latinos y germanos) ha expuesto recientemente Burgess en su *Ciencia política* (págs. 45 á 53 de la edición española) la psicología del genio político en las naciones europeas.

man con la prueba de que la realidad en este orden, la verdadera vida del derecho, lejos de guiarse por principios absolutos de un derecho *natural*, igual para todos, descansa en las variedades que á las instituciones imprimen los pueblos, de conformidad con su idiosincracia especial (1). La doctrina de la división del trabajo entre los pueblos, según las respectivas aptitudes y las imposiciones del medio geográfico (orografía, relieve en general, costas, etc.), y la teoría de las misiones especiales que las naciones cumplen, son de las que más legítimamente han pasado de la antigua filosofía de la historia idealista á la moderna sociología positiva; y aunque de ellas es preciso descartar interpretaciones patrioteras como la alemana de Fichte y Gervinus, y, hasta si se quiere también, toda conclusión que se refiera á los pueblos actuales ó á la historia moderna, sobran los ejemplos en la antigua para confirmar la existencia de características diferenciales entre las naciones.

No arguye en contra de esto la inseguridad y la mutabilidad que los azares de la fuerza producen en la demarcación territorial, aun de los Estados que con mayor razón pretenden ser *nacionales*; ni siquiera la vaguedad que todavía reina en punto á la definición de las voces «nación», «pueblo», «raza», «patria» y sus análogas (2), porque el criterio territorial que

(1) Inútil nos parece detenernos en explicar el alcance de estas afirmaciones, que no invalidan, claro es, el valor general de los principios de justicia. La cuestión ha sido demasiadamente tratada por todos los modernos filósofos del Derecho.

(2) Pueden consultarse á este propósito, además del libro ya citado de Gumplowicz, el de Burgess, por lo que toca á la explicación de la «unidad étnica» nacional, y los recientes de Auerbach, *Les Races et les Nationalités en Autriche-Hongrie* (París, 1898), y de Luigi Gasparoto, *Il principio di Nazionalità nella sociologia e nell diritto internazionale* (Turín, 1898), que compara las ideas de *patria* y *nacionalidad* en los diversos sistemas de filosofía: socialismo, cosmopolitismo, partidarios de la

hasta ahora se ha seguido, por imposición errónea de la historia política, no es el verdadero para juzgar en estas materias. Los pueblos no adquieren ni pierden personalidad por ganar ó perder unos cuantos kilómetros de frontera, sino, como antes decíamos, por poseer ó haber agotado un espíritu propio, una modalidad especial de ideas, sentimientos y conducta, una conjunción históricamente condensada—por la continua labor, obscura é irreflexiva á veces, de la masa—de intereses y aspiraciones (1); y mientras ese espíritu persiste, indicando que la persona social vive todavía, hay pueblo, hay nación, hay patria, al través de todos los cambios de dominación y de todas las segregaciones territoriales. Sin duda, la independencia política, como ya el mismo Fichte demostraba, es condición eminentemente necesaria para que fructifique y se desarrolle el espíritu nacional, y por eso las agrupaciones que la tienen defienden tenazmente su independencia, hasta el punto de ser lícito pensar que el grupo en el cual carece de fuerza ese sentimiento ha dejado de ser pueblo, por agotamiento de su espíritu propio ó de sus energías orgánicas, y está próximo á la muerte. Pero lo que importa afirmar es que la personalidad nacional y patriótica no depende tan por completo del

paz universal, etc. También Legrand, *ob. cit.*, y Demolins, *A quoi tient la supériorité*, etc. (págs. 294 y sigs.) estudian los diferentes sentidos de estos conceptos. Schuchardt, en el folleto citado, que contiene indicaciones muy claras y sugestivas, llama pueblo (*Volk*) al Estado, al grupo político, y nación (*Nation*) al grupo etnográfico, «á la comunidad de lengua». En cuanto á la palabra «nacionalidad», cuya significación como «el conjunto de cualidades que caracterizan á una nación» se sustituye á veces por el sentido traslaticio, según el cual designa «el conjunto de individuos que presentan aquellos caracteres nacionales», Schuchard prefiere no usarla para evitar confusiones.—Nosotros empleamos indistintamente las voces «pueblo» y «nación», reservando la de «Estado» para designar el grupo político, que puede no ser nacional.

(2) La etimología de la palabra griega *patria*, denota ya una significación ajena á la territorialidad.

suelo como se ha creído (1), sino, ante todo y sobre todo, de la existencia de un espíritu común en el grupo. Así es posible que el pueblo judío (2) siga siendo «pueblo» (es decir, nación) aunque no posea territorio propio («patria», como se dice erróneamente); que los pueblos verdaderamente colonizadores lleven su espíritu á países nuevos y allí lo arraiguen, y que los pueblos emigrantes ó nómadas, no obstante la movilidad y continuo cambio de su territorio, hayan mantenido y mantengan su personalidad, comunicada luego á los territorios en que se establecen definitivamente (3). Lo principal, repetimos, es la existencia, en un grupo de hombres, de cierta unidad concreta en intereses, creencias y aspiraciones, en ideal y sentido de la vida; de la conciencia de esa unidad nace el sentimiento de solidaridad y amor referido á todos los que de ella participan, afirmando la personalidad del grupo y distinguiéndolo de los demás: por donde, de cada vez, á medida que se acumula tradición, á medida que el tiempo va consolidando la conexión entre los elementos constitutivos y la herencia colectiva, va diferenciándose y cristalizando el genio nacional, la patria moral.

Verdad es que el predominio alcanzado en la vida social por la forma sedentaria y la desaparición, desde hace siglos, de las grandes emigraciones, han unido sólidamente á la patria

(1) Salvo en lo que el suelo *influye* en formar ese espíritu, como hemos visto. La doctrina de las unidades geográficas, en su relación con las étnicas, para formar el tipo perfecto de nación, responde á otro sentido del que ahora nos guía en el texto, que no pretende negar la esencialidad de los dos factores (suelo y pueblo) que Renán consideraba como fundamentales para el nacimiento de la nación.

(2) Es el único ejemplo de pueblo sin patria.

(3) La historia antigua y la de los tiempos medios ofrecen numerosos casos que demuestran esta afirmación. V. v. gr. el libro de Ihering, *Prehistoria de los indoeuropeos*, y recuérdese á los germanos, á los árabes, etc.

moral la patria material, como elemento fijo (1); pero nótese que, salvo episodios siempre pasajeros de conquistas militares, la tendencia general (manifestada así que terminaron las oscilaciones producidas durante toda la Edad Media por el último movimiento de emigración en Europa) sigue la dirección de establecer las divisiones territoriales sobre la base de la comunidad de espíritu (principio de las nacionalidades), subordinando aquellas á éste y enlazando los grupos que pueden reconocer una patria moral común; siendo lo exacto, en esta corriente histórica de las nacionalidades, que el hecho no procede de la doctrina (como erróneamente suponen algunos), sino al revés, la doctrina no ha sido otra cosa que el reconocimiento por los eruditos de un hecho natural, de una aspiración anterior de las masas, aunque en la práctica el egoismo de las minorías gobernantes, y aun la misma exageración del elemento negativo que el amor patrio (como todo amor) tiene, hayan producido perturbaciones que aún duran en parte.

Guiados por este criterio, no nos parecerá contradicción que el amor patrio se nutra (secundariamente en rigor, fundamentalmente en apariencia, muchas veces) de elementos que proceden del territorio. El apego al terruño en que se nació y vivió los primeros años, la preferencia por la naturaleza y las condiciones geográficas de la patria local (y aun de la nacional) son, para muchas gentes, condiciones primarias del patriotismo, y el lenguaje vulgar confirma este hecho cuando, al pedir una *patria*, entiende pedir «un pedazo de suelo;» pero también es cierto que los mismos que esto sienten, responden cuando se da á la patria un sentido moral y un alcance que trasciende del terruño natalicio, afirmando siempre la existencia de los estratos afectivos é intelectuales que la comunidad de intereses y de ideal van produciendo en el alma del

(1) No quiere esto decir que los nómadas no tengan suelo; pero en ellos es mudable é influye menos, en punto á la determinación de los demás caracteres sociales, que en los pueblos sedentarios.

pueblo. El efecto de desnaturalizarse que se produce en los hombres de vida errante y aventurera, cuando la emprendieron demasiado jóvenes ó no se hallan provistos de un sentimiento vigoroso de la solidaridad con el grupo de que proceden, nace, no de que pierdan de vista el *territorio* de su patria natal (que pueden seguir amando geográficamente, que diríamos), sino de romper la *comunicación* ideal con el grupo. Pero como no se pueden *desnaturalizar* á la vez todos los individuos de un pueblo, ni siquiera la mayoría, estos ejemplos aislados nada dicen en contra de la realidad y esencialidad del patriotismo (1); siendo también lo más frecuente que se produzcan: ó en individuos que no han tenido tiempo para formarse en aquel espíritu, ó por los que padecen de ese misantropismo especial que el vulgo califica aplicándoles el nombre de *descastados*. Natural es, sin embargo, que el carácter *territorial* del patriotismo sea más acentuado en los grupos y en los individuos de escasa cultura y poca movilidad (los montañeses, v. gr.), mientras que el carácter moral se acentúa y progresa en los grupos cultos, ciudadanos, que viajan y se transportan fácilmente; y que, al fin y al cabo, contribuya ó pueda contribuir en todos á fundamentar más sólidamente (aunque también con mayor estrechez y egoísmo) el senti-

(1) Así lo piensa también un autor español tan poco sospechoso para los modernistas como el Sr. Corominas (*Psicología del amor patrio*, en la revista *Ciencia social*, núm. 6, Marzo 1896). Véase en la pág. 173 cómo explica la formación *afectiva* del amor patrio.—Pero conviene no aceptar de ligero la afirmación de que sólo una escasa minoría intelectual concibe la patria abstracta, la patria que trasciende del trozo de suelo natal. Obligan, por lo menos, á reserva en este punto, hechos como las resistencias espontáneas á la dominación extranjera, y los sentimientos de vanidad nacional y de celos internacionales, expresados en proverbios, refranes, canciones y otras formas de literatura popular, comunes á todos los pueblos, y que reconociendo una solidaridad más amplia que la del grupo local, afirman un carácter, un amor propio y hasta intereses algo más que del terruño.

miento de la patria nacional, de cuya suerte depende tanto la de cada parte de territorio.

Ahora bien; para nosotros, lo esencial del patriotismo es la moral. Habrá sentimiento patriótico en los pueblos que se hayan afirmado, en el proceso del tiempo y por la acumulación de intereses, riesgos, sensaciones, ideas, etc., con una cierta unidad y solidaridad sociales, cristalizadas en un carácter común y una idealidad colectiva. La manera cómo esto se haya producido; la cualidad y origen de los elementos concurrentes, si se han fundido en la persona nacional, ya sean de una ó de varias razas, nada de esto importa frente á la existencia de aquel hecho en un momento dado de la historia, como tampoco modifica en manera alguna este hecho la persistencia de modalidades regionales ó locales de todo orden, que ora se refieren á condiciones subordinadas de la vida, ora representan un factor de los varios que, enlazándose y completándose, ó rectificándose, han producido la resultante común. Claro es que con esto se afirma la temporalidad y dependencia histórica en que están la nación y el patriotismo; pero téngase cuidado en no confundir tales caracteres con el de contingencia, cosa á que propenden, por error muy generalizado, algunos críticos. Las variaciones que ha sufrido el mapa político de Europa, v. g., no dan materia para el menor argumento contra la realidad y sustancialidad de los grupos nacionales modernos en que existe un sentimiento patriótico. Aun en los tiempos más bajos de la Edad Media, es decir, en los de más confusión de los elementos sociales europeos, es posible discernir los núcleos caracterizados diversamente, que habían de ser base de las naciones futuras. A medida que el trabajo de reorganización adelanta, van dibujándose mejor y más claras las líneas propias de cada núcleo, con modificaciones ligeras á veces, producidas por la ingerencia de un factor nuevo, que se asimila, ó con excisiones que llegan á causar estado y caracterizarse á su vez. Pero todo esto cúmplese por encima de la mayor ó menor extensión de los Esta-

dos; y así, con las comarcas del Rhin ó sin ellas, el pueblo francés señalase por la misma individualidad; con más ó menos divisiones políticas, el pueblo italiano es uno, y siente, desde muy temprano, su unidad; y frente á él, á pesar de todas las dolorosas gestaciones de su consolidación política, el grupo germano afirma su carácter completamente distinto, etcétera. Las modificaciones territoriales no producen efecto sino á la larga, cuando traen por consecuencia que una parte de población pase al dominio de un grupo diferente, mayor ó de más enérgica individualidad, y permanezca así durante mucho tiempo, sin interrumpirse la prescripción, sufriendo influencias nuevas, que hacen variar la orientación de la solidaridad. Así, por ejemplo, los vascos y los catalanes franceses, que, á fuerza de años de hacer vida común con un pueblo diferente del suyo de origen han perdido el sentido de comunidad de vida y patria con los vascos y catalanes españoles, no obstante conservar algunos elementos de relación, como el idioma (1). Pero estas mudanzas—que si bien se considera no han afectado, desde el siglo V á la fecha, sino á muy contadas agrupaciones, ó destruidas casi completamente (v. gr., los alanos), ó absorbidas socialmente por el dominador político, ú obligadas á emigrar (v. gr., los vándalos, que á su vez eran invasores recientes de país extraño)—no se cumplen en un día; y presente está el ejemplo de naciones desaparecidas por usurpación y pérdida de independencia en nuestra época que, ó han logrado reivindicar esas condiciones (lo cual prueba la persistencia del espíritu nacional, v. gr. Grecia) ó demuestran bien claro el deseo de reivindicarlas si les fuera posible, procu-

(1) Las corrientes regionalistas modernas, que pretenden resucitar la solidaridad de estos dos grupos, para soldar nuevamente sus mitades y hacer el todo independiente, reproduciendo la existencia de Estados antiguos más ó menos reales (especialmente por lo que toca á los vascos), son puramente eruditas. La masa no las siente, á lo menos en la forma que los regionalistas desean, sin que esto obste á «el amor de la tierra natal» que todos tenemos, aunque sintamos el amor nacional también.

rando, mientras tanto, salvar y acentuar el carácter propio (v. gr. Polonia). Sin duda que estos hechos varían mucho, según los casos; hay pueblos cuyo sentido nacional y patriótico es más tenaz y vivo que el de otros, ya por estar más solidificado, ya por descansar sobre una realidad más perfecta, y éstos resisten más; hay también otros que todavía se hallan en germinación (por ejemplo, muchos de Africa) y que quizá no lleguen á granar por interposición de factores europeos más robustos y dotados de una enorme potencia asimiladora (las más de las veces, hay que decirlo, destructora). Pero siempre, cuando se trata de personalidades nacionales plenamente diferenciadas, el cambio no se produce sino después de mucho tiempo de sufrir las influencias ajenas acompañadas de dominación política.

Por último, no debe perderse de vista que los pueblos no son eternos, y que muchos, más poderosos que las grandes nacionalidades modernas, han desaparecido del mundo.

Cuando un pueblo ha agotado su ideal y sus energías naturales, ó se ha depravado moralmente, ó ha caído en un anárquico egoísmo como el que Fichte pintaba en los *Caracteres del tiempo presente*, perdiendo todo interés por defender y salvar el carácter y la independencia nacionales, es lógico que decaiga y se deje absorber por otro pueblo que se halle en pleno período de desarrollo nacional; y hasta puede desaparecer por completo, aunque á veces esta desaparición sea más aparente que efectiva, continuando, por bajo de la exterioridad política contraria, la realidad del genio nacional, aun á despecho del propio pueblo decaído, que se impone al vencedor; testigos, Grecia y Roma (1). Conviene también advertir que quizá no formamos una idea equivocada de la dinámica social y política del mundo antiguo; que tal vez las condiciones de

(1) . No sabemos todavía nada cierto en punto al fenómeno de las decaencias y aparentes desapariciones de pueblos. Es cuestión que la sociología histórica necesita estudiar detenidamente.

vida de los pueblos modernos son muy diferentes de las de sus predecesores y más aptas para la persistencia de la personalidad; y que, en fin, la teoría de la renovación de los pueblos y de las fatales leyes de desarrollo que los condenan, como á los individuos, á muerte inevitable (teoría quizá demasiadamente sujeta á una pura observación histórica limitada, que no puede elevarse á ley), necesita de una detenida revisión para contrastar su derecho á influir sustancialmente en nuestras concepciones de estos fenómenos sociales (1). Y es posible que á estas nebulosidades contribuya también, por su parte, el hecho de que, existiendo en un pueblo dado *muchos* de los elementos que componen el genio ó espíritu nacional, y no ignorándolo, sino conociéndolo con más ó menos claridad, el pueblo mismo, no llegue á *sentirlo* con suficiente fuerza para fundar realmente la unidad, ó claudique en algunas de sus manifestaciones más aparentes, y al fin y al cabo, de positivas consecuencias; v. gr., en la necesaria solidaridad defen-

(1) En el proceso general evolutivo del organismo social humano, ¿señala la Edad Antigua un grado sólo (inferior al presente), ó se dió ya en algunos pueblos orientales y clásicos toda la complejidad y organización necesarias para constituir un Estado sólido y no una forma pasajera? Problemas son estos que me parecen aún poco claros en la Sociología experimental, aunque para algunos autores, como Burgess, la impotencia política de los asiáticos y del pueblo griego sea punto menos que axiomática. En punto á la negación de la ley de desarrollo de los pueblos, concebida á la manera tradicional, es sugestivo el siguiente pasaje de un artículo del Sr. Vidal y Jumbert (*¿Cuál es el elemento enfermo?*, en *La Vanguardia* de 18 Agosto, 1898): «En esto me aparto de los que comparan el desarrollo de una nacionalidad á la vida individual en sus tres períodos de juventud, plenitud y muerte; porque las grandes nacionalidades (España ha sido una de las más grandes, aunque otra cosa opinan los pesimistas de encargo por todo lo español) tienen varios desarrollos, procesos, pero de ninguna manera comparables á los tres de la vida individual.»

siva contralas agresiones exteriores, según ocurrió en Grecia (1).

Con todas estas salvedades, volvamos nuevamente á la realidad actual. Siempre que nos hallemos en presencia de un grupo humano organizado actualmente en territorio propio, con civilización y carácter diferenciados, con historia común á todos sus componentes en un largo período de tiempo, y que tiene conciencia de su personalidad (2), la ama y la quiere sostener, ¿por qué no ha de ser lícito y humano fomentar esa conciencia y ese amor, procurando sostener el genio nacional, defenderlo de las agresiones que pretenden destruirlo, y procurar su difusión en lo que tiene de bueno para beneficio de la humanidad misma, que nunca sacará mejor provecho de cada uno de sus factores que cuando todos desarrollen su actividad originalmente, según su idiosincracia; así como toda sociedad no pierde, sino que gana, con que se produzcan original y personalmente cada uno de sus individuos? La homogeneidad de los caracteres no sólo es una ilusión, sino que, de poderse lograr artificialmente en un momento y espacio dados, sería un mal (3). Por muy fuerte que sea el pesimismo nacional, el menosprecio que en momentos de decadencia suelen sentir los individuos que más participan de ese estado respecto de la colectividad toda, convirtiéndose en

(1) El ejemplo de la división de las antiguas tribus españolas, motejado por los historiadores clásicos como el hecho que produjo la absorción romana, no puede equipararse á éste, á mi juicio; porque el grado de evolución social en que estaban las tribus peninsulares, ni era tan adelantado, ni mucho menos tan homogéneo como el de los grupos griegos, en que los factores comunes estaban muy acusados en casi todos los órdenes.

(2) V. sobre el carácter de «sentimiento inmediato de conciencia» que tiene el patriotismo, y su independencia de toda demostración concreta (á veces imposible) de la existencia de la persona nacional, á Fichte, Dis. IX, al cual siguen Foullée, Lagrand y los demás autores modernos.

(3) Consúltese Fichte, *Disc. cit.*

absoluto el juicio relativo (y quién sabe si exacto) de una situación transitoria; por muy graves, hondas, exageradas y apasionadas que sean las antipatías extranjeras, hijas siempre, no de una noble repugnancia humanitaria, sino de la envidia, del recelo ó de la venganza, ¿quién se arrogará justamente el derecho de condenar en definitiva á un pueblo, dándolo por inútil, por muerto, por falta de toda condición buena que, debidamente desarrollada, pueda servir para el progreso del mundo? (1) Los *sociólogos* que reparten con ligereza desenfadada patentes de vitalidad ó decadencia irremediable, de utilidad ó inutilidad, de aptitud ó ineptitud para la civilización á los pueblos, no son hombres de ciencia, no tienen derecho á ser escuchados seriamente; ó son políticos disfrazados, que buscan con sus sentencias la formación de una atmósfera conveniente para la realización de planes interiores ó internacionales, ó son fanáticos (reaccionarios unas veces, radicales otras) que se dejan llevar por sus fanatismos y cierran los ojos á la historia y á la psicología colectiva. Aquella cristiana confianza que á los correccionalistas en Derecho penal hizo negar rotundamente la posibilidad de afirmar nunca, por modo decisivo, la incorregibilidad de un sujeto, tiene más fuerza y mayor aplicación respecto de los pueblos, cuyas energías son más hondas y complejas que las de los individuos, y de cuya psicología sabemos todavía tan poco, que nos veda resolver de plano acerca de la esencialidad ó accidentalidad de fenómenos cuya medida cronológica no es, ni puede ser, igual á la que rige en los casos individuales.

(1) Tomemos como ejemplo los pueblos asiáticos ó africanos, tenidos como bárbaros, ó, cuando menos, positivamente inferiores, hoy día, á los de Europa. ¿Acaso si la colonización de los civilizados europeos no los destruyese, como los destruye en los más de los sitios, serían incapaces de llegar á constituir núcleos importantes de organización social? ¿Quién se atrevería á negarlo en absoluto? El ejemplo del Japón es bien elocuente, y todavía no sabemos las sorpresas que nos reservan los pueblos de la China, del Indostán, del Africa, N. E. y otros.

Ni siquiera cabe la posibilidad de decidir en muchos casos respecto de la *superioridad*, para el verdadero progreso de la especie humana, de tales cualidades sobre tales otras; porque ni es uniforme y definitivo el concepto de *civilización* que hoy tenemos (1), ni quizá las preocupaciones que nuestro tipo moderno nos ha creado nos dejan bastante lucidez para decidir respecto de ciertos factores morales, tal vez de mayor importancia que otros materiales y de confort que nos deslumbran (2).

Yo sinceramente me pregunto si ciertas naciones muy desarrolladas en no pocas esferas de la civilización moderna, y no sólo en lo material, sino en lo intelectual, prestan con esto á la especie un favor que exceda, ni aun compense, el ejemplo terrible, desmoralizador, verdaderamente bárbaro que le dan con los procedimientos de falsedad, de maquiavelismo, de rapacidad, de injusticia, que sistemática y reflexivamente siguen en las relaciones internacionales y en el trato con los pueblos inferiores ó con ciertos elementos sociales de su propia nacionalidad ó Estado (v. gr., los negros, en la América del Norte; los judíos, en Alemania; los chinos en California, etcétera). El pesimismo que esto crea; la perpetuación que produce de una moral (de una inmoralidad más bien) egoísta; la creencia, que ayuda á mantener en la superioridad de la fuerza bruta sobre el derecho; la superstición que origina respecto de la esencialidad y la fatalidad de la llamada «lucha por la existencia», ¿no son acaso males terribles para el progreso fundamental de la sociedad, al lado de los cuales pierden, si no todo, gran parte de su valor, los adelantos de las artes y de la industria, los refinamientos de la cultura científica, con-

(1) V. el cap. III de mi *Enseñanza de la Historia*.

(2) Cf. especialmente la doctrina de Metchuikoff y la de Gumplowicz (capítulo XXXVI), y el reciente libro del Dr. Mehemed Emin Efendi, *Kultur und Humanität. Völkerpsychologische und politische Untersuchungen* (Vürzburg, 1897), interesantísimo en muchos respectos.

vertida en placer solitario de una minoría y no en bálsamo que calme las malas pasiones y mejore la voluntad?

Y si de estas reflexiones resulta muy aventurado decidir respecto de la superioridad absoluta de un pueblo sobre otro, y de la conveniencia de adoptar universalmente y de un modo completo el tipo del presunto *superior*, como si los demás no ofreciesen ningún elemento aprovechable para la obra común humana, ¿parecerá cosa más fácil decidir en punto á la utilidad de destruir la variedad riquísima de los genios nacionales, reduciéndoles á una simplicísima homogeneidad por el dominio incontestable y la presión de uno solo? ¿Acaso ganará más el género humano con la uniformidad que con el sostenimiento de la especial originalidad de cada uno de sus grupos? ¿Acaso le prestará más servicio un pueblo renunciando á su propio carácter (no sólo en lo que tenga de propiamente suyo, sino hasta en el modo de *interpretar* y desarrollar lo ajeno asimilado), que procurando mantener, purificar y engrandecer ese mismo carácter? Ni cabe, en fin, asegurar—y menos hoy día, dada la orientación y las conclusiones de los modernos estudios filosóficos y sociales—que la formación del tipo ideal humano se logre mejor por la absorción de todos los elementos en uno solo, que por el juego libre de todos ellos, cada cual en su esfera y á su modo, perfeccionándose cada vez más por la experiencia concreta de una función especial.

La insensatez del aislamiento; la necesidad de estar recibiendo continuamente influencias de los demás, de los que son diferentes á él (necesidad tan esencial en los pueblos como en los individuos para la propia nutrición psíquica); el reconocimiento de la solidaridad de todos los grupos humanos en la obra de la educación, de tal manera, que nadie sabe jamás á ciencia cierta si en la obtención del estado presente hay más elementos indígenas que ajenos, ni aun entre éstos cabe siempre determinar cuáles predominan ó de dónde vienen, nada de esto sentencia en contra de la necesidad de sostener la personalidad de los pueblos constituídos, como factores útiles, y tal vez im-

prescindibles, en la compleja obra del progreso humano, para la cual no se basta uno sólo, ni quizá la naturaleza de nuestro espíritu consiente que toda la carga y todas las condiciones pesen ó se hallen en *un* grupo social, como positivamente no se hallan en *un* individuo, por alto y equilibrado que sea, ni en una generación.

RAFAEL ALTAMIRA.

BAJO LOS AUSTRIAS

LA MUJER ESPAÑOLA EN LA MINERVA LITERARIA CASTELLANA ⁽¹⁾

(CONCLUSIÓN)

En Sevilla, en los primeros años del siglo XVII, hubo una doncella ilustre por su cuna é ilustre por su talento, que pretendió una restauración clásica del teatro, basando en ella la fundación del teatro nacional. Llamábase esta señora doña Feliciano Enríquez de Guzmán. Descendía del Condestable D. Juan de Portugal, biznieta del Rey D. Juan III, cuya mujer, doña Isabel Enríquez, fue nieta de D. Enrique II de Castilla, y entre sus deudos no lejanos contábase doña Isabel En-

(1) En los números correspondientes á los meses Enero á Marzo de 1897 se publicaron en esta Revista los artículos anónimos titulados «Los salones de la Condesa del Montijo», que fueron reproducidos, casi íntegros ó extractados, por *La Época*, *La Correspondencia de España* y otros muchos periódicos nacionales y extranjeros, y que la opinión pública recibió con marcado favor.

Se atribuyeron, después de largas discusiones, á alguno de nuestros más insignes literatos académicos; y con objeto de poner en su punto la verdad y dar á cada cual lo suyo, cumple á nuestra rectitud declarar que el autor de dichos artículos es, lo mismo que del presente, el sabio escritor político y literato D. Juan Pérez de Guzmán, Director que fue de *La Época* desde 1875 á 1877, el cual se propone reproducirlos corregidos y con algunos interesantes apéndices. (*N. del D.*)

riquez, Marquesa de Montemayor, que edificó el monasterio de Santa Paula de Sevilla para que la sirviera de sepulcro. A pesar del alto linaje, la fortuna fue adversa á los de esta familia. D. Alonso Enríquez de Guzmán, hermano mayor de doña Feliciano, «caballero noble desjarretado,» se dió á la vida militar de aventuras, y sus hermanas menores doña Carlota y doña Magdalena profesaron en Santa Inés. Aunque inclinada doña Feliciano á los estudios, es decir, á los altos estudios de los humanistas y de los filósofos, las leyes de la naturaleza llamaron á su corazón, y aunque correspondida, hallando oposición para su enlace, y alejado el galán á Salamanca so pretexto de hacer su carrera literaria, doña Feliciano, juntando al amor apasionado el arrojo y la resolución, vistió traje de hombre y marchóse á Salamanca también, no para manchar su nombre, sino para seguir las leyes de su destino. El fingido estudiante tres años pudo sostener el secreto de su disfraz, y en ellos ganó lauros y premios, principalmente en los ejercicios de la poesía. Al cabo de este tiempo concibió celos del que amaba, creyéndole infiel, y en un día la celosa pasión rompió el velo de lo que había estado por tres años encubierto. Fugitiva de Salamanca, primero se amparó á Coimbra y á Lisboa hasta que, restituída á Sevilla, se unió al hombre por quien había hecho tantos sacrificios y corrido tan novelescas aventuras.

Fija siempre en su pensamiento predominante de arrancar el teatro de las manos bárbaras del vulgo y darle las formas convencionales del magisterio grecorromano, ningún asunto le pareció más adecuado para el ensayo que se proponía, que la misma novela real de la vida de que había sido principal papel y protagonista, mas desfigurando la acción de manera que, pudiendo ser interpretada, no fuera del todo conocida. De este plan fue producto la tragicomedia *Los jardines y Campos Sabeos*. La publicó en dos partes, de las que la primera se imprimió en Lisboa y la segunda en Coimbra, en el año de 1624, y después, las dos reunidas, en Sevilla en 1627. La

obra no tiene nada de dramática ni representable, y la sumisión de argumento tan interesante á tantos convencionalismos del modelo artístico que se propuso y de las consideraciones domésticas y sociales que cohibían los vuelos del ingenio, la constituyeron en una obra curiosa de nuestra literatura, y aún más curiosa porque en el pensamiento de una mujer hubiera nacido la idea de dar origen propio á un teatro nacional y artístico, pero no en un monumento verdadero de la poesía dramática. El teatro nacional ni pudieron fundarlo las farsas chavacanas de los juglares trashumantes, ni las tentativas artísticas de los que, como decía Gracián, solían ser sabios en latín y tontos en romance. Lope de Vega hirió con el suyo el corazón de las multitudes, y lo creó la opinión.

Doña Feliciana Enríquez de Guzmán dejó algunos versos líricos distribuidos en diversas obras de su tiempo y, sobre todo, entre los panegíricos que se hicieron á la *Información en derecho por la Purísima Concepción de Nuestra Señora*, que en 1625 publicó en Sevilla su marido D. Francisco de León Garavito, sobrino del célebre poeta Baltasar del Alcázar, señor de la Puñana; mas en realidad carecía de la vena de la inspiración lírica de las demás poetisas de que se ha hecho referencia.

Al entrar Madrid en la palestra con el concurso personal de sus poetisas, dignas de este nombre y de esta fama, nos presenta agrupados dos nombres que se destacan considerablemente de la turbamulta de las Academias y de los conventos: el de la hija del Conde de Castro, doña Antonia de Mendoza, dama de la Reina y poetisa de palacio, y el de doña María Nieto de Aragón, de cuna noble, aunque no de tanto lustre, y cuya vena poética se desborda en todos los accidentes familiares de la corte de Felipe IV. De doña Antonia de Mendoza no hay versos impresos; de doña María Nieto de Aragón, muchos, unos en obras sueltas editadas por ella misma, otros incluso en las crestomatías de su tiempo. Doña Antonia de Mendoza formaba parte de aquella servidumbre

aristocrática y literaria que inundó durante toda su vida la regia estancia de Felipe IV. Con doña Luisa Enríquez y con D. Jaime Manuel de Villena, era la obligada para los *motes* poéticos de las recreaciones íntimas de la cámara de la Reina con las damas y la alta servidumbre, á que solían asistir el Rey y el Conde Duque. Llamábasela *la divina Antandra*, y sus discreteos eran tan celebrados como los de su homónimo varón D. Antonio de Mendoza, que llevaba el sobrenombre de *El discreto en palacio*. Sus improvisaciones eran tan geniales como esta que hizo en cierta ocasión:

El galán que me quisiere
Siempre me regalará,
Porque de él se me dará
Lo mismo que se me diere.

Poco afortunada en sus amores, siempre conservó en su alma la llama de su primera pasión, y sus versos, que se conservan, transpiran la vehemencia de sus afectos, sobre todo cuando escribe la *Silva panegírica* al Marqués de Velada, y su *Soneto* al mismo, que comienza:

Ninguno igual á tu gallarda mano
Rige el caballo, ni el acero mueve.....

El Marqués de Palacios, sobrino del Conde Duque, se quejó en sus *Poesías* de que esta dama le había levantado enemistades en el regio alcázar, porque después de haberla cortejado por algún tiempo, se inclinó más á la hermosa catalana doña Catalina de Moncada; pero doña Antonia de Mendoza llegó á casarse con el Conde de Benavente; doña Catalina, con el Príncipe de Paternó, Duque de Montalto, y el Marqués de Palacios con ninguna. Los poetas del oficio tenían en gran reputación á doña Antonia, y Quevedo la dedicó, bajo el seudónimo de *Antandra*, el soneto cuyas palabras todas llevan la *A* de su nombre por inicial. La *Elegía á la muerte de la Marquesa de San Román y Astorga*, «que murió muy moza, recién casada, y

que era muy hermosa y muy discreta, y que lastimó á toda la corte», es, sin duda, la más sentida é inspirada de sus composiciones. A la de la Reina Doña Isabel de Borbón, de cuya Cámara era, sólo hizo estos cuatro versos:

Al cielo sube Isabel
Del suelo, porque es estrella:
Y naide ganó más que ella,
Ni naide perdió más que él.

No realizaba este mismo laconismo las dotes poéticas de doña María Nieto de Aragón. De 1645 á 1647 empalmó en largos y sendos poemas, odas y sonetos, las *Lágrimas á la muerte de la augusta Reina nuestra Señora Doña Isabel de Borbón*, con las *Obras epitalámicas á las bodas de Doña Mariana de Austria con el Rey Felipe IV*. De su estilo y estro puede dar muestra uno de estos sonetos al Rey Don Felipe por la muerte de Doña Isabel. Dice:

A la pérdida iguala el sentimiento
Del corazón Real solicitado,
Que no cabiendo en sí, ya arrebatado
Rompe en señas visibles de tormento.

Con augusto valor el sufrimiento
En batalla cruel, siempre animado,
Abate al desconsuelo que postrado
Cual Acteón robusto cobra aliento.

Alcides español, la fuerza pura
Levanta de la tierra al zafir puro,
Que goza de Isabel la luz serena.

Allí el lauro inmortal te da seguro;
Y pues que tu gobierno al orbe enfrena,
Que tus ansias den ley al rigor duro.

A la altura verdadera del genio se remontan en la lírica castellana del siglo XVII dos insignes portuguesas: doña Bernarda Ferreira de la Cerda y sor Violante do Ceo. A esta última, unos han querido compararla con nuestra Santa Teresa de Jesús, y otros con nuestra musa mejicana sor Juana Inés de la Cruz. ¡Infecundos juicios! Cada genio en la Historia, va-

rón ó hembra, no se parece sino á sí propio, y esa es la línea exclusiva que los distingue. En sor Violante do Ceo, con ser una artista consumada de los conceptos rítmicos, ni hay el éxtasis espiritual de nuestra reformadora del Carmelo, ni hay la pasión humana febril, calenturienta, de sor Juana Inés de la Cruz.

Doña Bernarda Ferreira de la Cerda sobrepuja en todas las condiciones poéticas á sor Violante. Doña Bernarda se presentó en 1618, en Lisboa, en la palestra literaria, aspirando á la corona de laurel y de encina de Caliope, con la primera parte de su poema épico *Hespaña libertada*. Jamás en lengua alguna la entonación épica había entrado en las facultades artístico-literarias de la mujer: y el voto lisonjero con que la opinión acogió la obra de la nueva poetisa, demostró que realmente había tenido alientos sobrados para salir airoso del empeño que había acometido. Hasta entonces doña Bernarda no había sido conocida más que en los pequeños ensayos líricos de la multitud vulgar, aunque desde el primer instante, reivindicando para sí con ellos un lugar de excepción. Desde la aparición de la *Hespaña libertada*, hasta el envidioso Lope de Vega quiso discernir estrellas por laureles para sus sienes de gigante. Volvió después de nuevo la gentil poetisa hispano-portuguesa al palenque lírico; pero no para disipar las alas de su genio en bagatelas efímeras. Abordó la poesía lírico-descriptiva, y en las *Soledades de Buzaco*, impresas en Lisboa en 1634, vertió joyas de eterno valor en el tesoro espléndido de nuestro Parnaso nacional. Leamos alguna de estas descripciones:

Por entre las peñas duras
Que se cuelgan de los cerros,
Ya coronando la tierra,
Ya siendo basas del cielo,
Hay mil cóncavas cavernas
De laberintos perfectos,
Que en intrincados anfracios
El aire retumba en ecos.

Habitan muchas especies
De animales dentro de ellos,
Y de cada especie de estas
Hay individuos sin cuento.
El cerdoso jabalí,
El pardo ligero ciervo,
Que corre los montes altos
Más veloz que el mismo viento.
También el cobarde corzo
Anda por allí sin miedo;
El tejón y la gineta,
La zorra y el lobo fiero,
La cauta y tímida liebre,
Con el inquieto conejo,
Que desde una piedra en otra
Salta lascivo y travieso.
Los ligeros pajarillos
Son tantos, y tan diversos,
Que, volando por el aire,
Forman escuadrones densos,
Rompiendo con sus gargantas
Aquel profundo silencio
Sin compás, claves ni letras
Hacen concordés acentos.
La filomena se queja
Entre dulcísimos quiebros;
Respóndele el jilguerillo
Con el chamarís parlero.
La negra mirla le ayuda,
Mientras en los ramos secos
Gime la tórtola triste
Por su compañero muerto.
También gime de otra parte
Progne por el hijo tierno,
Que por vengar á su hermano
Mató con tirano pecho.
Arrulla la palomilla
Y graznan el negro cuervo
Y el ánade en la laguna
Mientras se baña contento.
Entre ellas bate las alas

El nevado cisne bello,
Que con música suave
Festeja el día postrero.
La garza y perdiz calzada
Andan allí sin recelo,
La galerita y la grulla
Vigilante en todo tiempo.
Allí el águila real
Tiene larguísimo imperio,
Y enseñan las hijas suyas
A mirar al rubio Febo.
Infinitos pececillos
Nadan por los arroyuelos,
Vistiendo el aire de plata
Con sus saltos y rodeos.
Concuerdan sólo en ser peces,
Que en lo demás son diversos,
Con diferencias notables,
Con apellidos inmensos.

Doña Bernarda Ferreira no dejó sin concluir su poema predilecto, y aunque murió sin publicarle, después de haber adscrito el voto de su pluma y numen á todas las emociones gloriosas de España en su tiempo, la segunda parte de la *Hespaña libertada* pudo publicarse, póstuma, en 1673, no siendo en mérito é inspiración sostenida desigual á la primera.

Aunque Salamanca era á la sazón un nido de alumnos de Apolo de los dos sexos, verdaderamente como modelos artísticos de la palabra y de la rima no merece citarse más nombre de mujer que el de doña Antonia Jacinta de Barreda. Para medir la elevación de su espíritu basta leer el soneto que Grande de Tena incluyó en las *Lágrimas panegíricas* por la muerte del doctor Juan Pérez de Montalván. Sólo en la elección del asunto dejó ver doña Antonia la humanidad profunda y generosa de sus entrañas. No se dirigió al muerto en los encomios vulgares que todos los poetas, en número que se pierde de cuenta, le tributaban. En la muerte de un hijo el

dolor es del padre. A éste dirigió doña Antonia el soneto de su inspiración, que dice:

No cubra el rostro, venerable anciano,
El diluvio de lágrimas que viertes,
Que serán con tu lástima dos muertes
Que enternezcan el pecho más tirano.

Ya no te obliga sentimiento humano
Sí á tanto extremo prodigioso adviertes:
Porque llorando el mundo de mil suertes
Tu llanto suple el cielo soberano.

Mas ¡ay! que no es consuelo suficiente
Al dolor que te oprime tan prolijo
Aunque á la piedad mía más le cuadre;

Porque aunque llora el mundo amargamente
No hay quien á un padre llore como un hijo
Ni quien á un hijo llore como un padre.

No concluyen, ni se cifran, en las hasta aquí citadas las grandes poetisas de Castilla en aquel tiempo: de Burgos adelanta su simpática figura doña Beatriz Sarmiento, enlazada en la casa de los Maluenda, y de Medina del Campo la inspirada, abundante y discreta doña Leonor de la Cueva y Silva. La poesía de la primera es un bordado de lentejuela de plata la de la segunda de oro puro. Doña Leonor de la Cueva y Silva llena con sus obras todo el espacio que media entre los primeros años del reinado de Felipe IV hasta el último tercio del siglo XVII, hasta el año 1689, en que se encuentran dos de los pocos sonetos impresos que hay suyos, uno en el *Numeroso desengaño de la vida y breve diseño de la muerte de la Reyna N. S. Doña Luisa María de Borbón*, y el otro, hacia la misma fecha, en un *Poema* corto, impreso también, de D. Antonio Bartolomé Benavides Osorio Enríquez y Guerrero. Pero el caudal de su poesía espontánea, nerviosa, juvenil, que permanece inédita, corre de 1634 hasta el *Certamen* que Felipe IV mandó celebrar para rendir el culto del amor nacional á los soldados que murieron en la batalla de Lérida, palestra en que también tomó parte. Los versos de su primera edad tenían por

asuntos la patria, la gratitud, el amor. En todos fue excelente. ¿Es la patria la que la inspira? Véase el bello soneto *A la primera salida á Atocha de la Reina Doña Isabel de Borbón después del nacimiento del Príncipe*:

Salió á espaciarse una mañana Isbella,
Y creyendo las aves ser la aurora,
Con dulce canto y música sonora
El viento rompen por llegar á vella.

Mas mirando en su luz que era más bella,
Piensan ser Cinthyo que la tierra dora,
O de las bellas plantas nueva Flora,
Venus de amor, si no del cielo estrella.

Acuchillan el aire bullicioso
Teniendo á Isbella por su nueva diosa,
Diana de la noche, del sol alba;

Reina en belleza ante lo más hermoso,
Y ufanas de gozar su luz gloriosa
Con mil dulces canciones le hacen salva.

¿Le inspira la gratitud cuando el Infante Cardenal don Fernando, partido para las campañas de Flandes, da á su hermano D. Antonio de la Cueva y Silva su guión el día que entró en Milán? He aquí cómo la poetisa envía al vencedor de Nordlingha el voto expresivo de su gratitud, deseándole todo género de recíprocas venturas:

Segundo Apolo del mayor del mundo,
Hijo de Marte, nieto de Felipe,
Fénix raro divino y sin segundo,
Que no hay valor que al tuyo se anticipe;

.....
.....
.....
.....

Gallardo Atlante del hesperio suelo,
En cuyos hombros penden las Españas;
Hermosa afrenta del señor de Delo
Y en luz más clara todo el orbe baña.
La fama escriba en el celeste velo

Con pluma de diamante tus hazañas.
 Y el sol y luna, alfombra de tus huellas,
 Tus plantas besen en lugar de estrellas.
 Goce insignes victorias de tu mano
 Nuestro Rey, y pasando á tus mayores,
 Más que la aurora aljófara da al verano,
 Te dé la suerte triunfos superiores.
 Del Príncipe de Roma soberano
 La silla alcances, gracias y favores,
 Y siempre dé tu nombre, en paz y en guerra,
 Al cielo admiración, yugo á la tierra.

¿Es el amor el numen de su corazón y de su mente, y llora desengaños y dolores?

Ni sé si muero, ni si tengo vida;
 No estoy en mí, ni fuera puedo hallarme;
 Ni en tanto olvido cuido de buscarme,
 Y estoy de pena y de dolor vestida.
 Dame pesar el verme aborrecida,
 Y, si me quieren, doy en desquitarme;
 Ninguna cosa puede contentarme;
 Todo me enfada y deja desabrida.
 Ni aborrezco, ni quiero, ni desamo;
 Ni desamo, ni quiero, ni aborrezco;
 Ni vivo confiada, ni celosa;
 Lo que desprecio á un tiempo, adoro y amo:
 ¡Vario portento en condición parezco,
 Pues que me cansa toda humana cosa!

A tan gentil poetisa no puede seguir en este cuadro otra menos gentil. La discreta extremeña doña Catalina Clara de Guzmán, la hermana de D. Lorenzo Ramírez de Prado, que después de avalorar su ilustre persona durante su bien cultivada juventud con los honores de la poesía, por su casamiento con el general del ejército de España en las fronteras de Portugal, D. Francisco Tuttavilla, se condecoró con el título de Duquesa de San Germán. Aquel era un espíritu tan festivo como culto, en que el aticismo más refinado le brotaba por todas las venas de su musa juguetona. Leyendo algunas de sus

composiciones. ¿quién no cree andar al tope con el numen de Quevedo? ¿Retrata á D. Francisco de Arévalo «que era muy pequeño de cuerpo?» ¡Los enanos de Velázquez se trazan por su pluma!

Mirando con anteojos tu estatura,
Con anteojos de verla me he quedado;
Y por verte, Felicio, levantado,
Saber quisiera levantar figura.

¡Lástima tengo al alma que en clausura
La trae penando cuerpo tan menguado!
¡Átomo racional, polvo animado
Instante humano, breve abreviatura!

Anastasio Pantaleón de Rivera y ella se trocaron los retratos humorísticos en versos, como ahora podrían trocarse dos caricaturas fotográficas. ¡Qué suma de ingenio por una y otra parte! Así se dibuja ella misma al espejo de su pluma:

Si es de azucena ó de rosa
Mi frente, no comprehendo
Ni el color,
Y será dificultosa
De imitar, pues no la entiendo
Yo la flor.
Y aunque las cejas, en frente
Vivan de quien las murmura
Sin recelo,
Andan en traje indecente,
Pues siempre está su hermosura
De mal pelo.

.....
.....
.....
.....

Mis mejillas desmayadas
Nunca las ví su candor,
Y esto ha sido,
Porque son tan descuidadas
Las tales, que hasta el color
Han perdido.

De mi nariz he pensado
 Que algún azar han tenido,
 O son antojos;
 Pero á ello me persuado,
 Porque siempre la he tenido
 Entre ojos.

Viéndola siempre á caballo,
 Mi malicia se previene
 Que lo doma;
 Y en buena razón lo hallo,
 Pues aunque lengua no tiene,
 Se va á Roma.

.....

En el capítulo de monjas también desfilan á pares las que colocaron en este siglo, con sus obras, que se imprimieron, el nombre de las poetisas castellanas, en la cima donde en pedestales eternos viven y vivirán perennemente las de la antigüedad. ¿Qué altura será negada á Teresa de Jesús, considerada como poeta, y á Sor Juana Inés de la Cruz? Estos dos nombres bastan para acreditar entera una literatura. ¿A qué repetir aquí conceptos que llenan ya toda la Historia? Su grandeza y su notoriedad exime aquí de repetir elogios, que con razón esperan otros, si no de tal magnitud, de mérito reconocido, y que en su propia proporción llenan las leyes de la armonía en el grandioso conjunto. Además de la Musa de Méjico, á quien Lope de Vega no alcanzó, no pudo negar sus panegíricos á otra poetisa americana ilustre, á doña Jerónima de Velasco, que dejó obras insignes en Quito y Lima del Perú. De ésta decía *El laurel de Apolo*:

¿Qué ingenio, qué cultura, qué elocuencia
 Podrá oponerse á perfecciones tales;
 Que substancias imitan celestiales?

De la portuguesa doña Isabel Correa, que ilustró la musa castellana en Flandes traduciendo el *Pastor fido*, de Juan Bau-

tista Guarini, publicándolo en 1673, pocos encomios restan que hacer á los que van ya en otra parte; pero sí los merece, y una mención muy particular, la Abadesa de Casbás, en Aragón, doña Ana Francisca Abarca y Bolea y Mur, hermana del Marqués de Torres, que en 1679 dió á las prensas de Zaragoza su libro.

Es una miscelánea de prosas y versos, en la que el dique de los votos, poniendo frenos á las olas del genio, deja traslucir la lucha entre el deber y las libres inspiraciones del alma iluminada para todas las batallas de la tierra. El supremo talento de la poeta salva todas las dificultades; pero en sus versos sólo se echa de ver la falta de una nota, falta común á todas las poetisas conventuales, con la sola excepción de Teresa de Jesús: la de la unción ascética. Escribió algunos versos profanos que no están en su obra, entre otros, el soneto á la muerte del Príncipe D. Baltasar Carlos, después de la muerte de su madre la Reina Doña Isabel, soneto que hizo vibrar las cuerdas de su lira, de modo que en él se advierte la suprema labor del arte; porque doña Ana Francisca Abarca era una poetisa de cuerpo entero:

Lapidario sagaz, duro diamante
 Labra; resiste firme el golpe fiero;
 Tiñelo en sangre, y pierde aquel primero
 Rigor, á su labor menos constante.

Contra Carlos el mal no ven bastante,
 Que queda al golpe, cual diamante, entero;
 Tiñelo en sangre amor, y el mal severo
 Sujeta con amor á un hijo amante.

El mal lo agrava, y el amor lo affige:
 ¿A cuál pide remedio? Éste no tiene,
 Y quien conoce aquel, á éste no alcanza.

No rige el mal: que amor de madre rige;
 Y Carlos por amor, á perder viene
 La vida en flor, y España la esperanza.

VII

Sin que la mujer española de aquel siglo, perpetuamente para nosotros memorable, hubiera abordado otras esferas que las de la poesía lírica en la palestra de las artes del saber y de la imaginación, bastaría el cuadro de que queda hecha some-
ra pintura para reclamar para ella el puesto de honor que le corresponde en las emancipaciones morales de que tanto alardea nuestro siglo, y en que en más de dos en España se había adelantado. Ann resulta para ella, de la comparación de objetivos y de resultados, que también podría hacerse la indudable ventaja de la sana dirección moral que daba carácter á aquel movimiento social, y el respeto que se tributó con plena lealtad á los supremos principios dirigentes. Con recordar sólo lo que con los libros de caballerías sucedió, se adquiere la convicción más profunda de la eficacia que dentro de nuestro régimen social este principio sabia y virtuosamente representado siempre tuvo. Los libros de caballerías fueron recibidos en nuestra sociedad más culta y encumbrada con el mismo delirio que un siglo después despertaban en las mismas clases privilegiadas, y más tarde en la masa del pueblo, las nuevas comedias de Lope y de Calderón. El orador y el escritor sagrados emprendieron simultáneamente la guerra para arrancar del corazón de las gentes aquellos libros calificados de «incentivos para despertar el gusto del pecado», y una multitud de escritores laicos salieron á ayudar las iniciativas de la Iglesia. En la poesía, Hierónimo de Urrea se proponía moralizar cristianamente los poemas de Ariosto; Jerónimo Bermúdez dirigió al Conde de Lemos, D. Fernando Ruiz de Castro, sus *Tragedias españolas*, á fin de poner ánimos en muchos ingenios, que «dexando de seguir el gusto de quien se le tiene estragado, es crimen de aquí adelante, cosas que destierran

de España las barbaridades y burlerías de los más poetas de ogaño»; D. Bernardino de Mendoza escribía sus *Comentarios* para que los soldados españoles tuvieran «libros para poder dexar los de ficciones, de cuya lección no se saca otro fruto que el que llevan los que se han puesto á escuchar la corriente de un arroyo», y el Doctor Juan Sánchez Valdés de la Plata daba á luz su *Crónica é Historia general de España*, porque «viendo que los mancebos y doncellas, y aun los varones ya en edad y estado, gastan su tiempo en leer libros de vanidades enarboladas, que con mayor verdad se diría ser seminarios de Satanás que blasones de caballería», quería desterrar de sus pensamientos estos malos hábitos de mentiras y vaciedades. Ni siquiera se agradeció á Cervantes que lanzara sobre ellos el ridículo por medio de una fábula semejante, porque, como decía el autor del *Criticón*, «era dar del lodo en el cieno, y querer sacar del mundo una necesidad con otra.»

La cuestión es que cuando el manco de Lepanto dió á luz su libro inmortal, la Iglesia ya había logrado su triunfo. El libro de caballería no había desaparecido del todo; pero había descendido desde el estrado de los señores al tenducho de la barbería, y la imprenta no reproducía las antiguas ediciones. ¡Ojalá la Iglesia hubiera tenido siempre á su cabeza varones que, como fray Luis de Granada, pudieron comunicarse familiarmente con la Duquesa de Alba, que era muy docta, haciéndole sentir siempre la superioridad de su magisterio!

Conducida por la mano misma de la Iglesia, fué la culta mujer española á morar en los valles de Helicon, hasta desde el fondo obscuro de sus murados conventos; mas cuando desde la llanura, en alas de su propio genio, se remontó á las cumbres, entonces las exigencias de su espíritu las reclamaron á otras disciplinas del humano saber. Desde Ana Commeno, único ejemplar conocido, no fue la *Historia* manjar adecuado al paladar intelectual de la mujer. Sin embargo, en el siglo XVII dos ingenios femeninos hicieron presa de ella para ejercer su ministerio. Fue la primera la musa del Gua-

diana, doña Ana de Castro Egas, que con el título de *Eternidad del Rey Don Felipe* (III), escribió un *Discurso de su vida y santas costumbres*, que, aunque muy abreviado, contiene la particularidad de ciertas noticias íntimas y compendiadas, que siempre servirán de documento á los que escriban de aquel tiempo, de aquel Rey y de aquel reinado. De su discurso hicieron las alabanzas treinta y seis afamados ingenios de la corte, entre los que se hallaban grandes y títulos como el Duque de Lerma, el Marqués de Alcañices y los Condes de Siruela y de la Roca, á los que se añadían poetas del fuste de Mira de Mescua, Bocángel Unzueta, López de Zárate, Pérez de Montalván, el M. Valdivielso y Miguel de Silveira, y funcionarios de cámara ó del Estado, como el caballero Vivanco, el secretario Carnero y el Ministro Tovar de Valderrama. Quevedo hizo también el elogio, pero en verso y enteramente político.

La sevillana doña Ana Caro de Manlleu, otra de las grandes líricas del tiempo, si su nombre no se hubiera reservado para este lugar, y para más adelante, tocó también en los dinteles de la Historia, pero con otro carácter análogo al de los periodistas de información, que actualmente son de los más diestros y eficaces colaboradores del periodismo, para producir hojas del día en la forma de *Relaciones* que afectaba á la sazón en toda Europa, y en España más que en ninguna otra parte, el periodismo naciente. Dos documentos de este género han llegado hasta nuestros días, y se conservan, de doña Ana Caro de Manlleu. El uno se publicó en Sevilla en 1633, con el título de *Grandiosa victoria que alcanzó de los moros de Tetuán Jorge de Mendoza de Pizaña, general y gobernador de la ciudad de Ceuta*, y otro se imprimió en Madrid en 1637, con el epígrafe de *Contexto de las Reales fiestas que se hicieron en el palacio del Buen Retiro á la coronación del Rey de Romanos y entrada en Madrid de la señora Princesa de Cariñán*. En tres discursos, dedicados el primero á doña Agustina Spínola de Eraso, el segundo al Conde Duque de

Olivares, y el tercero á la villa de Madrid, se dividió este papel; mas la relación está acompañada de algunas poesías de doña Ana, entre ellas una preciosa *silva* dirigida al Conde Duque de Olivares, indudablemente Mecenas de la escritora, como lo fue de todos los ingenios que de Sevilla vinieron en su tiempo á la corte de Felipe IV. De cualquier modo es curioso ver emplearse en esta ocupación á una dama, ejemplo que hasta entonces no se había dado en este género de publicaciones, cuya redacción, cuando tenían carácter político, como lo era evidentemente el de la *Relación* última, se solía confiar á personas de suma confianza y prudencia, habiendo desempeñado este papel, desde 1821, Andrés de Mendoza, don Gabriel de Bocángel Unzueta, Gaspar Dávila, D. Antonio de Mendoza y otros sujetos semejantes.

Campo más propio de sus facultades abrió la novela de costumbres urbanas á los nuevos peregrinos ingenios de la cultura española, y fue la primera que se caló la visera para entrar denodadamente en el palenque, doña María de Zayas y Sotomayor, natural de Madrid. El maestro José de Valdivielso, cuando le fue presentado para su censura el libro de las *Novelas amorosas y ejemplares* de la ilustre dama, no pudo menos de emitir el dictamen más favorable para su publicación, haciendo recalcar bien estas palabras: «Y cuando á su autor por ilustre emulación de las Corinas, Safos y Aspasia, no se le debiera la licencia que pide, por dama é hija ilustre de Madrid me parece que se le puede dar.» La licencia se expidió en Madrid en 2 de Junio de 1636, y el libro se publicó por vez primera en Zaragoza en 1637. Lo que se desconoce es la ó las causas por qué habiéndose escrito y aprobado estas novelas en la corte del Rey Felipe, fuesen con nuevos dispendios á publicarse en Zaragoza, es decir, fuera de la jurisdicción directa de Castilla. Si el Maestro Valdivielso reconoció que por el simple hecho de ser dama y señora debía otorgársele la licencia para la impresión, prescindiendo del honor que para nuestras letras era la aparición de aquella nueva y

luminosa figura literaria, la autora debió luchar con los poderosos obstáculos de las preocupaciones no del todo extirpadas, cuando en el prólogo de su obra estampó estas significativas palabras: «¿Quién duda, lector mío, que te causará admiración que una mujer tenga despejo, no sólo para escribir un libro, sino para darlo á la estampa? Habrá muchos que atribuyan á locura esta *virtuosa* osadía de sacar á luz mis borrones, *siendo mujer*, que en opinión *de algunos necios* es lo mismo que una cosa incapaz. Pero cualquiera, como sea no más de buen cortesano, ni lo tendrá por novedad ni lo murmurará por desatino..... ¿Qué razón hay para que ellos sean sabios y presuman que nosotras no podemos serlo? Esto no tiene, á mi parecer, más respuesta que la impiedad ó tiranía en encerrarnos y no darnos maestros. Si de nuestra crianza, como nos ponen cambray en las almohadillas y los dibujos en el bastidor, nos diesen libros y preceptores, fuéramos tan aptas para los puntos y para las cátedras como los hombres».

No fue la común galantería tan pródiga en elogios con esta novelista como lo había sido con la Castro Egas al acometer una obra histórico política con el evidente propósito de reanimar los bandos que había suscitado á la muerte de Felipe III la improvisación del Conde de Olivares, D. Gaspar de Guzmán, á la privanza y gobierno absoluto del nuevo monarca, y á la rehabilitación del partido de los Lerma, que tan crueles flagelos habían recibido de la dura mano del nuevo y colosal ministro. De la cumbre apolínea de Madrid solamente acudieron en la alabanza de la ilustre dama el condescendiente Pérez de Montalván y el también novelista D. Alonso del Castillo Solorzano, que se congratuló de tan bizarra compañía en el género que cultivaba. El portugués Diego de Pereira también se adelantó á su alabanza, porque en Portugal entonces reflejaba de tal modo el rayo de imposición de toda materia literaria que radiaba del cerco luminoso de Madrid, que todavía durante más de un siglo después de haberse rebelado contra nuestro dominio y haber alcanzado su emancipa-

ción política, su literatura no era más que un satélite que servilmente giraba dentro de la órbita de fuego de la constelación castellana. Mas el doctor José Adrián de Argaiiz y los hidalgos D. Francisco de Aguirre Vaca y D. Alonso Bernardotte y Quirós, que juntaron sus encomios rítmicos á los de los anteriores, cumplieron sólo aquellos rendimientos de la amistad que entonces eran tan frecuentes, sin que cayesen en la feroz censura de Hierónimo de Arbolanche, el obscuro émulo de Garcilaso, cuando tronaba irónicamente contra el príncipe de la poesía castellana «porque alquileraba sus versos» para recomendar libros ajenos.

Entre el elemento social que la aparición de la novela suscrita con el nombre de una dama, á quien Lope de Vega ya había llamado «dulce, hermosa, inmortal hipocrenide», causó una emoción más entusiasta fue entre las demás bizarras literarias que mantenían con sus escritos el fuego sacro de la emancipación que realizaban. Aquella sevillana, residente en Madrid y muy en los altos círculos políticos y literarios, doña Ana Caro de Manlleu, á quien el Conde Duque confiaba la redacción de documentos del día, que habían de trascender á la Historia, en sucesos de la magnitud de la coronación imperial del Rey de Romanos, que á España había impuesto tanto empeño y tan onerosos sacrificios, escribió para doña María de Zayas y Sotomayor unas décimas tan sentidas, que es de lo mejor que en poesía apologética tenemos en castellano.

Así decía:

Crezca la gloria española,
Insigne doña María,
Por tí sola, pues podría
Gloriarse España en tí sola.
Nueva Safo, nueva Pola
Argentaria honor adquieres
A Madrid, y te prefieres
Con soberanos renombres,
Nuevo prodigio á los hombres,
Nuevo asombro á las mujeres.

A inmortal región anhelas
 Cuando el aplauso te llama,
 Y al imperio de la fama
 En sus mismas alas vuelas.
 Novedades y novelas
 Tu pluma escribe; tú cantas;
 Triunfa alegre en dichas tantas,
 Pues ya tan gloriosa vives
 Que admiras con lo que escribes,
 Con lo que cantas encantas.
 Tu entender esclarecido,
 Gran Sibila mantuana,
 Te miente al velo de humana,
 Emula al común olvido;
 Y del tiempo desmentido
 Lo caduco á las historias,
 Hará eternas tus memorias
 Rindiéndole siempre fieles,
 A tu elocuencia, laureles,
 A tu erudición, victorias.

En Zaragoza, donde, como en todo el antiguo reino de Aragón, la mujer había alcanzado la altura de ilustración intelectual que se ha podido apreciar por la narración de los sucesos religiosos y sociales de que antes se ha hecho mérito y que habían traído á la palestra literaria tantos nombres insignes recogidos de todas las capas y de todas las jerarquías vitales, se celebró como un gran acontecimiento local que en aquella corte de la emulación del talento fuera donde por vez primera una mujer esclarecida sacase al teatro de la publicidad el nuevo género literario hasta entonces vedado al genio de las de su sexo. Y entre los aplausos pindáricos que doña María de Zayas recogió y que constituyen documento demostrativo de esta aseveración, se cuenta este soneto, de gran contestura artística, de doña Ana Inés Victoria de Miras y Aguilur, que encierra la suma del pensamiento común de la opinión:

Sacro Ibero, que en nítidos cristales
 Formas alegre solio á tus delicias,

A quien veneran ninfas, que propicias
 Son á tu aplauso y obediencia iguales;
 Despacha algún Tritón por tus raudales
 Que al claro Manzanares pida albricias,
*De gozar tus riberas las primicias,
 Que María hace glorias inmortales.*

Dí que de Zayas el renombre ilustre
 La fama por el orbe en vuelo breve
 De gente en gente su valor pregona;
*Que goza España en él un nuevo lustre,
 Que aplausos oye á las hermanas nueve
 Y que es timbre del monte de Helicon.*

El éxito franco que alcanzaron las novelas de doña María de Zayas, atrajo sobre su nombre todos los epítetos de la ponderación y le abrió todas las puertas del prestigio. Hasta entonces sólo había sido conocida por algunas de aquellas composicioncillas fugaces de inspiración forzada que se daban á la amistad para la recomendación de los libros de otros, como las *décimas* que en 1624 puso en los preliminares del *Orfeo*, de Montalván, con las canciones y metros de Lope, Tirso de Molina, D. Gabriel del Corral, D. Jerónimo de Villaizán, López de Zárate y el portugués Francia y Acosta. Desde entonces giró con luz propia y de astro de gran magnitud. Montalván la llamó «décima musa de nuestro siglo», y Marques de Careaga acredita «que se hizo mucho lugar en la Academia de Madrid.» De sus versos sueltos, tan sobresalientes como sus prosas, y tan artísticos y originales como las fábulas de sus novelas, no se hizo colección y en su mayor parte se han perdido; pero por los que la novelista intercala, como entonces era costumbre, en el texto de sus obras, se adquiere la noción de su inspiración y de su arte exquisito, llegando á todas las alturas en la poesía descriptiva de la naturaleza, como en las cuatro composiciones que consagró á *las estaciones del año, primavera, verano, otoño é invierno.*

El género literario en que se distinguió exigía facultades de mayor concepción, disposición y arte que las fáciles inspi-

raciones líricas, y por esta razón, la aplicación á la novela no encontró tantos adeptos como tuvo asaltantes de los dos sexos la cumbre del Parnaso, sobre cuya muchedumbre, dirigiéndose á Baltasar Elisio de Medinilla, ya escribió Lope en el *Soneto de la buena cosecha de poetas, conforme al pronóstico de los almanaques*.

Si de poetas la abundancia apruebas,
Elisio, en nuestro hispánico distrito,
A los panes y peces te remito,
Si no sabes el número que llevas.

«Año de brevas, y de muchas nuevas,
Nunca le veas»; tiene el vulgo escrito;
Mas cierto matritense manuscrito
Dice *poetas*, donde dijo *brevas*.

Aquel siglo, por lo tanto, no produjo en España más que otra novelista, si no del genio de doña María de Zayas y de su inspiración tan sostenida, también muy apreciable: la granadina doña Mariana de Caravajal y Saavedra, que á la vez acometió los dos géneros literarios más en boga: el teatro, para el que ella misma confiesa que escribió doce comedias, que se han perdido, después de haber sido representadas en Granada, en Toledo y en Madrid, y sus ocho novelas de las *Navidades de Madrid y noches entretenidas*, que se vino á publicar á la corte en 1663, y puso bajo el patrocinio de D. Francisco Eusebio Peting, Conde del Sacro Romano Imperio, Barón de Oderfalkenstein, Señor de Groskrichaimb, Runburg y Wilchin, Burgrave perpetuo de Linz, y Embajador del Imperio en la corte del ya espirante Felipe IV.

No es el objeto de este resumen histórico, hasta ahora nunca intentado á fondo, de la representación de la mujer española en la Minerva castellana, emitir juicios críticos sobre las obras que se enumeran. De que se estiman de consideración y calidad para condecorar una literatura, responde al mero hecho de su mención. Se zurce y respunta aquí el desarrollo de los hechos sociales de que emanan las producciones

literarias de la mujer, ó en los que influye, ya en la dirección general de la Historia, ya en la evolución constante de las ideas y de las costumbres, y se hacinan los materiales que otros talentos aprovecharán con ventaja en la órbita del ramo del saber á que se apliquen. Así, aquí se recoge cada flor de cada planta, y sistematizando el incoherente manojo, se forma el precioso ramillete, que al cabo constituye este hasta ahora desconocido acopio de tantos nombres insignes, de tantas facultades brillantes y de tantas producciones de perenne doctrina ó de perenne recreación. A veces se han citado obras que nunca estuvieron concebidas para los honores de la publicidad, y en este número no es posible substraerse de citar con vivo encarecimiento el cartulario privado de una monja, cuya fama ha llenado los ámbitos de la política hasta aquí más que los de la literatura; pero en lo sucesivo sus *Cartas*, admirable y superiormente coleccionadas en reciente fecha en la ignorada y recóndita recreación de una dama por muchos títulos ilustre, y exornada con un prólogo de tanta erudición como aguda crítica por el Sr. D. Francisco Silvela, serán ya el documento auxiliar de la Historia, en cuya graduación la tenían los sabios que de ellas alcanzaban alguna imperfecta noticia, y modelos del arte, en su propia espontaneidad, para los ejemplos del aula y el tesoro de la literatura nacional. Estas son las *Cartas de sor María de Agreda*, la monja sabia y virtuosa con quien el Rey Don Felipe IV sostuvo continuada correspondencia desde la caída del Conde Duque de Olivares y la derrota de nuestras armas en Rocroy, hasta 1665, en que ocurrió la muerte de este monarca. Todo es en esta correspondencia, por parte de la santa monja, espontaneidad de su alma llena de bondad y moderación, rectitud y sanidad de intención y de espíritu é inspiración del bien y de la virtud; pero aunque en ellas la ciencia y el arte parecen no intervenir, arguyen desde luego, así la elección del monarca en su tolerante correspondiente, como la firmeza de ésta en sus pláticas y consejos, una copia de talentos característica de las inteligencias de ín-

dole superior. Su nombre no puede ser apartado de este cuadro, en que la propia autora nunca tuvo ni el más remoto pensamiento de poder entrar, como por sus contornos epistolarios entraron deliberadamente con la corriente que la historia literaria de sus épocas respectivas, el Bachiller de Cibdad-Real y el Obispo de Mondoñedo, D. Antonio de Guevara, con la diferencia ventajosa para el renombre de sor María de Agreda, que mientras aquellos nunca hablaran en sus obras más que á los monumentos de la literatura, y cuando más á las ideas de su tiempo, las *Cartas* de la sabia monja abarcan todo un mundo literario, todo un mundo político, todo un mundo histórico y todo un mundo social. Las *Cartas de sor María de Agreda* son la fotografía intelectual y moral del último tercio del reinado de Felipe IV. Más alto que ellas no habla ningún otro documento, ni de la Historia, ni de la literatura.

En realidad, en los conventos de religiosas no era sólo literatura lo que á la sazón prevalecía. Como en una carta de San Juan de la Cruz se escribe, «allí no faltaba ni el ejercicio de lo escolástico, ni faltaba el de la Theología mística»; y en tan sabias disciplinas cultivábanse las inteligencias de las que el mundo ordinariamente no veía á través de la malla de hierro que las circunscribían, sino en los ejercicios litúrgicos y en la práctica de la oración. De aquel selecto noviciado que sor Teresa de Ahumada, ó séase Santa Teresa de Jesús, se rodeó primeramente, y en cuyo número de alumnas se contaban doña Catalina Doria «rica, moza, hermosa, de lo mejor de Génova»; doña Francisca de Mendoza, hija del Marqués de Almazan; doña Francisca de Cárdenas, hija del Presidente de Ordenes, D. Iñigo; doña Beatriz de Toledo, hermana del Duque de Alba; doña Juana de Tassis, hija del Conde de Villamediana, y otras damas de semejante alcurnia, destacóse en primera línea por el esplendor de su inteligencia, y por el amor que en ellas puso su Santa Maestra, la venerable madre sor Ana de Jesús, natural de Medina del Campo, donde habia

nacido en 1545, y al comenzar el fértil apostolado de las fundaciones de Teresa, ésta fue la elegida para dirigir la de Salamanca. Su sabiduría era igual á su prudencia, y el P. Fray Juan de la Cruz, á sus instancias, escribió la *Exposición de sus Canciones* y se la dedicó. Esta dedicatoria, á la que el Santo dió nombre de *prólogo*, no se imprimió en España con sus *Obras*; quedó en los originales y en los muchos traslados que se hicieron, hasta que fue incluída en el libro IV, cap. VI, página 251 de la reimpresión de Bruselas de 1627. De Salamanca, sor Ana pasó á fundar en Madrid, donde la halló el tránsito de la Santa, y desde luego puso perseverante empeño en publicar las obras de la Doctora sublime. Mas la Inquisición se había incautado de ellas y no las quería soltar. Sostuvo la lucha por doce años, desde 1575 hasta Octubre de 1586. Al cabo obtuvo los manuscritos del Inquisidor general, y los entregó á fray Luis de León para que preparase la impresión. Hubo que corregir y hacer una selección de lo que se había de publicar, dando para ello licencia previa las Carmelitas Descalzas de Madrid, que se creían dueñas de los trabajos literarios de la Santa Madre, y el Rey Felipe II; pero éste á condición de que los manuscritos originales, después que la impresión estuviese hecha, se habían de recoger y serle entregados para la librería del Escorial. Fray Luis de León no se atrevió á hacer las correcciones por sí, y sor Ana de Jesús se constituyó en la colaboradora asidua del docto maestro, en cuya labor arriesgada probó aquélla toda la suma de los conocimientos científicos que adornaban á la que fue discípula predilecta de la Santa, y como tal, depositaria de sus pensamientos.

De sor Ana de Jesús hicieron merecidos elogios las primeras lumbreras teológicas de su siglo. San Juan de Dios le escribía: «Aunque á vuestra reverencia le falta el ejercicio de lo escolástico, no le falta el de Theología mística, que sabe por amor, y en que no solamente se saben las verdades, sino que juntamente se gustan.» El beato Alonso de Orozco, agustino,

solía decir que «el saber de la madre Ana de Jesús no era saber del suelo, y que no creía que hubiese entonces en el mundo otra como ella». Fray Diego de Yepes repetía «que tenía más envidia á Juan de la Cruz por lo que aprendía de la Madre Ana, que le podían á él tener por confesor del Rey.» El P. Juan Jerónimo, de la Compañía de Jesús, la ponderaba diciendo: «que no había menester él otros libros para saber, sino comunicar con sor Ana de Jesús». Y el Santo Juan de la Cruz se aliviaba de la muerte de Santa Teresa, «porque Dios le había dejado su consuelo en la tierra en la Madre Ana». Cuando ésta pasó á Flandes, llevando los libros de la *Vida de Santa Teresa, El camino de perfección, Las Moradas y Las fundaciones*, en cuya redacción ó en cuya corrección había colaborado, y en presencia de cuya colaboración fray Luis de León los dedicó á la Madre, como Priora de las Carmelitas Descalzas de Madrid, la Infanta Gobernadora Doña Isabel Clara Eugenia, que la había conocido anteriormente en esta corte, así como el Archiduque Alberto, su marido, que la había llamado para que fundara en Francia y en los Países Bajos, haciéndola Abadesa del monasterio de Carmelitas de la Reforma, que habían erigido en Bruselas, no supieron ya desprenderse nunca de ella. Hasta los asuntos más graves de Estado se le consultaban; y era el oráculo de Ministros y grandes y soldados. A su muerte, la Infanta Gobernadora mandó escribir su vida y recoger sus escritos; pero sor Ana de Jesús había mandado que se inutilizaran, para rendir esta prueba de cariño y de respeto á la memoria de la que fue su santa Madre y Maestra, cuyas producciones creía que bastarían siempre «para hacer sabias y perfectas mil generaciones» (1).

(1) De otras religiosas, como Sor Luisa de Carrión, franciscana, me abstengo de ocuparme; no porque la Inquisición, en cuyas reclusiones murió, las interviniese — ¡intervino las de Santa Teresa de Jesús! — sino porque no conozco de ellas más que el parecer que el Maestro Aponte emitió acerca de las mismas. No era talento sólido el de esta monja.

Del coste de estos luminares, claro es que no se prodigaban por la naturaleza las creaciones y los nombres. Pero de este siglo fueron doctas escritoras de asuntos teológicos y morales la venerable Madre sor Francisca de Villada, natural de Santiago de Galicia, fundadora de las religiosas Descalzas de Nuestra Señora de los Reyes, orden de Santo Domingo de Guzmán, de Sevilla, á quien el Arzobispo D. Pedro de Castro y Quiñones apellidaba *virgen sapiens et una de numero prudentissima*. Su confesor fue el celebrado poeta y Doctor Juan de Salinas, que á su muerte recogió sus obras ascéticas y morales; la Madre Josefa del Santísimo Sacramento, y en el mundo Larramendi y Larrañaga, Abadesa del convento de Recoletas de Santa Brígida, de Azcoitia, que también dejó muchos *Discursos y sentencias*, y la Madre sor Gregoria Francisca de Santa Teresa (doña Gregoria Francisca de la Parra y Quiroga), otra hija de Sevilla, aunque de padres flamencos, cuyas *Obras*, que andan impresas, están nutridas de hermosos versos á asuntos místicos, pues era una profunda teóloga y una florida poetisa.

Este ramo de la literatura femenina del gran siglo es, sin duda, mucho más abundante en producción; pero baste aquí mencionar las que son más conocidas. Otras obras, como la *Regla de la orden de Santa Brígida*, de sor María de Escobar, son producciones de régimen disciplinario de los conventos, que no entran ni en la parva literaria, ni en el acerbo científico. No obstante, hasta en el palenque de la literatura laica, los asuntos religiosos y morales fueron los únicos á que pudieron entregarse los espíritus de las damas escogidas, cuando la súbita interrupción que sufrió nuestro movimiento intelectual ante las grandes desventuras que envolvieron á España durante el último tercio del reinado de Felipe IV, parece que apagaron toda luz en las inteligencias y toda noble emoción en los corazones. Se ahogó el entusiasmo lírico de la mujer por todas partes. Todavía la Academia de la Alhambra de Granada procuraba en 1681 vivificarlo, y coronando poeti-

sa á doña Isabel de Tapia, aspiraba á refrigerar las memorias de los tiempos pasados y restaurar el fuego de las abatidas antorchas (1). Pero el resultado no respondió á la generosidad de la tentativa. Todavía del Perú, en 1701, con motivo de las exequias de Carlos II, la *Parentación Real* de Fray José de Boendía nos enviará los nombres de las poetisas de Lima doña Violante de Cisneros y González de Mendoza y doña Serafina de Cisneros Mendoza y Villavicencio, las dos monjas de la Concepción; pero la literatura de aquellas remotas provincias no era sino el reflejo de la luz que de la península se las comunicaba, y extinguida aquí la llama, se extendieron por todas partes las tinieblas. Cuando en 1635 murió Lope de Vega, y en 1636 murió loco el mísero Pérez de Montalván, acompañaron los funerales, del uno por grande, y del otro por modesto, los sufragios fúnebres de doscientos poetas de todas las regiones de España, entre los que derramaron sus flores de consolación más de treinta poetisas laureadas. Mas cuando en 1681 murió, lleno de sumos respetos, D. Pedro Calderón de la Barca, tres mil personas de toda condición, con hachas encendidas, llevaron su cadáver hasta el borde de la tumba que encerró sus cenizas; pero entre la tierra que envolvió sus despojos, no fue mezclada ni una sola flor de las musas, que parecía que arrastraba tras sí á su sepulcro.

El Marqués de Villatóreas quiso resucitar por aquel tiempo en Valencia las antiguas Academias; el Duque de Veragua trató de resucitarlas en Cádiz y en la capital del Perú el Marqués de Castelldosrius: no había vates, no había poesía.

En el vasto imperio que gobernaba torpemente Carlos II,

(1) La autoridad de DOÑA ISABEL DE TAPIA en Granada al declinar el siglo XVII era tan grande que, en 1684, D. LUIS GAVI CATANEO le dedicó sus *Ecos postrimeros de métricas voces, que en asuntos numerosos articula el desengaño, para despertar dormidos discursos á lo lisonjero de mundanos halagos*, y la dedicatoria la encabezaba con esta frase: «A la nueva hija de Apolo.....»

todo había perecido. Un puñado de héroes sintiéronse avergonzados de la vil ociosidad que los consumió, cuando el edificio total del gran imperio de Carlos V y de Felipe II se venía al suelo, y con el Duque de Béjar y el de Escalona, los Marqueses de Valera, Llaneras y San Mauricio, el Barón de Astross y el señor de Bay Bourgignon, que, aunque flamencos, ardían en amor de la patria española, acudieron á Buda al clamor de los pueblos cristianos á defender de los moros la capital de Hungría, como en otro tiempo las legiones de Carlos V acudieron á Viena á defenderla de la media luna. ¡Estériles sacrificios! No había fe: no había patria. ¿Cómo había de haber ni ciencia ni literatura?

La Condesa de Paredes, doña Luisa Manrique de Lara, en Castilla, entretenía los rayos de su talento cayendo desmayados sobre el océano de su piedad, escribiendo *El año cristiano*. En Aragón la Condesa de Aranda, doña Luisa de Padilla, ardiendo en ira contra el espectáculo de la común degeneración que presenciaba, principalmente en las clases privilegiadas, las espoleaba con las *Lágrimas de la Nobleza* y *La Nobleza virtuosa*, dos libros en que, bajo formas de exquisita moderación, se lanzaba el agijón del bochorno á los corazones aletargados de la juventud corrompida. La tercera Condesa de la Ericeira, doña Juana Josefa de Meneses, en Portugal, tomaba un pseudónimo de batalla para disfrazar su nombre, el de *Apollinacio de Almada* y en su *Despertador del alma* afilaba el cuchillo de la indignación contra la decadencia de los espíritus, que la Condesa de Aranda forjó en Zaragoza en las fraguas de su cólera santa. Fueron las últimas representantes de aquella generación que hizo germinar con sus conquistas, con su entusiasmo, con su magisterio, con su ejemplo y el de sus hijas y el de su corte la sublime Isabel I de Castilla; de aquella generación que exaltó á todos los heroísmos y á la idea de todas las supremacías morales á Carlos V; de aquella generación á la que el celo de Felipe II abrió espléndidamente todos los vestíbulos de la ciencia; de aquella generación que

Felipe III y Felipe IV, durante los primeros treinta años de su reinado, vieron ocupar todas las cimas del genio; de aquella generación que, al espirar el espíritu político de la patria, se hundió en las sombras del sepulcro, para no presenciar sus derrotas, sus digregaciones, su pasividad y su servidumbre. ¿Qué había de hacer entonces la mujer, aun dotada del espíritu más selecto é iluminada de las más radiantes llamaradas del genio? Lo que le dicta la naturaleza y le dicta el destino, cuando la mujer no se siente crecer en su propia dignidad, viendo á su lado con sus propios esfuerzos agigantarse al hombre: esconderse en el hogar junto á la cuna de sus hijos; volver los ojos á la fe de lo desconocido; alzar los ojos á Dios y rezar y llorar.

Esto hicieron por término del cuadro que queda descrito, ante el cuadro de desolación que presentó España desde que Carlos II recibió la herencia de su padre, la castellana Condesa de Paredes, la aragonesa Condesa de Padilla y la portuguesa que, no por haber logrado Portugal su independencia, dejó de mirar como propio todo el patrio solar de la Península, Marquesa de la Ericeira.

Con todo, los pasos de la civilización no retroceden en sus progresos legítimos. La conquista de la emancipación intelectual de la mujer estaba hecha en la alta Minerva castellana, que era aún la maestra de las naciones. El porvenir estaba asegurado, y nuestro siglo recoge por todo el mundo los óptimos frutos de aquella fecunda semilla.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—LITERATURA: La novela italiana y D'Annunzio.—Imitación y originalidad.—Lord Byron.—ENSEÑANZA Y EDUCACIÓN: La vocación para el estudio en los laboratorios de Psicología. — La educación de nuestros hijos.—CIENCIAS: El oro del mar. — Matemáticas caseras.—SOCIOLOGÍA: Conceptos de la sociedad y escuelas sociológicas.—El socialismo en España.—FILOSOFÍA: Grandeza é infelicidad.—ANECDÓTICA: El saludo á la Duquesa de Broglie.

LITERATURA

LA NOVELA ITALIANA Y D'ANNUNZIO.—En la revista *Cosmopolis*, Virginia M. Crawford, una escritora inglesa de tanto talento como exquisito gusto literario, consagra un interesante artículo al gran novelista italiano D' Annunzio, que comparte hoy con Tolstoï y Zola la atención del mundo culto, suscitando doquiera, como aquéllos, entusiastas admiradores é imitadores, y apasionados censores y enemigos. En el trabajo crítico de la eximia colaboradora de *Cosmopolis*, se reconocen los altos méritos de D' Annunzio, poniéndose de relieve los defectos capitales de sus obras.

El *motivo de amor* —dice la señora (1) Crawford — predomina

(1) Nos parece soberanamente ridículo y antiestético citar á los autores extranjeros, como es costumbre corriente de nuestros escritores, ha-

mina en la vida en Italia, hasta un grado que los sobrios temperamentos del Norte no pueden alcanzar sin dificultad. El amor es para el italiano el fin y el objeto de todas sus aspiraciones. No ya á una pasión de toda la vida, sino al más trivial capricho del momento, el italiano le concede el poder de absorber sus facultades, de alterar sus compromisos y negocios, y de llenar su mente hasta excluir toda otra preocupación. Y si esto es verdad respecto de los hombres, que al fin están obligados á llevar cierta vida de actividad mental y física, lo es mucho más respecto de la mujer italiana, á la cual son, en general, desconocidos los placeres intelectuales, y en la que el temperamento emocional se desarrolla sin freno. En la novela italiana contemporánea, el motivo de amor predomina como en la vida. Las novelas italianas son esencialmente voluptuosas. Han pasado muchos años desde que Manzoni escribió su linda y deliciosa novela histórica *Los novios*, sin que haya fundado ninguna escuela, y continuando ocupando un puesto aislado en la historia de la literatura italiana. Ni la novela religiosa, ni la histórica, tendrían hoy en Italia éxito alguno, y en cuanto á la novela de aventuras, pura y simple, ni siquiera existe.

D'Annunzio es un producto esencial de la Italia moderna, siendo probablemente en este siglo el más maravilloso intérprete de las emociones sensuales. Despiadado como un cirujano, con la delicada percepción de un artista, con un poder de análisis absolutamente sin rival, pone al desnudo, á través de largas páginas fluídas y rítmicas, los más ocultos secretos del corazón, las más sutiles manifestaciones del deseo sensual. Es

ciendo preceder sus nombres de *Mr.* (*Monsieur*), *Mme.* (*Madame*), etcétera. ¿No tienen estas expresiones su perfecto equivalente en castellano? Pues ¿por qué, cuando en castellano se escribe, no se ha de emplear esa equivalencia, sin poner al lector en grave aprieto é incurrir en la extravagancia, no poco frecuente, de hacer de un *signore* italiano, de un *Herr* alemán ó de un *mister* inglés, un *monsieur* á todo trance? Inveterado es ya este vicio, pero hay que cortarlo de raíz, y más vale tarde que nunca.

un artista consumado, un forjador y manipulador maravilloso de la lengua italiana; pero con todo su poder, con todo su genio, sólo puede mirar la vida á través de las emociones del sexo. De aquí que su obra sea singularmente unilateral. Una sola novela de D' Annunzio, llena al lector de suave voluptuosidad; una serie de sus trabajos, produce inevitable reacción, despertando en no pocos lectores un sentimiento de verdadera saciedad.

El carácter de D' Annunzio es esencialmente pagano. Para él la belleza es el más alto de los bienes, y la felicidad la más alta de las metas. La moral cristiana, en lo que hace al amor, no existe para él. Sus libros están llenos de las más exquisitas páginas descriptivas; pero todo lo ve por su lado sensual. No ama la naturaleza por sí misma, como la amaba Wordsworth; para él, la primavera que florece, el grito de la golondrina en su raudo vuelo, el silencio del calor del medio día, todo susurra pasiones humanas y alegría humana.

Se ha dicho que D' Annunzio es el centro de un nuevo Renacimiento, el heraldo de una nueva aurora, el fundador de una nueva escuela en la historia de la literatura italiana. No hay tal cosa. Es la flor más brillante de la decadencia, una hermosa creación emponzoñada, el producto, á semejanza de sus héroes, de una gran nación venida á menos. Sus escritos destruyen, no edifican; nunca podrán inspirar una gran causa ni estimular altos ideales del espíritu.

*
* *

IMITACIÓN Y ORIGINALIDAD.— Nada más cierto que la afirmación de Juan Stuart Mill—dice en la *Nouvelle Revue Internationale*, de París, Jesse Francis Sheppard—de que llegará un día en que será imposible inventar una melodía, aserto aplicable desde luego á todo arte y literatura.

En música, la composición sinfónica reviste las más diversas formas y los más variados estilos; pero oid una sinfonía

de Schumann, y recordaréis de tal modo á Beethoven que necesitaréis un oído de primer orden para no equivocaros sobre el autor; escuchad un motivo de Berlioz, y dudaréis si es de Mozart. En óperas, sin ser más que un simple aficionado, es fácil descubrir semejanzas rayanas en el plagio entre los más célebres compositores; una melodía del *Trovatore* ha sido tomada casi intacta de *Semiramide*, como tal número de *Lucrezia* parece la repetición de un número de la *Norma*. Con el tiempo, las melodías viejas se olvidan, y los músicos las arreglan para divertir á las nuevas generaciones que no conocen el repertorio antiguo. Offenbach tuvo para estos arreglos extraordinaria habilidad.

En pintura y escultura la originalidad es, por el carácter mismo de estas artes, muchísimo menor: la facultad creadora, que en poesía y en música constituye el genio, está limitada hasta tal punto en las artes plásticas, que en la mayor parte de los artistas de fama la habilidad técnica sobrepuja con mucho á la intelectualidad; al revés del músico y del poeta, ¡el pintor y el escultor no pueden pasarse sin modelo! Es verdad que existen artistas idealistas y creadores; pero hasta un Rafael, un Tiziano, un Correggio, lo mismo que un Praxiteles ó un Miguel Angel, tienen que recurrir á sus modelos para copiar sus formas. Comparad las obras maestras idealistas de las escuelas de Italia y de España con las mejores obras contemporáneas de nuestros museos y exposiciones, y tendréis la sensación de haber dejado un jardín de rosas por un campo de trébol rojo. «El arte antiguo — decía José Roux — revestía el cuerpo humano de pudor y de majestad; el arte moderno desnuda hasta lo desnudo, es un impúdico, y á veces un impudente; Atenas difundía espíritu en la carne, París derrama carne en el alma; la estatua griega se ruboriza, la francesa hace ruborizar.» Se siente uno atraído hacia las obras maestras de la antigüedad por el espíritu á la vez poético y real que las informa. El éxito enorme de las telas de Meissonier es la prueba más indiscutible de la degeneración del gusto, y del

«triunfo del elemento burgués» en el arte. Entre el método de Meissonier y el de Zola, es sorprendente la semejanza: ambos retratan actualidades con maravillosa precisión; pero sus facultades creadoras son limitadísimas. Vivimos en un tiempo en que la invención técnica se cotiza más alto que el arte imaginativo; la minuciosidad con que un Detaille ó un Meissonier pintan una batalla ó una bailarina es igual, por la exactitud fotográfica, á las pinturas verbales de un Zola ó un Maupassant.

Maupassant hace ejecutar á sus caracteres la gimnástica literaria, mostrándonos los músculos, los nervios, el espíritu, las maniobras mentales de cada uno, y acabada la representación, se descubren los métodos artificiales de las habilidades literarias, y se asombra uno de que el autor haya podido cautivar la atención de sus lectores con invenciones tan flojas y triviales; la diferencia que hay entre Maupassant y su maestro Flaubert es la que existe entre el talento elevado á su apogeo á fuerza de aplicación y de estudio, y el genio, de instinto poético y creador innato. Balzac también imitaba; pero su facultad de imitación estaba forrada de una concepción filosófica y poética que daba á sus obras el sello de originalidad que las distingue; Zola, admirador de Balzac, está tan lejos de éste, como Maupassant de Flaubert; escribir con fuerza y con elegancia, es cosa que se aprende; pero la originalidad no se adquiere del mismo modo.

Hay, sin embargo, para el hombre de talento una esfera que, si no creadora en el sentido clásico de la palabra, ofrece todavía cierto campo á la originalidad: el cultivo de la ciencia. Hace tres siglos, Bacon no vacilaba en declarar que se había apropiado todos los conocimientos; eso podía decirse entonces, cuando todo se reducía al antiguo saber de Grecia y Roma; con dominar el griego y el latín bastaba, llenando toda la dramática Esquilo, Sofocles y Eurípides; la oratoria, Demóstenes y Cicerón; la historia, Herodoto y Tácito; la filosofía, Platón y Aristóteles; la poesía, Homero, Horacio y Vir-

gilio. ¡Qué diferencia de aquella vida á la vida moderna con sus ramificaciones caleidoscópicas, sus problemas políticos, sus ahogos religiosos, su ciencia social, sus experimentos de magnetismo, sus invenciones eléctricas y su progreso evolucionista! El hombre de genio del porvenir debe conocer el mundo en sus fases poéticas, como en sus fases prosaicas; tiene que familiarizarse con los elementos místicos de la filosofía ateniense tanto como con los característicos del pesimismo alemán, de las teorías evolucionistas, del agnosticismo científico y del liberalismo cristiano; el sentimiento debe aliarse con la Ciencia, la Filosofía con el Arte. Ese es el campo que queda á la originalidad, y que espera todavía el genio que la cultive.

*
* *

LORD BYRON.—Un precioso artículo, exornado de excelentes grabados, consagra la *Revue des Revues* al gran poeta inglés, estudiando en él ciertos rincones oscuros de su vida y su carácter, é iluminándolos con la luz del análisis psíquico de aquella desequilibrada naturaleza.

El padre de Byron, pródigo y disoluto, carecía de sentido moral, y acabó por suicidarse; su tío, á quien Byron debió su título como heredero, no tenía cabales sus facultades intelectuales: había matado á su mejor amigo en un casi-duelo en su propio palacio, golpeaba á su mujer y tenía aterrorizados á sus colonos; cuando la cólera le dejaba, se divertía con juguetes como un niño; se hacía construir barquitos artillados y los lanzaba en su estanque contra fuertes liliputienses, y en el intermedio de las batallas se escondía entre la yerba y conversaba con los grillos. Del lado materno tampoco salía mejor librado: su abuelo se había suicidado, su abuela era maniática y su madre murió de un acceso de ira producido por la lectura de una cuenta de su tapicero.

Con estos antecedentes, y en este medio familiar, nació y vivió Byron, que tuvo que sufrir los accesos de cólera de su

madre viuda, á la que da el nombre de Alecto, una de las Parcas, y cuya muerte sintió, no obstante, hasta el punto de que, para calmar su desesperación, tuvo que entregarse á una violenta escena de puñetazos con uno de los acompañantes del entierro. Byron, sin embargo, aborrecía á su madre, no tanto por sus extravagancias y mal trato, como por lo que irritaba su inmenso orgullo el que hiciera alusión constante á su defecto físico, llamándole «mi querido cojito». Eso le llegaba á Byron al alma, y, como dice la Chaworth, «Byron hubiera dado la mitad de su gloria por poder decir de sus pies lo que decía de sus manos.»

Su temperamento era en extremo nervioso, estando sujeto á ataques epilépticos y padeciendo accesos de rabia y de abatimiento de extraordinaria intensidad. La menor emoción le paralizaba. La primera vez que en la Universidad de Cambridge le llamaron en la lista con el título de *dominus*, en lugar de responder *adsum!* palideció, balbuceó y cayó desvanecido.

De su vida de colegial se cuenta una anécdota curiosa. En Harrow se había encariñado con uno de sus condiscípulos, un pobre muchacho enfermizo y enclenque, á quien un compañero más alto y más fuerte que ellos se complacía en atormentar. Un día, Byron se acercó á aquel verdugo, que se preparaba á dar de palos á su víctima de costumbre.

—¿Cuántos golpes piensas darle todavía?—le preguntó.

—¿Y á tí que te importa?—replicó el joven.

—Es que, si te diera lo mismo, yo quisiera que me diceses á mí la mitad de los que haya de recibir, sin perjuicio, por supuesto, de devolvértelos cuando sea bastante fuerte.

El nombre del verdugo no es conocido; la víctima llegó después á llevar uno de los más ilustres de Inglaterra: era Roberto Peel.

Byron comenzó á enamorarse desde la más tierna edad. A los nueve años quería apasionadamente á la niña María Duff, á los doce suspiraba por su prima Parker, que murió, y más tarde quiso casarse con la señorita Chaworth, la hija del

amigo de su padre; era muy hermosa y muy rica, y Byron era pobre y cojeaba. La Chaworth se casó con otro, y desde entonces Byron se entregó de lleno á la vida de crápula y de escándalo, haciendo que toda Inglaterra se ocupara de sus aventuras, de sus excentricidades, de sus conquistas, de sus hazañas de caballero, sus proezas de tirador de espada y de pistola, sus aventuras y su habilidad en la natación; en medio de esta vida ruidosa produjo su primer libro, *Horas de ocio*, y comenzó á cimentar su fama literaria con sus versos, hechos, como decía un lord, «entre mujerzuelas y pilletes, bebiendo en un cráneo humano, y después de emborracharse».

Sus excentricidades le valieron numerosas conquistas. Carolina Lamb, mujer de un hijo de lord Melbourne, se apasionó románticamente de lord Byron, causando en él tal impresión, que la propuso robarla; ella rehusó, Byron desconfió, la ruptura vino, y Carolina Lamb desafió al poeta publicando *Glenarvon*, una novela de escándalo, llena de alusiones contra su antiguo amante; Byron pensó en vengarse del mismo modo, pero no llegó á hacerlo. El resultado de la publicación de *Glenarvon*, fue que Byron se decidiera á casarse, haciéndolo en 1815 con la señorita Milbanke, que le llevó de dote 250.000 francos, con los que Byron no tuvo bastante para apaciguar á sus acreedores. Al año siguiente del matrimonio, su mujer, harta de aquella vida de intranquilidad y de apuros, se marchó al lado de su familia, dió á luz una niña y escribió á su marido que se resignase á no volver á verla. Byron no pudo resistir el golpe y se despidió de Inglaterra.

Entonces comenzó su ruidosa peregrinación por Francia, Suiza é Italia, hasta que se instaló en Venecia, donde vivió cinco años, en medio de fiestas y de orgías, en el palacio Mocenigo. Allí tuvo por favoritas, primero á Mariana y luego á Margarita Cogni, una mujer del pueblo de maravillosa belleza, pero tan celosa y tan tremenda, que á menudo andaba á bofetadas con Byron, no saliendo siempre éste de la lucha bien librado, lo cual era tan público, que un viejo veneciano,

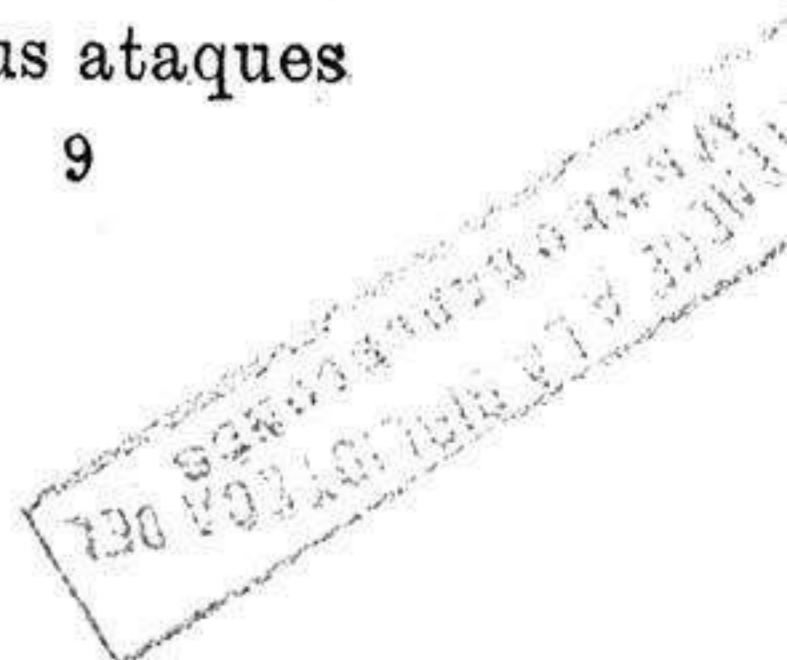
á quien cuarenta años después se hablaba de lord Byron, decía recordándolo:

—¡Ah! ¡Ya sé! ¡Aquel inglés que tenía caballos y á quien su querida golpeaba tan fuerte!

Su verdadera pasión, sin embargo, fue la de Teresa Guiccioli, recién casada con el Conde de este nombre; fue tan ardiente, que la decidió á fugarse con él á Milán; pero tal escándalo se produjo, que Teresa volvió al domicilio conyugal, siendo tal su sentimiento que el mismo marido tuvo que ir á buscar á Byron para que su desesperada esposa recobrarla la salud, como la recobró, instalándose los dos en Pisa. Allí recibió Byron la noticia de la muerte de su íntimo amigo el poeta Shelley, y tan violenta fue la conmoción, que resolvió morir consagrándose á alguna grande y noble causa. Los griegos acababan de levantarse contra los turcos, y Byron decidió unirse á ellos para ayudarles á conquistar su independencia.

Su entrada en Agostoli fué triunfal. Su entusiasmo por los griegos era, sin embargo, menos que mediano, y según el doctor Millingen, hasta los despreciaba profundamente. «Esos griegos—cuenta que le dijo un día—son el pueblo más depravado y más degradado que exista bajo el sol, porque juntan á sus vicios nativos los de sus opresores y los de los esclavos.—Entonces, ¿por qué habéis venido á combatir en su favor?—Porque más harto de mis trabajos que el público de su lectura, he querido cambiar el curso de mis ideas. La vida activa y peligrosa de soldado ha fascinado mi imaginación. Por lo demás, este nuevo modo de existencia me permitirá dejar este mundo, donde el papel que me incumbe se me ha hecho insoportable.»

Estos accesos de desprecio y de irritación contra los griegos, eran producto de su nerviosidad; los jefes helenos se daban cuenta de ello, no dejando nunca de guardar las mayores consideraciones al generoso apóstol de su libertad, hasta el día mismo en que, presa de la fiebre, y agobiado por sus ataques



epilépticos, murió pronunciando estas últimas palabras: «Y ahora, es preciso dormir.»

ENSEÑANZA Y EDUCACIÓN

LA VOCACIÓN PARA EL ESTUDIO EN LOS LABORATORIOS DE PSICOLOGÍA.—El sabio Alfredo Binet, Director del Laboratorio psicológico de la Sorbona, ha consagrado al estudio de la batallona cuestión de la enseñanza clásica un sustancioso trabajo en la *Revue des Revues*, examinando el problema desde un punto de vista completamente nuevo y eminentemente práctico.

¿Quién piensa en negar el encanto, los méritos y las ventajas de la enseñanza de las humanidades? ¿Quién puede desconocer los grandes servicios que la enseñanza utilitaria puede prestar? Ambas clases de enseñanza merecen todos los respetos y responden á fines igualmente dignos de consideración. No debe, pues, perderse el tiempo en discutir si la enseñanza clásica forma mejor el espíritu ó si la moderna prepara mejor para la lucha por la existencia. Lo que importa es llegar á saber quiénes son más aptos para una y quiénes para otra, y dar á cada cual la que mejor permita el desenvolvimiento de sus aptitudes, pues esa seguramente será siempre para el que la recibe más ventajosa.

¿Cuántas y cuáles son las familias naturales de espíritus? Aparte de los tipos intermedios y de transición, Binet, después de ocho años de investigaciones, establece tres tipos intelectuales bien marcados: el *literario*, el *científico* y el *artístico*. El espíritu *literario* se atiende, sobre todo, al desarrollo de la expresión, del lenguaje, y se manifiesta en el gusto por la lectura, en la facilidad de escribir, de componer frases bien formadas y matizadas; el espíritu *científico* se manifiesta por el sentimiento vivo de la verdad, por el desarrollo del talento de observación, por la tendencia á clasificar, juzgar, razonar,

encadenar los hechos y descubrir sus consecuencias; el espíritu *artístico* tiene por base el sentimiento desarrollado de lo bello en cuanto es causa de excitación para los órganos de los sentidos; puede prescindirse de este tercer tipo intelectual, por no entrar sino en parte infinitesimal el arte en nuestros sistemas de enseñanza.

¿Cómo pueden reconocerse en la práctica estas tendencias y en qué signo objetivo puede hallarse la indicación de que tal alumno es científico y tal otro literario? En el curso de sus ya largas investigaciones, Binet se ha convencido de que esos signos existen, y el método que para reconocerlos emplea forma parte de una ciencia compleja, la *psicología individual*, «conjunto de procedimientos que permiten descubrir la característica de cada cual mostrando su modo de pensar, de razonar y de sentir.» Entre esos procedimientos, para el caso concreto de que se trata, Binet elige, por vía de ejemplo, los dos más sencillos de explicar y más fáciles de exponer: la redacción de una descripción y la apreciación de la imaginación espacial y visual del alumno.

Poned ante el alumno un objeto cualquiera, cuanto más sencillo mejor: un cigarro, una moneda, una pluma, una flor; dadle una cuartilla de papel y decidle que describa aquel objeto. Si el experimento se hace en una clase, nadie pregunta más y todos comienzan á escribir. Si la prueba se hace con un adulto aparte, es muy raro que el alumno no pida explicaciones. No se le da ninguna y se le repite en todos los tonos que describa aquel objeto, dejándole solo. Binet ha hecho esta prueba en toda clase de lugares y con todo género de personas y siempre con idéntico resultado, llegando á la obtención de los tres tipos consabidos.

1.º El tipo *observador*. Es el que se fija en el objeto, lo describe en sus detalles materiales, en sus usos, ó interpreta sus detalles y saca conclusiones, pero siempre con relación al objeto. ¿Es una moneda? Anotará su efigie, su fecha de emisión, su aspecto, su color, sus dimensiones, su desgaste. ¿Es

una pluma? Describirá minuciosamente las diversas partes de que se compone, su color, la forma de su pico y de su base. ¿Es un cigarrillo? El color del tabaco que se desborda, el color y la consistencia del papel, la forma del todo, etc.

2.º El tipo *literario*. Las redacciones de este género son infinitamente menos numerosas que las precedentes, lo que depende de la índole de esta prueba, pues se necesita tener una tendencia literaria muy fuerte para abandonar el objeto y dejarse llevar del desarrollo verbal. El literario, en efecto, no habla del objeto mismo, sino á propósito del objeto. Ante una moneda describirá los servicios que puede prestar dada oportunamente, á menos de que la efigie de la pieza no despierte en él recuerdos políticos ó históricos; la pluma le hace pensar en el hierro de la lanza ó en todas las injurias que se pueden escribir; el cigarrillo, en fin, sirve de cebo á sus recuerdos ó fantasías.

El segundo experimento consiste en conocer la imaginación espacial y visual de una persona. Todos poseemos hasta cierto punto la facultad de representarnos visualmente los objetos en el espacio; pero esta representación, muy precisa en unos, es harto vaga en otros; los primeros son espíritus científicos; los segundos, literarios. Para hacer esta investigación, Binet y sus colaboradores Henri y Vaschide, suelen emplear, entre otros, el siguiente procedimiento: toman un pliego de papel, lo doblan dos ó tres veces haciendo notar bien la posición de cada pliegue sucesivo, y luego hacen un recorte de forma particular en el último doblez, pidiendo al alumno que dibuje el aspecto que tendría el pliego de papel si se desdoblase, indicando la figura y posición que tendría el recorte en el papel desplegado; el problema es fácil si el papel se ha doblado dos veces en pliegues perpendiculares, pero es complicado si los pliegues son numerosos y oblicuos. El espíritu literario no acierta á representarse exactamente los cambios producidos por los dobleces; por más esfuerzos que hace, su imaginación visual es vaga y vacilante, mientras que sus compañeros, los científicos, aciertan al primer golpe.

Ahora bien; dada una especie de espíritu, ¿qué género de enseñanza se le debe aplicar? En este respecto, la pedagogía tiene dos reglas aparentemente contradictorias, pero que se armonizan en realidad: es preciso que el educador se esfuerce en producir espíritus completos desarrollando todas las aptitudes que en él están en germen; pero es preciso también, cuando una aptitud es naturalmente muy fuerte, favorecer su desarrollo ulterior. Hay, pues, que dar á todos, sean como quieran, algunos rudimentos de enseñanza literaria y de enseñanza científica; pero si se trata de cultura intensiva, de una enseñanza elevada, superior, debe reservarse la enseñanza clásica á los espíritus literarios y la moderna á los científicos.

*
* *

LA EDUCACIÓN DE NUESTROS HIJOS.—Con este mismo título publica *La Nueva Antología* un artículo de Margarita Traube, en el que se encuentran algunas ideas dignas de ser especialmente recogidas.

La moderna manía de la educación arranca del concepto que Rousseau tenía del niño: «En cuanto nace—decía—apoderaos de él y no le dejéis hasta que sea hombre; sin eso, nunca conseguiréis nada.» Es en verdad una insistencia que raya en la persecución, la del empeño con que nos apoderamos del niño para quitarle toda iniciativa. Rousseau, sin embargo, atormentaba á los niños mucho menos que nosotros, porque en su tiempo los niños eran malos, como hoy, pero no costaban tanto, física, moral ni económicamente.

Que los hijos cuestan hoy más de lo razonable es fácil demostrarlo: cuestan tanto que se vacila hasta sobre darlos á luz. En Francia, por ejemplo, aunque sea una de las naciones más ricas, muchos explican la disminución de nacimientos por razones económicas. En América del Norte lo que hace disminuir los nacimientos es la emancipación de la mujer, el llamado feminismo. En Inglaterra, por ahora, los nacimientos abundan,

pero allí está ya establecido el uso de cloroformizar á las mujeres durante el parto, y tiende á generalizarse de tal modo que se aplica en el mismo caso á los animales domésticos. La razón es que en las naciones muy refinadas, como en los animales demasiado escogidos, disminuye la resistencia contra el dolor, ó crece la sensibilidad, que para el caso es lo mismo.

Juntamente con la sensibilidad del dolor ha crecido la sensibilidad psíquica. Para convencerse de ello basta presenciar el dolor con que una aldeana ó una señora joven y robusta soporta la pérdida de un hijo, con dolor bastante mayor que el de una madre de la ciudad que sea débil ó menos joven. Lo mismo que sus padres, los hijos se hacen más débiles; y esto, no sólo por la degeneración de la raza, sino por los progresos de la medicina y de la higiene, que consiguen conservar á quienes hubieran debido sucumbir en los primeros años de su vida infantil. La educación es el fruto de este exagerado cariño, de esta ansia por los hijos que va creciendo á medida que disminuyen los nacimientos y progresa la degeneración de la raza.

Hace después Margarita Traube la crítica concreta de la educación moderna, comenzando desde los jardines de la infancia, que no son tales jardines, y haciendo constar el hecho de que un niño de mediana inteligencia puede obtener en dos años en su casa, trabajando una hora diaria, el mismo provecho que en cinco años de escuela con cuatro horas diarias de trabajo. Las censuras que dirige á la enseñanza de las ciencias naturales están llenas de finas observaciones: esta enseñanza, del modo que se hace, quita al niño la capacidad de permanecer sorprendido ante los fenómenos de la naturaleza; en lugar de excitar su espíritu de observación, acaba por embotarlo.

Existe un pueblo salvaje—concluye la distinguida escritora después de pasar revista á los defectos harto conocidos de la actual educación—en el cual, para honrar á un huésped, se mastica el arroz y se le mete en la boca ya masticado; este es el último término que se puede poner á la iniciativa individual, y es lo único que falta. Si pudiéramos violentar nuestras

tendencias y modificar la educación de modo que los jóvenes pudiesen pensar con la propia mente y prepararse á la vida con cerebro fresco y nervios sanos, ese sería un día capaz de hacer entrar á la sociedad en una fase más sana que la presente.

CIENCIAS

EL ORO DEL MAR.—Hace muy poco, la oficina de ensayadores de Nueva York recibió trece lingotes cónicos—dice el doctor Caze—de una aleación de oro y plata con un total de unos 600 pesos en oro y 33 en plata. Estos lingotes ninguna particularidad ofrecen, sino la de haber sido extraídos del agua del mar. El oro procede del Océano, y ha sido obtenido en el establecimiento de North-Lubeck (Estado del Maine), donde funcionan los aparatos de extracción. La instalación ocupa un malecón á orillas del mar. El método de obtención está seguramente basado en la electrolisis. Detrás del molino hay un gran depósito que se llena en pleamar de agua salada; una exclusiva automática permite hacer entrar esta agua en una presa recubierta de cobre que la lleva al molino. El cuarto de las máquinas tiene 150 pies de largo por 40 de ancho, y contiene un centenar de aparatos cilíndricos misteriosamente ocultos á todas las miradas; allí está el secreto; todo lo que se sabe es que hay una gran dinamo y que se opera por la electricidad.

La presencia del oro en disolución en las aguas de ciertos parajes, ha sido demostrada científicamente muchos años hace. Se presenta en estado de ioduro, y está mantenido en disolución por el iodo puro. En los climas cálidos, la cantidad de oro en disolución en el iodo puro es menor que en los climas fríos, pero existe más en el ioduro de calcio. Sonstadt, en 1872, reconoció que una milla cúbica de agua contenía

17.000 toneladas de ioduro de calcio, que, descompuesto, dejaba en libertad 11.072 toneladas de iodo puro.

En cuanto á la cantidad probable de oro que contiene el agua de mar, no se han hecho hasta aquí más que conjeturas. Münster, que recientemente ha analizado el agua del Christiana-Fjord, dice que por término medio ha encontrado 5 miligramos de oro por tonelada. Ahora bien: la profundidad media del Oceano corresponde, según los últimos trabajos, á cuatrocientos millones de millas cúbicas, equivalentes á 1.837.030.272.000 toneladas, que representan, á 5 miligramos por tonelada, diez millones y cuarto de toneladas de oro.

Los resultados de la gran instalación de North-Lubeck dan un grano de oro por cada tonelada de agua salada. Cada máquina puede extraer diariamente unos 6,25 francos de oro y plata. Según los cálculos de los promovedores de la empresa, ésta dará un rendimiento, cuando el molino se halle en constante actividad, de 30 pesos por día y por máquina; se ha calculado que podrían instalarse 20.000 máquinas, lo que daría un rendimiento diario de 600.000 pesos. Una vez perfeccionado el sistema, será posible obtener mayores sumas, pues de los experimentos hechos por Pack, ensayador de la casa de moneda de San Francisco en las costas del Pacífico, resulta que se extraen de cada tonelada de agua cuatro centavos de oro, que es algo más de lo obtenido en North-Lubeck.

*
* *

MATEMÁTICAS CASERAS.—El sistema de multiplicación inventado por el polaco Procopovitch, y del que da cuenta el doctor Caze en la *Revue des Revues*, es tan ingenioso como práctico, y de aplicación incuestionable en la escuela y en la casa.

Se trata de facilitar el conocimiento de la tabla de Pitágoras contando por los dedos; la multiplicación de los cinco primeros números no suele ofrecer á los niños grandes dificultades.

des, y se deja á un lado; para los demás se procede del modo siguiente:

De 6 á 10 se da á cada dedo, del pulgar al meñique, el valor que le corresponde: 6 el pulgar, 7 el índice, 8 el medio, 9 el anular y 10 el meñique. ¿Se quiere multiplicar 7 por 7? Pues se juntan los índices de ambas manos y se cuentan los dedos que quedan en dirección al pulgar ó para arriba, que dan las decenas, multiplicándose los dedos que quedan en dirección al meñique ó para abajo, que dan las unidades; en efecto: 7 por 7 dejan, contando los dos índices reunidos, cuatro dedos (los dos índices y los dos pulgares) para arriba, lo que nos da 40 (4 decenas), y 3 dedos para abajo en cada mano, que dan 9 (3×3), total 49. Lo mismo se hace para cualquier otro número: siempre los dedos juntos, más los que haya hasta los pulgares, dan, sumados, las decenas, y los que queden hasta los meñiques, multiplicados, las unidades. La operación es sencillísima, y se tarda más en exponerla que en aplicarla.

Si los números son de dos cifras, el procedimiento es análogo. De 11 á 15, se da el valor de 11 al pulgar, de 12 al índice, de 13 al medio, de 14 al anular y de 15 al meñique. Se juntan los dedos de cada mano que representen los números objeto de la multiplicación, y contando éstos, más los otros dedos que haya hasta el pulgar, se tienen las decenas; en cuanto á las unidades, se multiplican esos mismos dedos (no los inferiores), los de la mano derecha por los de la izquierda, se añade 100 y se tiene el número que se busca. ¿Cuántas son 13 por 14? Junto el dedo medio de la mano derecha con el anular de la mano izquierda y me quedan así tres dedos en la primera y cuatro en la segunda, ó sean 7, que representan las decenas, 70; multiplico los tres dedos de una mano por los cuatro de la otra, y obtengo 12 que, sumados á los 70 de las decenas, dan 82; añadido á esta cifra ciento, y obtengo 182, que es el producto buscado.

Con tal de que multiplicando y multiplicador pertenezcan á la misma serie de 5 números, puede seguirse así indefinida-

mente, siempre con el mismo resultado, contando por los dedos con asombrosa facilidad.

SOCIOLOGÍA

CONCEPTOS DE LA SOCIEDAD Y ESCUELAS SOCIOLOGICAS.—En todo período de transición—dice A. Angiolini en la *Rivista moderna di cultura*, de Florencia—cuando la sociedad ha sido agitada por crisis que han turbado su movimiento regular, la ciencia ha restablecido el orden haciendo desaparecer los obstáculos que se oponían al progreso de la civilización. Al fin del siglo pasado, la Enciclopedia sacudió el edificio social fabricado por los poderes y prejuicios feudales; al fin del presente, la Sociología abrirá la nueva vía por donde gobernantes y gobernados deben dirigirse.

La Sociología presenta una concepción completamente nueva y positiva de los fenómenos sociales, frente á la concepción teológica y racionalista. Con la concepción *teológica*, que estima esos fenómenos como producto de una voluntad divina, es inútil todo estudio relativo á la sociedad, á su desarrollo, perfeccionamiento, degeneración y muerte. La sociedad, en su estática y en su dinámica, aparece como un eterno misterio, porque todo se reduce á la voluntad de Dios, y porque las leyes que son ó parecen fundamentales, pueden ser por Dios subvertidas ó transformadas. Lo cual no obsta para que haya en Italia mismo un partido científico-católico, cuyo órgano es la *Rivista internazionale di disciplini sociali e scienze ausiliarie*, que publica en Roma monseñor Talamo, que trata de conciliar los dogmas de la religión con los descubrimientos de la ciencia, y que habla y discute de Sociología en nombre de Dios, cosa que parece sumamente extraña al autor. ¿Por qué? Por el concepto equivocado que de Dios tiene. Si Dios es la perfección y las leyes sociales existen, ¿cómo ha de subvertirlas ni transformarlas? Lo que sucederá será que el hombre

tomará por ley lo que no es tal ley, y podrá de ese modo equivocarse; pero si la ley existe, existirá con el carácter de inmutabilidad que le corresponde, sin que sea, por consiguiente, obstáculo alguno la concepción teológica para que el hombre estudie y descubra los principios que presiden la evolución de los fenómenos sociales.

La concepción *racionalista* arranca del error antropocéntico; todo existe para el hombre, que es centro de todo lo creado. Se quita del altar el simulacro de Dios y en su lugar se pone la razón humana. Esta escuela ha prestado grandes servicios, pero se basa en el error de suponer que la sociedad puede y debe gobernarse según la razón. Se olvidó y se olvida que en la sociedad se encierran energías que ninguna fuerza humana puede vencer.

La concepción *sociológica* es la única que puede resolver los problemas sociales. Los fenómenos sociales no son, según Angiolini, el producto de una voluntad divina, ni menos de la voluntad y razón del hombre; son algo más fijo y más estable (¿puede haber algo más fijo ni más estable que la voluntad de Dios?); obedecen á leyes, á movimientos que no se pueden impunemente violar ni turbar (¿quién dicta esas leyes y quién produce esos movimientos? porque toda ley supone legislador y motor todo movimiento).

Han disputado algunos á la Sociología el derecho de existir, diciendo que toda ciencia social tiene un fin, y que no existe un fin sociológico especial. Ese fin existe, sin embargo, y es la sociedad misma, la vida colectiva. Fustel de Coulanges afirma que la Sociología no tiene razón de ser, pues la Historia tiene el mismo sentido y significa la misma cosa, á lo cual replica Lubbock que son cosas distintas, habiendo partes de la Historia (sucesiones, dinastías, batallas) que no entran en la Sociología, y cuestiones de Sociología (educación, salud, condición de los pobres) que no entran en la Historia.

La Sociología estudia las leyes y fines de la sociedad, formas que puede adoptar esta vida y sucesión de estas formas.

Tiene por auxiliares la Historia, la Economía y el Derecho; pero es una ciencia aparte, que ejerce benéfica influencia en todas las ramas del saber: en derecho internacional, intenta abatir las antiguas barreras patrióticas; en derecho privado, se preocupa de los intereses de las clases proletarias; en derecho penal, destruye la responsabilidad individual basada en el libre albedrío y afirma la social, por la que se defiende de los delincuentes como de enfermos ó locos; en literatura abandona los antiguos criterios románticos y metafísicos, para tomar al hombre como es, con las pasiones nobles é innobles que le agitan; en arte declara vacía de sentido la fórmula de *el arte por el arte*, sustituyéndola por la de *el arte por la vida*; en la moral, sustituye el positivismo á la moral religiosa y racionalista; en política, enseña las leyes bajo las cuales vive la sociedad, y sus tendencias y necesidades.

Entre los que exageran la importancia de ciertas leyes sociales, se encuentran los *pesimistas*, de quienes puede decirse representante el profesor de Graz Luis Gumplowicz. «Todo grupo humano tiende á subyugar otros grupos para aumentar con sus servicios su bienestar.» Esa es la fórmula: la vida de la sociedad se reduce á la lucha perpetua de los grupos, y la humanidad estará siempre dividida entre conquistados y conquistadores, siendo inútil esperar mejora ni progreso alguno.

Otra escuela sociológica, la *organicista*, exagera á su vez otros principios. Como el conjunto de las células forma el organismo animal, el cuerpo, así el conjunto de los hombres forma el organismo social, la sociedad. Este organismo debe estar regido por las mismas leyes que rigen el organismo humano, y esta analogía, que existe, sin duda, exagerada por Lillienfeld y Worms, lleva al error de olvidar que la sociedad es algo más que un conjunto de hombres, y que tiene leyes propias.

Otros, en fin, partiendo de las teorías evolucionistas y darwinistas sobre el origen del hombre, han exagerado el principio de la lucha por la existencia que, en el campo humano

como en el animal, conducirá siempre al triunfo del más fuerte. Olvida de este modo la escuela *darwinista*, que si entre los animales la lucha por la vida se resuelve por el triunfo del más fuerte, en el campo humano conduce al triunfo del más adaptado al ambiente, debiéndose recordar, á los que sostienen que esa lucha es la causa de la civilización y el factor más eficaz del progreso, lo que dice Novicow: «Como en un pugilato el mejor es el que tiene músculos más robustos y no más trascendental ingenio, así en nuestra sociedad imperfecta, donde el hurto y el engaño son estimados como acciones lucrativas, los mejores son los que saben engañar y robar mejor.»

Tres tendencias reconoce Worms que existen entre los cultivadores de la Sociología: la práctica, la histórica y la filosófica. Para los primeros, la sociología es la inspiradora inmediata de la práctica en materia social; para los segundos, es la historia íntegra de la humanidad científicamente elaborada; para los terceros, es la filosofía misma de la vida superorgánica. De todas estas concepciones, ninguna debe desatenderse, repitiendo, con Leibnitz, que, si todos los sistemas son falsos por lo que niegan, son verdaderos por lo que afirman. No debe disputarse el título de sociólogo ni á los filósofos que razonan sobre la vida social, ni á los historiadores que la describen, ni á los hombres de acción que la conducen conscia y voluntariamente por la vía del progreso.

*
* *

EL SOCIALISMO EN ESPAÑA.—G. Maze-Sencier, en la *Revue politique et parlementaire*, publica un trabajo muy concienzudo y de información bastante autorizada sobre la historia y organización del socialismo en nuestra patria.

El movimiento fue al principio un poco vago y romántico, análogo por las tendencias al movimiento de 1848 en Francia. D. Fernando Garrido y D. Joaquín Abreu fueron los propagandistas de las teorías falansterianas, y hasta llegaron á fun-

dar un falansterio cerca de Jerez. A diferencia de lo ocurrido en Francia, los primeros adeptos del socialismo español, Ugar-te, Cala, Guillén, Canalejas, Sixto Cámara y otros, pertenecían á las clases directoras.

La revolución de 1868 sacó de la esfera de la pasividad al socialismo español para darle alcance práctico y carácter de partido militante. La Internacional organizó entonces una sección central en Madrid y después otra en Cataluña, que en seguida se pusieron en relación con Bakunine, disponiéndose á trabajar por la revolución social. Se celebró el primer Congreso nacional de obreros españoles, donde se acordó aceptar en política el credo de los republicanos federales, y se dió tal impulso á la propaganda, que á fines de 1869 la Asociación contaba con 195 secciones y más de 20.000 miembros. Pero la armonía duró poco, y en el Congreso de Zaragoza se llegó á un rompimiento entre los autoritarios ó colectivistas, partidarios de Carlos Marx, y los anti-autoritarios, partidarios de Bakunine, que fueron los que triunfaron. Pablo Iglesias, Mesa y Pagés se separaron de los colectivistas y se constituyeron en grupo especial. El Congreso de Córdoba reveló la excisión, pero los progresos del colectivismo fueron tan rápidos y considerables, que España llegó á ser en 1873 el centro del colectivismo revolucionario de Europa, llegando la Internacional á contar con 270 federaciones regionales subdivididas en 537 secciones, con un total de 300.000 afiliados. Las medidas represivas tomadas por Sagasta fueron tan enérgicas, que, suprimida la prensa socialista, prohibidas las reuniones y disueltos los círculos, la Internacional parecía ir á desaparecer.

La renuncia de Don Amadeo y la instauración de la República dió rienda suelta al movimiento popular produciendo los tristes excesos del cantonalismo, que desacreditaron el régimen. Los cantonalistas, empujados por los socialistas, retrocedieron ante las consecuencias extremas de sus principios, y no se atrevieron á romper con la tradición del Gobierno representativo ni á adoptar las soluciones del socialismo respecto á

la organización del trabajo y á la expropiación de los capitalistas.

Dominada la insurrección cantonalista, disuelta la Internacional y restablecida la dinastía destronada, el socialismo parecía muerto en España; el impulso, sin embargo, estaba dado, y una vez relajado el rigor de ciertas medidas, comenzó á reconstruirse, pero mucho mejor dirigido y con menos utópicas aspiraciones que la Internacional, limitando su programa á la conquista del Poder por la clase obrera, á la transformación de la propiedad individual de los instrumentos de trabajo en propiedad colectiva, social y común, y á la adopción de medidas políticas y económicas. Los socialistas obreros reconocen la legitimidad de la propiedad colectiva, y persiguen la organización de la sociedad civil sobre la base de la federación económica; quieren que la sociedad se encargue de todos los enfermos y viejos, y proclaman los tres ochos y el salario mínimo igual para ambos sexos. Su ideal es llegar á la emancipación de los trabajadores, aboliendo para eso todas las clases sociales, reduciéndolas á una sola: la de trabajadores dueños de sus salarios y del fruto de su trabajo. Tienen por órgano *El Socialista*, viven aparte de todos los partidos burgueses, habiéndose separado ruidosamente de los republicanos, y aspiran á ejercer su influencia política, no como agitadores, sino como representantes impuestos de toda una clase social.

Con esta nueva organización, el socialismo no reclutó al principio más que obreros manuales; poco á poco, sin embargo, su propaganda fue conquistando partidarios, y al fin, en Agosto de 1888 manifestó públicamente su poder en el Congreso de Barcelona, donde se redactó y aprobó el reglamento orgánico del partido socialista obrero español. Este primer Congreso logró reunir 16 agrupaciones obreras, que llegaron á ser 23 en el Congreso de Bilbao en 1890; 37, en el de Valencia, en 1892; 45, en el de Madrid, en 1894; y 50 en el de Valencia, en 1896. En el terreno electoral, al que los socialistas han acudido, llegaron á obtener en 1891 5.000 votos; en 1893,

7.000, y en 1896, 14.000; las cifras son pequeñas en absoluto; pero relativamente son grandes, teniendo en cuenta el atraso de la educación política y la enorme presión de los Gobiernos.

Los socialistas obreros rechazan toda asimilación con los anarquistas; se separan de los teóricos tanto como de los propagandistas de la acción revolucionaria; les repugnan los ataques á las personas y á la propiedad, y pretenden llegar legal y legislativamente á la realización de su programa.

FILOSOFÍA

GRANDEZA É INFELICIDAD.—Así se titula un hermoso trabajo publicado por Vaccaro en la *Revista Moderna de Cultura*, con el propósito de mostrar la sinrazón del pesimismo al estimar unida á la grandeza humana la desventura y la desgracia.

En uno de los diálogos de Leopardi, la Naturaleza, al echar al mundo un Alma, le dice: «Ve, hijita mía predilecta, vive y sé grande é infeliz.» Sorprendida el Alma, pregunta: «¿Qué mal he cometido yo para que me condenes á esta pena?» «¿No se trata de pena—responde la Naturaleza;—todos los hombres nacen y viven infelices, y como tú has de dar vida á una persona humana, tienes que compartir la desventura común á los hombres.»—«Pero, dime: ¿son la misma cosa excelencia é infelicidad? Y si son dos cosas, ¿no pueden separarse?» «En el alma de los hombres puede decirse que la excelencia y la infelicidad extraordinarias son la misma cosa, porque la mayor vida de las almas implica mayor eficacia del amor propio, lo cual implica mayor deseo de felicidad, y por lo tanto mayor descontento por estar privada de ella y mayor dolor por las adversidades que sobrevienen. Todo esto está contenido en el orden primigenio y perpetuo de las cosas creadas, que yo no puedo variar. Por otra parte, la finura de tu propia inteligencia y la vivacidad de la imaginación te arre-

batarán grandísima porción del dominio de tí misma. Los brutos emplean eficazmente, en los fines que se proponen, todas sus facultades y fuerzas; pero los hombres rarísima vez usan todo su poder, impedidos ordinariamente por la razón y la imaginación, que crean mil dudas en el deliberar y mil intentos en la ejecución; los menos aptos ó menos gastados en ponderar y meditar son los más prontos en resolverse y los más eficaces en el obrar. Estas y otras dificultades y miserias ocupan y rodean las almas grandes. Pero están ámpliamente recompensadas por la fama, las alabanzas y los honores que otorga á estos egregios espíritus su grandeza.»—«Pero estas alabanzas y estos honores que tú dices, ¿los tendré yo del cielo, de tí ó de quién?»—«De los hombres.»—«Pero yo creía que no sabiendo hacer lo más necesario al comercio de los hombres, debería ser vilipendiada y no alabada.»

La Naturaleza, no acertando á disimular la gravedad de esta objeción, dice: «No me es dado á mí prever lo futuro; pero lo más verosímil es que serás perseguida por la envidia, que es otra calamidad con que suelen encontrarse las almas excelsas, aparte de que la misma fortuna suele ser enemiga de tus semejantes. Pero enseguida después de tu muerte, como ocurrió á un llamado Camoens, ó al cabo de algunos años, como sucedió á otro llamado Milton, serás celebrada y elevada hasta el cielo, no diré por todos, sino por los pocos hombres de buen juicio.»—«Madre mía—dice entonces el Alma,—según tus palabras, la excelencia de que me has dotado podrá ser de necesidad ó de provecho para obtener la gloria, pero no conduce á la felicidad, sino á la desventura. Ni aun á la misma gloria es creíble que me conduzca antes de la muerte, sobrevénida la cual ¿qué utilidad ó qué placer me podrá venir de los mayores bienes del mundo? De modo que de tus propias palabras deduzco que tú, en lugar de amarme singularmente, me quieres mal porque no has dudado en hacerme un regalo tan calamitoso como esa excelencia que tanto me alabas.»

E. M.—*Octubre 1898.*

10

La Naturaleza, ante semejante reconvención, se excusa diciendo que no tiene ninguna culpa de que las almas de los hombres estén asignadas como presa á la infelicidad, y que en la universal miseria de la condición humana la gloria es juzgada por la mayor parte de los hombres como el mayor bien concedido á los mortales. Apesadumbrada de esto, el Alma pregunta si hay entre los animales alguno que tenga menos vitalidad y sentimiento que los hombres, y oída la respuesta afirmativa, el alma concluye pidiendo á la Naturaleza que se digne alojarla en el viviente más humilde é imperfecto, ó por lo menos despojarla de las funestas dotes que la ennoblecen, haciéndola igual al más estúpido espíritu que exista y abreviándola la vida todo lo posible.

Cree Vaccaro muy probable que al componer este diálogo, Leopardi tuviera á la vista lo que sobre la gloria había escrito Fóscolo, que sacrificó su vida entera por conseguirla. La conclusión de los agudos razonamientos de uno y otro, sería esta: «La grandeza de espíritu ó de ánimo implica necesariamente mayor infelicidad.» ¿Es esto cierto? La vida en sí misma, responde Leopardi, es infelicidad, de donde el no vivir es siempre mejor que vivir. Ahora bien; cuanto más intensa es la vida, tanto mayor es la infelicidad, y puesto que la excelencia del alma implica mayor intensión de vida, implica también mayor infelicidad. Todo esto, según Leopardi, está contenido en el orden primigenio y perpetuo de las cosas creadas, y se extiende no sólo al hombre, sino á todos los vivientes, como se ve en el *Diálogo de un físico y un metafísico*.

La vida es lo que es, y sacar de aquí que sería mejor que no fuese ó que fuese de otro modo, no tiene sentido común. La vida, en sí misma, no es un bien ni es un mal, ni implica necesariamente felicidad ni desventura. En los seres inferiores que carecen de órganos de los sentidos ó los tienen rudimentarios, la vida transcurre lánguida, sin placeres ni dolores apreciables; para tales seres no existe la felicidad ni la infelicidad. A medida que se asciende en la escala zoológica, los

órganos de los sentidos se especifican y coordinan, y la vida, que se hace más intensa y consciente, se revela en una continua alternativa de placeres y dolores; pero no está dicho que éstos superen á aquellos ó viceversa y, por consiguiente, pesimismo y optimismo son igualmente injustificados.

Lo único que puede afirmarse con certeza es que cuanto mejor adaptado está un ser viviente á las fuerzas externas que le circundan, tanto más disminuye la suma de sus dolores, en relación con sus placeres, y viceversa; y si se considera que los órganos de los sentidos y la inteligencia son medios que sirven para adaptar los seres con el mundo externo, debe concluirse que la suma de los dolores en relación con los placeres, no crece con el crecer de la intensidad de la vida, como afirma Leopardi, sino que decrece.

El hombre es el más inteligente de todos los animales; no sólo conoce sus estados presentes, sino que recuerda los pasados, y con su facultad de abstracción puede siempre imaginar cosas mucho mejores que las que posee, y desearlas sin poder obtenerlas. He aquí el fundamento del pesimismo de Leopardi: «El hombre desea su felicidad, y no pudiendo alcanzarla, es infeliz.» ¿Por qué no puede ser satisfecho este deseo de felicidad? Porque es inextinguible, pudiendo siempre aspirarse á lo mejor, que es lo infinito. Pero de esto no se deduce que el hombre haya de ser necesariamente infeliz (1).

En lo que no deja Leopardi de tener razón, es en su afirmación de que la mayor elevación de la inteligencia constitu-

(1) No hay razón para tal infelicidad, añadimos nosotros. Con sólo creer en Dios y en la otra vida, esa infelicidad desaparece por completo. ¿Somos aquí desgraciados? Consolémonos con la esperanza de que en otra vida seremos felices, y para llegar á serlo conduzcámonos bien en esta. ¿Somos aquí afortunados en lo que cabe por nuestra inteligencia ó por nuestras riquezas y posición? Pues contentémonos con esta ración de felicidad, y si nuestras aspiraciones naturales nos obligan á apetecer cosa mejor, podemos apetecerla sin ser por eso infelices, sabiendo que siempre hay un más allá inasequible en esta vida, y sólo alcanzable en la otra

ye una desventaja y una causa de desventura. ¿Por qué? Por la ley de adaptación. ¿Para qué sirve á un ilota espartano ó á un paria de la India tener gran inteligencia? ¿Para qué sirve esa gran inteligencia á quien tiene la desgracia en nuestros días de nacer en condición miserable? Para hacerle comprender toda su miseria y convertirle en un rebelde, en un criminal (1).

Prescindiendo de las riquezas y distinciones sociales, es indudable que el hombre dotado de talento y ánimo muy superior al promedio, corre gravísimo peligro de vivir infeliz; donde quiera que vuelva los ojos, ve mejor y más lejos que sus contemporáneos, y es, por lo mismo, perseguido ó ridiculizado; sólo la *áurea mediocritas*, los llamados *hábiles*, triunfan y prosperan en la sociedad humana, obteniendo fama, honores y riquezas (2). El mayor número de éstos, abusando de la buena fe, de la ignorancia y de la sencillez de las masas,

mediante nuestras virtudes presentes. El pesimismo leopardino, como todos los demás pesimismos, sólo tienen valor fuera de la ortodoxia. Con la concepción cristiana de la vida no cabe ni aun siquiera plantear el problema del pesimismo, que no tiene razón de ser, ahogado en su mismo origen por la resignación y la esperanza, personificadas en Jesucristo.

(1) ¿Por qué, precisamente, un rebelde ó un criminal? ¿Por qué no un valiente obrero honrado, que á fuerza de laboriosidad y de inteligencia se levanta desde su humilde posición hasta las más altas cumbres sociales? ¿No está llena la historia contemporánea de ejemplos semejantes? Grandes inteligencias al servicio de viciosos y neurasténicos, podrán llevar al crimen; al servicio de hombres honrados, no le llevarán nunca.

(2) Pero eso es un círculo vicioso. ¿Consiste la felicidad en la fama y las riquezas? Ya hemos convenido que no, puesto que el alma no puede satisfacerse, y con razón, con tales cosas. El hombre verdaderamente grande, que ve mejor y más lejos que sus contemporáneos, no puede extrañarse de que sus contemporáneos no vean como él; tiene la conciencia de su superioridad, y no debe subordinar al éxito su dicha; la conciencia de su propio valer debe bastarle, y el cumplimiento de los deberes que *su propia superioridad* le impone, con independendencia del éxito ó fracaso de sus esfuerzos, debe satisfacerle.

con la intriga, la mentira y los artificios más desvergonzados obtienen inmerecida fama, mientras otros que valen mucho más, pero que desdeñan descender á tales bajezas, viven y mueren oscuros (1).

Por otra parte, ¿no es la gloria una irrisión? ¿A qué se reduce en definitiva? A una piedra que distinga los suyos de los infinitos huesos que en la tierra y el mar siembra la muerte. ¡Flaca compensación!.... No, no es por obtener una lápida, una estatua ó un monumento por lo que los verdaderamente grandes afrontan persecuciones, dolores y miserias sin fin; ellos, las más veces, descubren el calvario que les espera; ven el sendero que han de recorrer lleno de espinas; pero espoleados por su genio, avanzan serenos é impertérritos, señalando con su sangre su camino, y á la turba vulgar de sus contemporáneos que les befan y les insultan, la perdonan repitiendo las sublimes palabras del Crucificado: «¡Perdónalos, porque no saben lo que hacen!»

En suma: la vida hay que tomarla como es. La verdadera sabiduría consiste en conocer las leyes que presiden á la vida misma, y adaptarse á ellas. Esto, y no otra cosa, puede formar lo que llamamos aquí felicidad. Quien se figura que la felicidad es un estado de perfecto reposo, confunde la muerte con la vida; quien supone que la vida puede existir sin dolor, ignora que el dolor tiene la misma raíz que el placer, y que ambos concurren al mantenimiento de la vida misma. Todo lo que podemos conseguir por los progresos de las ciencias naturales y sociales, y por la técnica, es reducir hasta cierto punto la suma de los dolores, y aumentar la de los placeres. Las re-eriminaciones son inútiles. Contentémonos y ¡á trabajar!

(1) Pero quizá más felices que los otros en esta vida, y sin quizá, mucho más en la otra, como justa compensación.

ANECDÓTICA

EL SALUDO Á LA DUQUESA DE BROGLIE.— En una de las fiestas dadas por el Elector Palatino durante la estancia en su corte del embajador de Luis XV, Blondel — cuenta en la *Revue des Revues* Pablo de Estrée, con referencia á las Memorias de dicho Embajador—figuraba entre los invitados la Duquesa de Broglie. Blondel presentó al Elector muy ceremoniosamente todos los personajes, y el Príncipe los acogió con la cortesía que merecían. Unicamente la Duquesa de Broglie se manifestó malhumorada; llamó aparte á Blondel y le reprendió amargamente por no haber prevenido al Elector de que debía saludarla particularmente como era su derecho, pues debía ser saludada en particular por los Reyes y Príncipes reinantes.

Blondel se excusó como pudo por aquella infracción de la etiqueta, que seguramente le criticaría Luis XV, y fué en seguida á contar la cosa al Elector.—No hay que apurarse—le dijo éste,—voy á reparar vuestro..... crimen.

Y acercándose á la mariscal, la saludó y la dirigió los más lisonjeros cumplidos.—«Si tuviera veinticinco años—añadió—la hubiera pedido permiso para besarla; pero mi edad, mi piel arrugada y mi barba blanca, deben ser poco tentadores para tan bella dama».

La Duquesa de Broglie era «vieja, flaca y seca», un verdadero remedio contra el amor. Tomó en serio los cumplimientos del Príncipe, llena de satisfacción, y contestó que «nada podía serle tan agradable». El pobre Elector tuvo que aguantarse y plantar un par de besos en las arrugadas mejillas de la Duquesa, «lo cual—añade Blondel—no debió darle mucho gusto».

FERNANDO ARAUJO.

LA PRENSA INTERNACIONAL.

LÓGICA PARLAMENTARIA.

CCCXC

Para ganarse la confianza, importa mostrar que vuestro interés personal es idéntico al de vuestro auditorio, pero contrario á la teoría que defendéis.

CCCXCI

La cólera es un disgusto que proviene de una ofensa inmerecida hecha á vosotros mismos ó á vuestros amigos; por tanto, para excitar la cólera es preciso mostrar la injusticia de la ofensa.

CCCXCII

Para calmar la ira es preciso mostrar (según los casos) que quienes provocaron la irritación de vuestros oyentes deben ser temidos ó reverenciados, que tienen títulos para la estimación de todos, que ofendieron involuntariamente ó que les pesa lo que han hecho.

CCCXCIII

Una sentencia á la cual se añade la causa y el por qué, es un entimema.

CCCXCIV

En las lamentaciones ó en la amplificación es donde sobre todo debe hablarse de una manera universal de lo que no es univereal.

CCCXCV

Para agradar á vuestros oyentes, decid de una manera *general* lo que responde á sus sentimientos *actuales*; por tanto, debéis examinar el estado de ánimo del auditorio.

Las sentencias que expresan verdades *generales* dan al discurso un gran aspecto de moralidad.

CCCXCVI

No habléis de todas las eventualidades probables, sino tan sólo de los hechos ciertos y probados.

CCCXCVII

Cuanto más se relacionan los asertos con el asunto, más *proprios* son de él y menos comunes. Las cosas comunes son *las que un asunto poseen*, pero que también *otros asuntos las poseen*; las cosas *propias del asunto* son aquellas que son peculiares suyas y sólo de él. Estas últimas tienen un alcance real; y la cosa más apremiante y que más importa conocer en un asunto son los detalles por los cuales difiere de todos los demás asuntos.

CCCXCVIII

Las cosas dichas con mayor precisión son las más visibles para el oyente.

CCCXCIX

De todos los silogismos, los más fastidiosos son los que no parecen claros desde el principio.

CD

Es un error el amplificar antes de haber dado una demostración del asunto.

CDI

Los circunloquios son útiles para engañar á vuestros oyentes, pero no sirven nada más que para eso.

CDII

Si es necesario que seais prolijos, emplead la *razón* de la cosa en vez de la cosa misma; en el caso contrario, nombrad la *cosa*. Entiendo por la *razón de la cosa* una descripción de sus propiedades.

CDIII

Las partes del discurso son: el exordio, la tesis, la demostración y el epílogo.

CDIV

El exordio sirve para hacer conocer el propósito del discurso; si el discurso ha de ser corto y su objeto es conocido, huelga el exordio. También sirve para rechazar la calumnia, ya provenga del mismo orador, ya del oyente, del asunto ó del adversario.

CDV

La defensa debe separar todos los obstáculos en el comienzo del discurso. La acusación debe insistir en sus cargos en el epílogo, á fin de que los oyentes conserven muy fresca la memoria de ellos.

CDVI

Se mantiene la atención del auditorio diciéndole grandes cosas, cosas á propósito, cosas que asombren y cosas muy divertidas.

CDVII

En la defensa, he aquí el objeto de la controversia: la cosa de que se acusa no ha sido cometida, no es nociva, no es injusta, ó no lo es tanto como se pretende.

CDVIII

La peroración prepara al oyente á formarse buen concepto del orador y mala opinión del adversario; permite amplificar ó atenuar, conmover las pasiones y refrescar la memoria.

CDIX

Por la persuasión, el orador exhorta á elegir, hablar ú obrar, manifestando que lo que aconseja es justo, legal, útil, honesto, agradable y fácilmente realizable. Cuando disuade, el orador logra su objeto mostrando lo contrario.

CDX

He aquí lo provechoso: el mantenimiento de las ventajas presentes, la adquisición de las ventajas que faltan, el apartamiento de los inconvenientes actuales ó que amenazan.

CDXI

Para combatir un proyecto de modificaciones constitucionales, alegad que es injusto cambiar la Constitución establecida; para defenderlo, decid que el hecho de ampliar lo que ya existe no es derogar la Constitución vigente, sino perfeccionarla.

CDXII

Para combatir una alianza, demostrad que es inútil, y sobre todo en los actuales momentos; que la nación con la cual hay el propósito de tratar, no es digna de confianza; que alimenta antiguos rencores contra vuestro país; que está alejada de él por la distancia, y es incapaz de acudir á nuestro auxilio en el momento oportuno.

CDXIII

Para recomendar la guerra decid que, por efecto de ciertas circunstancias, ha llegado el momento de vengarnos de quienes nos han ofendido; de defender á nuestros aliados, injustamente atacados; de obrar en pro del bien público; de adquirir honra ó provecho. Alegad cuantos motivos podais; manifestad que todas las circunstancias que pueden hacer favorable una guerra parecen estar de parte nuestra, como, por ejemplo, la suerte, la superioridad del número, la riqueza, generales prudentes, aliados sólidos, el buen estado de las plazas de guerra; despreciad las fuerzas de nuestros adversarios y exagerad las nuestras.

CDXIV

Para combatir la guerra, demostrad que las ofensas alegadas son mínimas ó nulas; que la guerra nunca es ventajosa. Recordad las calamidades que de ella resultan, generalmente; decid que aún serían más temibles en estas circunstancias; demostrad que todas las ventajas están de parte del enemigo.

CDXV

Para hacer cesar una guerra afortunada, decid que un Gobierno prudente no aguarda á la mala suerte para dejar la lucha, sino que se aprovecha de la victoria para concertar la paz. Demostrad las numerosas y terribles alternativas que

suele haber en la guerra, y que son más especialmente probables en el momento en que habláis.

CDXVI

Para hacer cesar una guerra desgraciada, mostrad no sólo cuánto puede aún padecer el país, sino sobre todo cuánto ha sufrido ya; decid que más vale ceder una parte que arriesgarlo todo. Exponed que las peticiones del enemigo son justas; que arriesgamos malquistarnos con nuestros aliados si no hacemos la paz; que están fatigados de la guerra; que temen á nuestros adversarios, y que no están de acuerdo entre sí.

CDXVII

Antes de apoyar ó de combatir lo que alega un orador, examinad con qué intención y en qué circunstancias ha hablado.

CDXVIII

Sucede á menudo que un orador que persigue un propósito se imagina que ya ha logrado que se le concedan numerosos puntos; y, sin embargo, no hay nada de eso.

CDXIX

La animación es la primera cualidad de la elocuencia, dice Quintiliano.

CDXX

Medios indispensables: primero la memoria, después la imitación.

CDXXI

El entimema es el silogismo de la retórica.

CDXXII

La exposición clara y precisa del asunto es otro medio in-

dispensable. Un orador debe prepararse por asuntos de carácter general.

CDXXIII

La narración no debe ser seca y árida, ni demasiado florida.

CDXXIV

Al comenzar el discurso, tratad de decir algo que os atraiga las simpatías del auditorio.

CDXXV

Interesa al orador tener siempre una apariencia modesta.

CDXXVI

La retórica sería muy fácil si pudiera contenerse una sola regla; pero el orador debe tener, ante todo, un ingenio inventivo que sepa variar sus procedimientos según las causas, las coyunturas, las ocasiones y las relaciones.

CDXXVII

A menudo es posible decir las cosas con una ambigüedad bastante calculada para que puedan dar margen á interpretaciones, no sólo diferentes, sino casi opuestas.

CDXXVIII

Al exponer, sed sencillos y claros; al argumentar, agudos y enérgicos; en los comentarios, justos y elegantes; en la elocuencia, vehementes y patéticos.

CDXXIX

Para atacar lo que otros han dicho ó para defender lo dicho por vosotros, omitid ó añadid una palabra; ó bien poned una palabra en vez de otra, un poco más moderada ó un poco más enérgica, según el fin que persigais.

CDXXX

Las ambigüedades más seguras y más hábiles son aquellas que resultan del giro de toda la frase y no de una palabra en particular.

CDXXXI

El sentido primitivo de una palabra, el sentido que se le da por el momento, y el sentido popular: todos deben examinarse según la ocasión.

CDXXXII

Para desarrollar bien un período, elegid y desarrollad un hecho accesorio y volved luego al asunto principal del período.

CDXXXIII

La retórica tiene cinco partes: la invención, la disposición, la alocución, la memoria y la expresión.

CDXXXIV

En la retórica es preciso alabar ó censurar, persuadir ó disuadir, atacar ó repeler.

CDXXXV

La retórica es el arte de explicar, exagerar ó disminuir; el arte de calmar, conciliar ó excitar las pasiones.

CDXXXVI

Tres cosas hay que hacer: instruir, conmover y agradar. Y cuando pueden excitarse las pasiones, prodúcese grande efecto.

CDXXXVII

Siempre debe examinarse si la cuestión es *general* ó *particular*; necesariamente es lo uno ó lo otro. En una cuestión particular no basta tratar la cuestión general; y, sin embargo, si no se trata la cuestión general, no se puede tratar la cuestión particular. Tres casos pueden acontecer: ¿Ha ocurrido algo? ¿Qué ha ocurrido? Y ¿de qué naturaleza era la cosa ocurrida?

CDXXXVIII

Para los asuntos que contengan un elogio ó una censura personales, véase á Quintiliano.

CDXXXIX

En el vituperio, descubrid cuáles son los sentimientos íntimos de vuestros oyentes para conformaros con ellos. Siempre se es oído con gusto cuando se halagan las opiniones de su juez.

CDXL

Hacer comparaciones cabales y llegar á conclusiones exactas, es razonar con solidez.

CDXLI

Las pasiones que habitualmente es preciso mover, son: el resentimiento, el temor, el deseo, la esperanza y el odio.

CDXLII

Persuadiendo y disuadiendo, es necesario considerar tres cosas: el asunto de la deliberación, el carácter de quienes deliberan y el de la persona que habla.

CDXLIII

La obra de persuadir está toda ella en la comparación de una circunstancia con otra.

CDXLIV

La consideración de lo útil puede conducir á tener en cuenta la ocasión, el lugar, las personas, la manera, las proporciones; y todas estas circunstancias, no menos que las condiciones de las partes, deben tenerse presentes, tanto en la jurisprudencia como en su aplicación.

CDXLV

Las partes persuasivas de la elocuencia, deben adornarse de sentimientos, pero no recargarse de palabras.

CDXLVI

Se ataca y se repele en el exordio, en la exposición, en la demostración, en la refutación, en la peroración y hasta en las digresiones en que el asunto mismo nunca puede perderse de vista por completo.

CDXLVII

Es preciso que el orador examine, ante todo, la naturaleza y el tema principal de su causa, los puntos dificultosos, lo que conviene establecer y lo que importa refutar (anotando todo esto por separado); en seguida examinará cómo puede exponerse más favorablemente la causa. Para ello, debe conocer toda la fuerza y toda la extensión de la causa. Por último, debe considerar por qué procedimientos puede granjearse la simpatía de los jueces, y qué disposición de ánimo debe inspirarles, si severidad, benevolencia, resentimiento, calma, inflexibilidad ó clemencia.

CDXLVIII

Algunos autores piensan que el exordio debe componerse en último lugar. En efecto, conviene que el orador, antes de comenzar, haya reunido todos sus materiales y que se sepa exactamente el fin que con cada uno de ellos es preciso alcanzar.

CDXLIX

Examinad primero si conviene negar, justificar ó distinguir el asunto con una denominación diferente que altere su naturaleza, ó advertir algún defecto de forma.

CDL

No hay cuestión que no conduzca naturalmente á ciertas ideas naturales: conviene examinarlas.

CDLI

Ved bien cuál es el punto que ha de juzgarse, el medio de defensa y el principio con arreglo al cual será juzgada la causa.

CDLII

Si el orador domina el punto litigioso, las cualidades de la causa, los argumentos de su adversario como sus propios argumentos, y si ha discernido bien dónde debe llegar el gran esfuerzo de la cuestión, el orador es dueño del debate entero.

CDLIII

El preámbulo tiene por objeto hacer al oyente benévolo, atento y dócil.

E. M.—*Octubre 1898.*

11

CDLIV

La benevolencia se hace nacer de las personas ó de la naturaleza de la causa.

CDLV

Si vuestro adversario es poderoso, hacedlo odioso; si es débil, menospreciable: si malo, aborrecible.

CDLVI

Alabad al juez, enlazando sus méritos con el interés de la causa.

CDLVII

Descubrid exactamente la disposición de ánimo de vuestros jueces, para aprovecharla si os es favorable y para modificarla si os es adversa.

CDLVIII

Si la causa misma os diere argumentos para granjearos el favor de vuestros jueces, esos argumentos deben colocarse en el exordio.

CDLIX

En el exordio es preciso tocar ligeramente las pasiones; en la peroración es preciso removerlas con la mayor fuerza posible.

CDLX

En el discurso, cierta manera desenvuelta de hablar, aunque ordinaria, es muy á propósito para predisponer en favor vuestro, y sería gran torpeza descuidarla.

CDLXI

Enlazad, si podéis, los intereses de vuestra causa con los de vuestros jueces, y así conseguiréis remover todas las pasiones.

CDLXII

Nada hay más falible que el testimonio de un solo sentido: es necesario comprobar ese testimonio con el de los demás sentidos.

CDLXIII

Examinad primero el asunto, y después el modo de adornarlo.

CDLXIV

Si no podéis combatir una afirmación tal como la hizo vuestro adversario, ved si podéis lograrlo por medio de una ligera alteración en la forma ó en el fondo.

CDLXV

Cuando este procedimiento pueda favorecer á vuestra causa, mostrad exactamente los puntos acerca de los cuales todo el mundo está de acuerdo, y limitáos á enumerar aquellos en que diferis. Hasta podéis omitir por completo alguno de estos.

CDLXVI

Antes de comenzar, tratad de reconocer bien toda la marcha y toda la extensión de vuestro discurso.

CDLXVII

Ved si por un cambio de palabras podéis agravar las acu-

saciones que dirijais, y atenuar los cargos alegados contra vosotros; si no podéis conseguirlo por medio de una palabra, hacedlo por medio de una perifrasis.

CDLXVIII

Determinad en qué momento del discurso responderéis á lo que aleguen vuestros adversarios, y animad el que hayais preparado con frases y alusiones hechas por miembros de la Cámara.

CDLXIX

Exponer desde el comienzo del discurso las diferentes acusaciones de que pueda ser objeto el orador, es un procedimiento á menudo ventajoso, para el buen desarrollo del asunto; es fácil prejuzgar esos cargos.

CDLXX

Nunca tema el orador dar demasiada fuerza á un argumento, ni expresar con sobrada delicadeza las reflexiones ó impresiones referentes á las personas.

CDLXXI

Si vuestra causa es harto mala, llamad en vuestra ayuda á todo vuestro partido; si lo malo es el partido, apelad en vuestro auxilio á la causa; si ambos son malos, ofended al adversario.

CDLXXII

Si es imposible negar un cargo, es preciso atenuarlo; decid que no se aplica á la cuestión actual, que el arrepentimiento puede redimir la culpa, que ésta ya se ha expiado lo suficiente.

CDLXXIII

Aceptando una insignificante acusación que se os dirija, ganaréis bastante crédito para poder rechazar los cargos esenciales.

CDLXXIV

Hay dos clases de argumentos: primero, decir lo que no se haya dicho; segundo, decir con más fuerza lo que ya se hubiere dicho. Si os encontrais débiles en el primer punto, prestad toda vuestra atención al segundo.

CDLXXV

Cuando expongais el asunto, podéis omitir algunas circunstancias irritantes; pero debéis conservar las suficientes para que no se perciba el artificio. También podéis agregar circunstancias que sólo de un modo indirecto se relacionen con el asunto.

CDLXXVI

Tened un conocimiento particular de todas las circunstancias relativas al asunto, y un conocimiento general de todos los asuntos que se refieran al ó se relacionen con el vuestro.

CDLXXVII

Haced gala de vuestros conocimientos generales y especiales: de vuestro talento de argumentación, yendo á buscar muy lejos razones probatorias; de vuestro talento de distinción, separando las circunstancias que parezcan semejantes; de vuestro talento patético, descubriendo en vuestro asunto los motivos más conmovedores.

CDLXXVIII

Si vuestro adversario establece un principio que tengáis la

obligación de poner en duda y no podais negarlo en absoluto, no lo admitais sino *sub modo* y con modificaciones; mostrad también que ese principio, aunque sea exacto, no lo es más que aplicándolo á otros asuntos.

CDLXXIX

No tengais ningún hecho por asentado; *examinad* cada hecho, aun cuando esté reconocido por la generalidad ó universalmente aceptado. No tengais por concluyente ningún argumento; por mucha fuerza con que se afirme, sondeadlo y disautidlo.

CDLXXX

Es muy raro que el orador siga exactamente el método que tenía la intención de seguir, y que evite lo que en el comienzo del discurso tuvo el propósito de evitar.

CDLXXXI

Examinad cuáles son las partes de vuestro discurso que respondan á las prevenciones de vuestros oyentes; entonces podréis ya considerarlas como admitidas, ya desarrollarlas con ventaja.

GUILLERMO GERARDO HAMILTON.

(Continuará.)

CRÓNICA LITERARIA

DEL PLATA AL NIÁGARA, por Paul Groussac, Buenos Aires, 1897.—JOWAS POÉTICAS AMERICANAS, colección de poesías escogidas, originales de autores nacidos en América, selección hecha por Carlos Romagosa: Córdoba (República Argentina), 1897.—APUNTES SOBRE LA MÍSTICA Y SUS MANIFESTACIONES FILOSÓFICO LITERARIAS, por Joaquín Toledo (tesis para el doctorado en Filosofía y Letras). Bogotá, 1897.

A pesar de «los estrechos lazos» que unen á España con las Repúblicas hispanoamericanas, lazos de los cuales se habla mucho de algún tiempo á esta parte y que en realidad existen ó deben existir, atendidas la filiación y lengua de aquellas naciones, la verdad es que la mayoría de los españoles sabemos muy poco de ellas. Las conocemos por fuera, por meras nociones geográficas, históricas y estadísticas de manuales didácticos, ó por lo que dicen de tales pueblos los periódicos; pero su intimidad nos es ajena; sus ideales, la dirección de su pensamiento, su estado social, sus aspiraciones, los modelos que imitan, sus vicios y virtudes particulares, sus diferencias de Estado á Estado y de sociedad á sociedad, son para nosotros cosas generalmente ignoradas. Relativamente sabemos mucho más de Francia, de Italia, de Inglaterra ó de Alemania que de Méjico ó de la República Argentina. A un español

medianamente culto se le pone en un aprieto si se le pregunta qué diferencia de carácter y de cualidades hay entre un chileno y un mejicano, y en cambio podrá expresar sin gran trabajo las diferencias entre un italiano y un inglés. Como nuestro conocimiento de la América española es vago, confuso y superficial, nos la representamos como una unidad colectiva y no alcanzamos á distinguir los rasgos diferenciales y los caracteres propios de cada una de las Repúblicas americanas de nuestra lengua.

Claro es que de esta imperfección de conocimiento se exceptúan los españoles que han hecho un estudio particular de aquella mitad de América; pero son contadísimos, y entre los mismos que residen en las Repúblicas hispanoamericanas hay pocos que tengan tiempo, disposición y gusto para estudiar lo que son aquellos pueblos y compararlos entre sí. Por lo general, el emigrante europeo no va á estudiar el Nuevo Mundo.

Son, pues, de utilidad para el público español los libros capaces de llenar esta laguna. Entre ellos merece un puesto señalado el que con el título de *Del Plata al Niágara* ha publicado recientemente Mr. Paul Groussac, de nacionalidad francesa, pero establecido hace muchos años en la Argentina, según se colige de su obra.

Aunque escrito en forma muy literaria, no es este meramente un libro de literatura amena, una de esas relaciones de viajes escritas tan sólo con un fin estético y de pura deleitación. En la obra del Sr. Groussac la parte más interesante es la de observación histórica y sociológica, en la cual revela el autor gran penetración y extensa cultura. El libro no tiene, sin embargo, al parecer, intención didáctica ni sigue un método riguroso. El autor va consignando sus impresiones personales con la libertad que permite un trabajo que, aunque no sea de mero entretenimiento, tiene más de literario que de científico.

*
* *

Chile es uno de los pueblos americanos cuyos caracteres y manera de ser estudia más detenidamente el Sr. Groussac. Siendo la Argentina la segunda patria de éste, la rivalidad entre chilenos y argentinos era un estímulo para este estudio, y es de alabar la imparcialidad con que aquél reconoce las virtudes que han elevado á la nación chilena á uno de los primeros lugares en la América del Sur. Ese ciego patriotismo de relumbrón que se pone voluntariamente una venda sobre los ojos para no ver las buenas cualidades del adversario ó del enemigo, y que tan frecuente es en algunos pueblos de Europa, no aparece en la obra del Sr. Groussac, inspirada, no obstante, en un sincero amor hacia su país de adopción. Verdad es que el autor no es argentino, sino francés, y que, sin duda, siente más el patriotismo francés que el patriotismo argentino, según puede inducirse de algunos pasajes de su obra; mas esto, que es natural, porque ninguna segunda patria sustituye en el alma á la nativa, es una ventaja para la imparcialidad y acierto del libro. El Sr. Groussac no es *enteramente* extranjero en los pueblos hispanoamericanos de que nos habla, pues conoce su lengua y está connaturalizado con las costumbres y cultura especial de uno de ellos, de suerte que no puede incurrir en los errores de apreciación en que, por falta de preparación suficiente, incurren á menudo los viajeros que recorren países del todo extraños á ellos. Y al mismo tiempo, como no es tampoco un hijo de esos países, está libre de la sugestión del patriotismo, tan difícil de vencer, como que hasta pasa por un mérito el dejarse extraviar por ella.

De Chile dice el Sr. Groussac que, como Prusia y Macedonia, debe su engrandecimiento á su pobreza primitiva, que ha hecho aptos á los naturales para vencer obstáculos y abrirse paso en la lucha por la vida.

Más de una vez se ha dicho, con evidente exageración, pero con una cierta exactitud relativa, que Chile era la Prusia de América. Los datos é impresiones que consigna el señor Groussac parecen confirmarlo.—Chile ha tenido sesenta años

de buena administración. Este es el resumen de su historia—dice—compendiando en una frase feliz lo que acaso no expresarían mejor varias páginas llenas de pormenores. Es este uno de los puntos de semejanza que tiene la República chilena con la monarquía de los Hohenzollern.

Al hablar Ferrero en su libro sobre la Europa joven de la corrupción que acompaña generalmente al cesarismo, hace notar la excepción de Prusia, dotada de una administración incorruptible. Los Federicos de antaño tanto se cuidaron de crear regimientos como de formar buenos funcionarios civiles, mostrando en ello que eran tan estadistas como capitanes.

El Sr. Groussac pinta á Chile como un pueblo enérgico, *concreto*, lleno de espíritu nacional, imitador estudioso de cuanto cree favorable á su progreso, mas poco original y poco *ideal*. Una especie de Esparta americana..... salvadas las distancias y los tiempos.

La comparación que hace el autor del libro que vengo examinando, entre los cuadros de oficialidad de los ejércitos chileno y argentino, es un dato curioso y de interés para las eventualidades que se vislumbran en América. Chile tiene pocos jefes y oficiales. No pasan de 12 sus generales por 42 argentinos, y en la cifra de coroneles la diferencia es todavía mayor, pues están en la proporción de 18 de los primeros por 142 de los segundos; tenientes coroneles hay 40 en Chile y 190 en la Argentina. En cambio, el soldado chileno está muy bien pagado; cobra 30 pesos al mes, casi triple que el argentino.

Si hemos de creer al escritor que da estos datos, Chile, á pesar del aumento de su poderío y del prestigio conquistado en América por sus campañas, ha recogido amargos frutos de sus triunfos militares. Las adquisiciones territoriales han sido para esta República la túnica de Neso. Diríase que el vencido ha contagiado al vencedor de sus males. Las riquezas de Iquique han sido la fuente de desmoralización de aquella sociedad, tan austera en sus días de pobreza.

La transición es violenta, en el libro, al pasar de las pá-

ginas consagradas á Chile, á las correspondientes al Perú. De un pueblo vigoroso nos trasladamos á un pueblo en plena decadencia. El marasmo en que yace el Perú, no depende sólo —en opinión del autor— de la guerra chilena, á la cual comúnmente atribuyen sus males los peruanos. El vencedor fue en verdad implacable: estrujó al vencido. El pormenor de los bancos de mármol de Lima, llevados como trofeo ó botín de la victoria á la plaza de Santiago, revela que hasta en esto saben hacer los chilenos la guerra á la prusiana. Todavía dura en los periódicos franceses el recuerdo de los relojes que se llevaron los alemanes durante la guerra de 1870. Pero el mal del Perú, según Groussac, es más hondo que la pasajera estenuación causada por las catástrofes de la guerra. Aquel pueblo está enfermo, y como síntoma de degeneración aparece la superioridad general de la mujer sobre el varón. Otro peligro es la infiltración de una raza inferior, el incremento de la inmigración china, que trae consigo el cruce y la formación de una nueva casta mestiza.

Poco favorables son también los juicios del autor sobre Méjico. La existencia de una gran masa de población india, es ciertamente un gran obstáculo para el progreso. Quizás haya algo de apasionamiento francés en las opiniones sobre la dictadura de Porfirio Díaz, sobre Juárez, etc. Mas el paralelo de un libro de enseñanza, á que alude Groussac, entre Juárez y Jesucristo, parece en verdad impropio de un pueblo civilizado.

Exceptuando á la Argentina, á la que considera como la avanzada y la iniciadora del progreso en América, indicando que el grado de adelanto y riqueza de un país americano puede medirse por la cifra que alcanza la inmigración europea, es poco entusiasta el Sr. Groussac respecto á los pueblos de la América latina. No ve relaciones efectivas entre ellos. «En Sociología, como en Física—dice—el agua es mala conductora del calórico», observación que resulta harto verídica para nosotros, españoles, aplicándola á las experiencias, dolorosas y

recientes, de la pérdida de nuestros últimos dominios ultramarinos. «Méjico—añade—está á enorme distancia moral de la Argentina. Nos ignoramos.» Niega que haya un grupo hispanoamericano. Hay sólo una América del Norte y una América del Sur, y de ésta dice que es un continente incurablemente español, lo cual indica que tampoco le merecemos nosotros gran concepto.

Toda la cultura que hay desde Méjico al estrecho de Magallanes es, según él, la absorción y digestión de la cultura europea. Observación exacta, pero que debe extenderse igualmente á la América del Norte, aunque allí haya empezado ya á formarse una civilización original. Por eso la futura extinción de toda soberanía política de Europa en el Nuevo Mundo, que comenzó con la emancipación de las colonias inglesas, y que, según todas las apariencias, nõ ha de tardar mucho tiempo en consumarse, ya por tratados y renunciaciones voluntarias, ya por despojos violentos como el de que España acaba de ser víctima, no podrá llevar consigo la verdadera expulsión de Europa, la cual conservará su *soberanía ideal*, la primacía de civilización, en el largo período histórico que parece necesario para la formación de una nueva cultura americana, independiente y propia. Destruído por los bárbaros el Imperio de Occidente, siguió dominándolos la cultura romana, que aún dura entre nosotros. Así sigue y seguirá en América el predominio de la cultura europea, y aunque se debiliten y decaigan tanto los pueblos de Europa que vengan á formar como otro Bajo Imperio frente á las razas y las naciones nuevas de los demás continentes, su cultura habrá de sobrevivir mucho tiempo á su poderío.

La mitad del libro del Sr. Groussac está consagrado á los Estados Unidos, y se comprende que así sea, puesto que el motivo de su viaje por América fue visitar la Exposición ó Feria del Mundo, de Chicago.

Tiene felices rasgos de observación esta parte de la obra. Juzgando la civilización norteamericana, dice el autor que los

Estados Unidos son un pueblo que tiene voluntad, mas no representación. Los que hayan leído á Schopenhauer comprenderán la profundidad y exactitud relativa de este juicio. En opinión del Sr. Groussac, les falta á los norteamericanos la facultad del ensueño. Más bien podía decirse que sueñan de otro modo que nosotros.

En lo que á mi juicio no acierta el autor, es al apreciar el carácter democrático de la sociedad angloamericana. La felicidad material del mayor número—dice—se ha comprado á costa del descenso de la minoría, que lleva la enseña de la civilización. Los Estados Unidos no producen genios ni parecen organizados para producirlos. Mas, ¿por ventura ha sido en Europa el período contemporáneo una edad heroica, un período de genios? La civilización moderna tiende á la nivelación de las condiciones, á la producción de un tipo medio superior, por la difusión de los bienes morales y materiales.

Este es acaso su mejor título á un juicio favorable de la posteridad. Las teorías de moda (resurrecciones de viejas doctrinas) que proclaman como fin de la humanidad y de los pueblos en particular, la producción de unos pocos genios ú hombres superiores, aunque sea á costa del rebajamiento de la gran masa social, pugnan con toda moral y desconocen la realidad histórica. Son un renacimiento falso y artificioso de lo peor que encerraba el espíritu pagano. Late en ellas un monstruoso orgullo de sofistas. El fin de toda sociedad es el bien común, que no consiste en la sabiduría ó felicidad de unos pocos, cimentada sobre la ignorancia y el dolor de la mayoría, sino en extender el mayor número posible de bienes al mayor número posible de asociados. Lo contrario es resucitar, con más ó menos atenuaciones, la doctrina de la esclavitud. Por otra parte, no es esa tendencia exclusiva, ni siquiera característica de los Estados Unidos. La marcha de la civilización europea es la misma; tiende también á mejorar la condición general de los ciudadanos, á difundir por todas las clases el bienestar y la cultura.

Al final de la obra del Sr. Groussac aparecen dos apéndices en francés: uno referente á Chile; otro, escrito en forma dramática, tiene por asunto el Congreso de las Religiones. Este último puede considerarse como una *boutade*, pues el espíritu de tolerancia no es antirreligioso, como parece creer el autor.

Respecto de la forma literaria, justo es reconocer que el Sr. Groussac tiene condiciones de escritor. Su castellano, sin ser un castellano perfecto, es mucho mejor que el de no pocos prosistas naturales de la América española. Domina la parte que más difícilmente se asimilan los extranjeros, la estructura propia de la lengua, la sintaxis; pero su léxico es insuficiente y á las veces sorprenden desagradablemente al lector neologismos introducidos por desconocimiento de las voces propias que para el caso tiene la lengua castellana.

El Sr. Groussac advierte en la introducción de su libro que, no siendo el idioma español el suyo, puede haber alguna deficiencia en su conocimiento de dicha lengua. Acaso por esto mismo le parece el castellano un idioma poco apropiado para expresar los múltiples matices del espíritu moderno. Por otra parte, la corrección y la pureza del lenguaje deben de ser para él cosas secundarias, si hemos de juzgar por un pasaje de su obra en que reniega «de los países de habla castiza, donde todos saben escribir y nadie sabe pensar.» Es preferible, sin duda, pensar bien á escribir bien, pero no hay incompatibilidad entre ambas cosas. Los tres motivos apuntados: ser el castellano una lengua extranjera para el señor Groussac; considerarle éste como un idioma en cierto modo anticuado, y sentir prevención ó desdén hacia el culticismo y la corrección literaria, habrán contribuído, probablemente, á los defectos de locución que se observan en el libro de que vengo hablando, libro que, así y todo, merece leerse.

*
* *

Con el título de *Joyas poéticas americanas*, ha impreso en

Córdoba (República Argentina) el Sr. D. Carlos Romagosa una colección de poesías de autores nacidos en América.

Es una compilación interesante por su contenido, pero verdaderamente desordenada y caótica, pues las composiciones que contiene aparecen insertas al azar, sin sujeción á orden ni sistema alguno.

No están ordenadas las poesías ni por géneros, ni por épocas, ni por autores, ni siquiera por lenguas, siendo de advertir que el libro es trilingüe, pues comprende producciones de poetas norteamericanos, brasileños é hispanoamericanos, en sus lenguas originales, viéndose mezcladas las poesías de autores antiguos, como sor Juana Inés de la Cruz, con las de los poetas más modernos de América.

La colección es bastante copiosa. Comprende 225 composiciones de 119 autores, pertenecientes á 14 naciones ó pueblos americanos. Claro es que faltan muchísimas, y no pocas notables.

El prólogo tiene poca crítica y contiene juicios muy exagerados sobre el mérito de la poesía americana. La comunidad geográfica (el hecho de ser los autores naturales de América) es un criterio falso en literatura, pues lo que determina y distingue las literaturas es, en primer término, la lengua. Entre las poesías norteamericanas escritas en inglés, y las de los poetas de la América española, escritas en castellano, hay una relación mucho menor que la que existe entre las obras de los primeros y las de los poetas británicos de Europa, ó entre las composiciones de los segundos y las de los poetas castellanos de la Península ibérica.

Esta colección lleva tres índices, uno de composiciones por orden de inserción, otro de autores por orden alfabético, y el tercero de autores por naciones. Estos últimos índices remedian un poco el desorden con que está formado el libro, que en realidad sólo puede considerarse como una acumulación de materiales para una antología.

*
* *

Las tesis doctorales, aparte del mérito individual que puedan tener, ofrecen siempre interés como documentos acerca del estado de la enseñanza en el país en que ha estudiado el graduando. La capacidad personal de cada autor y el grado de su saber establecen, sin duda, diferencias muy notables entre estos trabajos; mas hay una parte en ellos, como la cuestión de método, el conocimiento de las fuentes, etc., que es seguro indicio para apreciar la calidad del medio universitario en que se han formado los nuevos doctores.

Por este motivo ofrece algún interés el folleto titulado *Apuntes sobre la mística y sus manifestaciones filosófico-literarias*, escrito por D. Joaquín Toledo, colegial de número del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, de Bogotá, como tesis para tomar el grado de Doctor en Filosofía y Letras.

Si hemos de juzgar por este trabajo, que no será de los peores cuando ha sido enviado á Europa, no puede formarse opinión favorable sobre la enseñanza superior en Bogotá.

El tema es, en verdad, vastísimo y difícil, pero el discurso resulta declamatorio, ligero, superficial. Es un artículo largo de periódico más que una verdadera tesis doctoral. Carece de método y acusa escaso conocimiento de las fuentes, siendo la mayoría, de las pocas que debe de haber consultado el autor, ó anticuadas ó indirectas, es decir, referentes á otras materias, aunque incidentalmente hablen de la mística.

A pesar de la generalidad del título, en realidad trata sólo el discurso de los místicos españoles del siglo XVI, y de éstos sin profundidad ni erudicción.

Algunas frases, como *el misticismo nirwánico de los persas...* el *nirwana* de los budhistas y *yoquis*, revelan poco conocimiento hasta de los mismos rudimentos históricos más extendidos en la cultura usual universitaria.

La forma vale algo más que el fondo; pero no lo bastante para hacer olvidar los defectos de éste.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

CRÓNICA INTERNACIONAL.

Factores de nuestra perdición.—Reflexiones sobre nuestras desgracias.—Insistencia en la imposibilidad de todo concierto nuestro con las alianzas europeas.—Examen de conciencia.—Diferencias entre la Revolución y la Restauración en el conflicto cubano.—Errores cometidos por todos.—Errores y deficiencias del último período.—Volvamos atrás la vista, sustituyendo á los estragos de la guerra los beneficios del trabajo.—Reflexiones.—Conclusión.

I

Contando los factores de nuestra perdición y ruina, se cuentan ya las conjuras y maniobras de los yankees; la indolencia del Gobierno nuestro y sus partidarios en todo lo referente á reformas ultramarinas, las cuales, en los últimos lustros pudieron emprenderse con calma en meditados Códigos y cumplirse con mesura en series progresivas; la impaciencia de los radicales cubanos con su empeño suicida del cumplimiento milagroso de su programa, queriendo que se hiciera tamaño ideal, como Dios hizo la luz, con una palabra; las intransigencias de los incondicionales, rémoras del régimen y del método reformista, quienes pudieron á una conciliar, como sintéticos nexos, á las dos extremas de la política cubana, y convertir aquella revolución asoladora en segura evolución

pacífica; las deplorables propensiones de una parte del elemento hispanoamericano á favor de quien estuviera siempre, por hereditario atavismo, frente al interés de su raza y patria; causas todas adversas á nuestra estabilidad en el Nuevo Mundo, y generadoras de la inmensa catástrofe, bajo cuya pesadumbre la estabilidad ha hoy sucumbido, y quedan para lo futuro nuestros intereses allí completamente aplastados. Hay que añadir aquí la indiferencia de Europa, trastocada en algunos pueblos, como el pueblo inglés, hasta la más completa hostilidad. No conozco problema de suyo tan complejo, como el problema de nuestras alianzas internacionales. Por lo mismo, no conozco injusticia mayor que la cometida en los cargos despedidos sobre nuestros dos mayores gobernantes por no haberlas anudado, cuando estaban en la imposibilidad absoluta de anudarlas. Recuérdese cómo la opinión llegó á sublevarse, airadísima, el día nefasto en que concurrió Don Alfonso XII á las maniobras militares germánicas, y cómo al tratado mercantil con Francia, generador en algunas regiones de breve malcontento, satisfizo después á todas, contándose como una época milenaria de felicidad el período que duró tal tratado, y por esto se verá cómo la nación quería modestas alianzas económicas, mientras repugnaba ruidosas alianzas políticas. Y tenía sobra de razón el sentimiento público en sus adivinas intuiciones. Para tener aliados, ó hay que ingresar en la duple alianza franco-rusa, ó hay que ingresar en la triple, germano-italo-austriaca. Si entramos en la duple; ¿cómo resistir á Inglaterra? El sueño de Chamberlain sobre la unión de los ciento setenta millones de ingleses, por el mundo esparcidos, realizárase, y nuestra ya horrible catástrofe se hubiese agravado de una manera espantosa. Si entramos en la triple, ¿cómo vivir aquende los Pirineos con la hostilidad sistemática del gran pueblo y del gran Gobierno de allende? Italia no tiene una frontera con Francia tan dilatada como nuestra frontera pirenaica, corriendo de mar á mar; no tiene partidos extremos tan poderosos como los nuestros, á

pesar de la última fiebre revolucionaria en Milán; tampoco tiene por la derecha carlistas semejantes á los españoles, aperecidos siempre para la guerra civil implacable, como los albaneses de Turquía; no tiene por único mediador plástico entre su territorio propio y el europeo continente á Francia, y, sin embargo sus intereses han adolecido de tal manera por las inteligencias con los Imperios de Alemania y Austria, que allí existe un partido formidable, propenso, muy propenso, á una estrecha relación y amistad con Francia. Tiene razón este partido, porque de nada le sirvieran en Africa las alianzas europeas. Sus aliados han propendido más que al Rey de Italia, según ahora mismo se ve, al Rey de Abisinia. Ningún don recibió Italia del connubio con los Imperios, y á la rica Inglaterra le ha dado Kassala, según dice nuestro refrán, á la mar agua. Cuenta Grecia por su dinastía con el Príncipe de Gales, con el Emperador de Alemania, con el Czar de todas las Rusias. ¿Cuál servicio le han prestado? Dejarla por completo á merced y arbitrio del Sultán de Constantinopla, que á punto se halló de reconquistar Thesalia y no quiere soltar Creta. En la posición difícil de nuestro Estado nacional ante América, imposible presidiéramos ó suscitáramos una coalición de potencias europeas contra las potencias americanas. Hubiéramos aparecido ante los Estados, verdadera generación española, con aspecto de reconquistadores, perdiendo moralmente nuestra América, después de haberla perdido materialmente. Nunca se ofreció tan propicia ocasión de constituir una liga europea contra los pueblos americanos, como al invadir tres grandiosos Estados, cual Francia, Inglaterra y España, Méjico. ¿Y qué consiguieron? España hurtó pronto el cuerpo; siguióla Inglaterra; y el Imperio francés, más perseverante, se marchó de allí á una señal de los yankees, dejando Austria fusilar al más generoso y más inteligente de sus Príncipes, sin decir una sola palabra. Las alianzas han pintado mal á nuestra patria. Desde Felipe I á Felipe V nos hallamos confundidos con Austria, que nos llevó á la rota de Rocroy, la que

tan cara nos costó, y á la paz de Westphalia, cuyo tratado acabó con nuestra hegemonía católica en Europa. Desde Felipe V á Fernando VII nos hallamos confundidos con Francia, que nos llevó á la rota de Trafalgar y á la pérdida, por nuestro pacto de familia, del dominio español en América. Para no subir tan alto, ¿de qué sirvieron en la guerra de Africa nuestras amistades con Francia é Inglaterra? El Gobierno inglés nos prohibió el paso desde los desfiladeros del Fondach á Tánger, y nos hizo devolver Tetuán; el Imperio francés nos armó el motín de la Rápita para quedarse con las Baleares. A un pueblo de tantas expansiones seculares como el nuestro, expansiones que llamaría yo una continua explosión, le conviene dentro de sí mismo encerrarse, prosperando un estado económico bajo el cual crezcan la paz y la libertad.

II

Hagamos ahora un examen de conciencia en lo relativo al procedimiento, predecesor de la guerra civil y de la guerra internacional. Llevábamos una dirección económica, resultado necesario de haberse concluído con el sufragio universal toda evolución política: súbitamente viramos en redondo hasta promover inoportuna guerra, tan injustificada en sus móviles y tan dañosa en sus resultados como la guerra de Melilla. Tamaño cambio de orientación política, en mal hora concebido, nos privó de un presupuesto nivelado, con el cual hubieran descendido los cambios á cero, puéstose nuestro papel sobre la par, facilitándose una conversión de nuestra Deuda y abiértose un crédito á nuestro Estado que le hubiera permitido alcanzar todos los progresos modernos, incluso los indispensables al material de guerra y á la organización del ejército. Aunque no pertenecía quien primero propuso este programa ni á ningún Gobierno existente ni á ningún partido militante, se revolvieron airados contra él todos los intereses

malheridos, aunque malheridos en mero programa y plan, maltratándolo cual no se maltrató jamás á quien diera un consejo, que se podía seguir ó no seguir, sin carácter alguno de mandato que hay necesidad de obedecer. Por un maquiavelismo burdo se presentó el presupuesto de la paz frente al presupuesto de la guerra, como si hubiese algún estadista ó político de tan poco seso que pudiera prescindir del ejército, indispensable al organismo social como la fuerza muscular es indispensable al organismo humano. A los cinco años de presupuesto de la paz, ¿dónde hubiéramos estado y dónde hubiera estado el ejército? A los cinco años de presupuesto de guerra, ¿á dónde estamos y dónde está nuestro ejército? Yo atribuyo todos nuestros males al cambio de la orientación económica en orientación guerrera, y por tal razón creo raíz del estado presente la empresa de Melilla, cuyos propósitos siempre reprobé con todo el ardor de mi corazón y reprobaré hasta el día de mi muerte. Al cambio de orientación respecto de lo económico se unió la incertidumbre y la perplejidad respecto de lo político. En las reformas cubanas y en el presupuesto nivelado encontrábase por aquella sazón las claves de todas cuantas situaciones quisieran los liberales fundar ó mantener. Abandonada la orientación económica, é incierto, por los embates conservadores y por las inercias fusionistas, el plan de reformas, la situación liberal flaqueaba por su base como todo aquello inobediente á las causas de su origen y á las finalidades de su destino. Imposible vivir en un pueblo donde los partidos no se forman al modelo de la idea que une y organiza los cuerpos sociales como el alma los cuerpos humanos, y predominan los intereses y las pasiones destinados á corromperlo y perturbarlo todo. En aquel espantoso aquelarre producido por los proyectos de las reformas cubanas, muchas fuerzas liberales se iban á una con el partido incondicional intransigente, mientras muchas fuerzas conservadoras propendían al autonomismo y á los autonomistas. Así hemos visto que dentro del partido liberal se produjo una reacción extrema, con

su correspondiente personificación en el Gobierno, contra las reformas, y que dentro del partido conservador se acarició la idea radical hasta el punto de publicarse, bajo los conservadores, un esbozo del régimen autonomista en la *Gaceta de Madrid*. Por fin se llegó á una transacción, que votaron en las dos Cámaras desde los federales á los carlistas. Pero al votarse tal fórmula progresiva cayó de la gobernación pública el partido liberal que la produjera con sumo trabajo, y fue á la gobernación pública el partido conservador, que había representado la reacción cubana. ¡Gravísimo error el retroceder aquí sin meditar cómo se imponía el avanzar allí, pues las sociedades tienen sus motores como sus frenos, y no hay que poner el freno cuando apenas se ha ensayado el motor! Entre tales incidencias estalló la rebelión, y cuantas personas de seso había entre nosotros anunciaron, según sus experiencias, en sus presentimientos, que otra tercer guerra no podía concluirse y desenlazarse sino por una tremenda catástrofe.

III

Y aquí empezó la nueva fase del problema cubano. Recordemos la Historia para que nos sirva su experiencia de verdadera enseñanza. La Revolución se halló también de manos á boca con una guerra civil en Cuba; y disminuyó su gravedad, no dándole nunca la importancia dada bajo la Regencia, en estos días, á tal fenómeno; cuando nunca conviene aumentar una enfermedad con las aprensiones y cavilosasidades del enfermo. ¿Qué hizo la Revolución? Dos cosas de la mayor importancia: primera, proveer el ejército, destinado á la guerra tropical, con recluta voluntaria, cuyas deficiencias, y únicamente las deficiencias, se cubrían y llenaban por grados y en la necesaria medida con el ejército de línea; segunda, decidir que, manteniendo Cuba la guerra, se pagara tan extraño gusto. No debe darse á las guerras civiles coloniales el carácter

importante que toman las guerras civiles internas. Holanda tiene una guerra de veinte años en Sumatra; Portugal una guerra periódica en el continente africano del Mediodía, fomentada por codicias germánicas y britanas; Inglaterra otra en el Afghanistan y en Pamir, perdurables: no le hacen caso. Siempre me pareció un error grave asemejar una guerra colonial en las Antillas á una guerra civil en las provincias. El foco de la guerra cubana estuvo en Oriente. Con haber dispuesto la suficiente fuerza para impedir el paso de los insurrectos del Oriente al Centro y al Ocaso de la Isla, terrenos feraces y crasísimos, estábamos del otro lado. Con haber impedido, distribuyendo una fuerza de cincuenta mil hombres, á lo sumo, para preservar los centros capitales de la isla é impedir á los insurrectos la posesión de un poblado en que hubieran podido darse aires de beligerantes, todos los deberes nuestros y todos nuestros ministerios con nuestras finalidades se hallaban de sobra cumplidos. Pero una opinión pública extraviada tomó como el non plus ultra de la guerra el envío de doscientos mil hombres, número propio de las grandes guerras, contra una intangible nube de insurrectos, la cual, evaporadísima siempre y no condensada nunca, ni frente daba por nuestro mal á los soldados, no hacía otra cosa que agitar la isla estérilmente, presentando pretextos al mundo americano para proceder á la injusta intervención y decidir sus continuas mediaciones. Y no se había contado con el clima. El plomo de los mambises no mataba soldados españoles, ó mataba pocos; los mataban aquellos microbios tropicales reclusos en el agua de las bituminosas marismas, mares muertos y mortales parecidos á los vorágines del infierno. Regimientos, que por Marzo de este año corriente contaban allí mil hombres, por Abril descendían á trescientos. Y este combate, no con los hombres, con los elementos, donde la derrota sin gloria y sin esfuerzo provenía de un clima sin piedad, elaborando para los hijos de las zonas templadas, no el oxígeno de la vida, el hálito de la muerte, hizo recaer la opinión sobre un

retroceso militar, debido á la serie de reacciones con que se inauguró para nuestro mal y desgracia el período de la Restauración, sobre la redención por dinero, excluyendo del servicio, mediante rescate, á las clases acomodadas, y defiriendo el cuidado de la patria y la formación de su ejército á los más desdichados y míseros, comidos por la miseria y colocados en el dintel de la mendicidad, cuando el servicio universal entra ya en el sentido común de los pueblos contemporáneos como el deber imperioso puesto al reverso del sufragio universal, explicándolo y completándolo. Daba satisfacción en tiempo de la República, organizadora del servicio universal, ver soldados, muy distinguidos por su aire, llevando el uniforme militar, igualitario, en los coches de la tradicional nobleza y de la nueva banca, demostrando así cómo todas las clases se juntaban y confundían en la igualdad de sus deberes como en la igualdad de sus derechos. En cuanto las familias pobres experimentaron la falta de sus hijos inmolidos por un enemigo invisible, comenzaron á comprender que se habían enviado las prendas de su corazón por pobres, y á producir un movimiento á favor del servicio universal obligatorio, en apariencia puramente militar y técnico, en el fondo muy democrático, por no decir muy republicano. Si el servicio se hubiera extendido á todas las clases acomodadas, éstas hubieran cuidado de que sus corazones, la sangre de su sangre, las entrañas de sus entrañas, no hubieran sido devorados por los ardores del trópico, formándose coloniales ejércitos de indígenas fieles, como aconseja la ciencia y como tienen otros pueblos más adelantados y felices que nuestro propio pueblo. El movimiento resultó tan formidable, que lo tomó en consideración el Poder legislativo. Y tal error proviene de haber dejado en los últimos cinco lustros despreciado el servicio militar obligatorio, y de no haberse nada hecho absolutamente, ó haberse muy poco hecho en materia de fuerzas coloniales. ¡Cuántos problemas han surgido de la guerra cubana! ¿Cómo habrá la nación de ocurrir á resolverlos, si no queremos acom-

pañe ó suceda un remedio á nuestra disolución colonial, nuestra disolución interior?

IV

No podía complacer á nadie la guerra tal y como se conducía en el primer período. Empezaron los gobernantes aquellos por propensiones de reconciliación y por materiales reminiscencias del Zanjón, cuando se necesitaba quizás caer con golpe tremendo sobre la insurrección y aplastar con furia española sus gérmenes; acabaron por símbolos de intransigencia y de cóleras menos comprensibles cuanto más vigilados nos veíamos y más requeridos á procedimientos, llamados por la perfidia de nuestra enemiga la sociedad yankee, humanitarios, mientras se apercibía ella con cautela indudable á comenzar y á sostener el más horrible atentado que han conocido los tiempos en su ira cruel y bárbara. Mas, fueran acertados ó no fueran acertados los procedimientos en el primer trienio seguido, ninguno trajo las consecuencias esperadas con anhelo general; ninguno trajo la pacificación pronta, ni el método primero de conciliación más ó menos aparente, ni el método segundo, más ó menos aparente, de intransigencia y rigor. La enfermedad continuaba en gravedad suma, complicándose á cada paso con la cuestión exterior, exacerbadísima por un Presidente propenso, muy al contrario de su eminente antecesor, hacia la guerra y hacia la conquista. Entonces la miopía de ilusiones y esperanzas forjó para concluir la guerra civil, amén del método natural ó del método guerrero, dos otros métodos, conocidos con los nombres de método diplomático y método político. Mala para mí toda guerra, pero entonces preferible á procedimientos de una verdadera indefinición en sus términos y de una imposible práctica en sus aplicaciones. El método diplomático significaba tratos con los Estados Unidos y con las primeras 'poten-

cias del mundo á la hora en que los Estados Unidos y las demás potencias del mundo estaban más intratables. El método político significaba reformas improvisadísimas, inoportunas en medio de la guerra, muy saludables de haberlas puesto por obra dos lustros antes, trocadas, por su inoportunidad manifiesta, de medicina en extremaunción. Por estas razones me opuse yo, conociendo como el partido liberal no traería remedio, sino agravaciones del mal, á que subiese hacia un Gobierno en que sólo podían aguardarle catástrofes, aunque sólo reservase sus fuerzas para el remedio en lo posible de esta catástrofe, cuyo estallido tocaba por decreto providencial á sus predecesores en suerte, y no había para qué participar de tal suerte adversa. Pero nadie me hizo caso. Aquí hace tiempo gobierna un poder anónimo é irresponsable de las Convenciones republicanas y de las Asambleas constituyentes, una prensa muy temida, y esta prensa llevó los liberales como de la mano al Gobierno por cambiar de postura en el triste lecho de nuestra irremediable agonía y por hacer que hacemos. Cosa inconveniente cambiar los tiros de una diligencia en medio del vado, aunque parezca el vado fácil. Los conservadores se ufanaban de tener casi concluída la guerra, y aunque fueran estas creencias ilusiones del deseo, creyéronlas muchas gentes, sobre todo creyólas á pies juntos la oposición, quien forma en España la mayoría de los opinantes, y constituye, por ende, á su guisa y gusto, la opinión universal. Se complicaron los tres métodos, embarazándose unos con otros, como tres clases de medicinas propinadas á un enfermo grave, las cuales únicamente sirven ya, en tales extremidades, no á procurar el remedio, á precipitar el desahucio. Si con el cambio de dirección y de procedimiento en la guerra; con las dos constituciones autonómicas dadas por el poder real convertido en poder constituyente; si con el triste arribo de los radicales y de los exagerados al gobierno cubano se conseguía la paz, bien hecho estaba todo; pero si, al revés, nada se conseguía; cuanto se agravaban nuestros males con reformas pro-

gresivas dadas en tiempos tan opuestos á todo progreso, cual son los tiempos de guerra, litigio armado y violento en que un despotismo se opone á otro despotismo, huyendo de sus cruentísimos senos la libertad y el derecho. Toda guerra es pésima; lo son las mismas guerras libertadoras, que si suelen traer á la larga buenas consecuencias, por el pronto lo perturbaban todo y proscriben la libertad y el derecho. Si para intentar y conseguir la paz internacional se han tenido que suspender las garantías constitucionales aquende los mares ¿cómo allende se aplicó el más amplio régimen de gobierno propio y propio derecho, reinando una guerra, y una guerra cruel? El método político tenía que marrar por inoportuno, y tenía que marrar el método diplomático por imposible. Ni las constituciones autonómicas, ni los trabajos diplomáticos, dieron fruto de ningún género: las unas, recrudeciendo aquella grande agitación y reanimando la guerra entre incondicionales y avanzados, produjeron las manifestaciones ocasionales de la entrada del *Maine*, buque nefasto, en nuestra grande bahía colonial, mientras las otras concluyeron atrayendo al fin y la postre una injustificada é increíble declaración de guerra. Fueron ambas medidas como esos pararrayos que, teniendo soluciones de continuidad en sus hierros ó interposición de materias malas conductoras del flúido eléctrico, no conjuran las incendiarias centellas, las atraen y llaman. Así de golpe horroroso en golpe horroroso, nos encontramos con una declaración de guerra, cuya responsabilidad no toca ni puede tocar á ningún estadista ni á ningún Gobierno español, cuya responsabilidad toca y pertenece á quien la concibió sin razón y la declaró sin motivo, por un acto de voluntad tan arbitrario como el que pudiera concebir y poner por obra el capricho de cualquier déspota endiosado. Creíamos que sólo eran Emperadores, dioses y bestias al mismo tiempo, los Ciro, los Sardanápalo, los Baltasares, los Jerjes, los Nabucodonosores; sónlo también los pueblos, y los pueblos republicanos, cuando pierden su naturaleza propia y

reniegan del fin y objeto para que fueron criados. Después del *ultimatum* requiriéndonos para que abandonáramos Cuba, no podíamos de modo ninguno abandonarla sin una declaración solemne de nuestro derecho y sin una protesta moral en armas. Pero, como ahora los conservadores aseguran que jamás hubieran llegado hasta la guerra, debe lamentarse no precedieran á las conferencias habidas entre nuestro Gobierno y los llamados por la opinión estadistas y conspícuos al hacerse la paz, otras semejantes al declararse la guerra. Quizás entonces alguno propusiera una manifestación de nuestras fuerzas frente á las fuerzas contrarias; de nuestros recursos frente á los recursos enemigos; de nuestra posición en el golfo mejicano frente á la posición americana, y propusiera una dejación de nuestro derecho en Cuba, so intimaciones incontrastables, sin esgrimir un arma y apelando á la conciencia universal. Pero una cosa es pensar desde abajo y otra ordenar desde arriba. Cualquiera Ministerio español, colocado en la situación del Ministerio gobernante ahora, hiciera lo hecho por éste: aceptar una guerra no querida por él é impuesta por ese conjunto de fuerzas á cuyo resultado y suma llamamos fatalidad.

V

Lo he dicho arriba y me ratifico en ello: ningún Gobierno español es responsable de una guerra, declarada por la voluntad sin freno de un Gobierno extranjero sin escrúpulo. Pero, en la dirección y desarrollo de la guerra, se han visto deficiencias que han exacerbado mucho el sentimiento público y traídonos una desconsideración universal hasta respecto de virtudes y calidades que creíamos congénitas al carácter y al temperamento nacional. ¿Cómo no advertimos la escuadra yankee del Asia, que debía causar nuestros primeros desastres? ¿Cómo no teníamos impedimento alguno frente al enemigo en el canal que abre paso á la bahía de Manila? Nues-

tros enemigos han podido quemar una escuadra en Cavite; armar los rebeldes tagalos y volverlos contra nosotros; llamar sobre la ratonera de Santiago nuestros primeros barcos, para perderlos uno á uno en su salida ó quedarse con ellos; acabar pronto con un sitio como el de la banda oriental cubana, que con sólo durar los hubiera exterminado; quedarse con Cuba sin disparar por ella un tiro; convertir en conquista heroica el paseo militar por Puerto Rico; rematar una rebelión que apenas mantenían unos quince mil hombres con programas de reclutamientos nunca comenzados, y con columnas en el papel de números fantásticos, y no de soldados en carne y hueso. El motín sanitario hecho por los yankees en la vencida Santiago, para salir por cualquier camino de aquel horno devorador, enseña cuáles resultados obtuviéramos de resistir un poco, como se suele resistir en esta nación de los sitios, y hacer algunas segundas salidas tan heroicas como fueran las primeras, de cuya fuerza y empuje nos prometimos títulos inmarcesibles de gloria con esperanzas seguras de triunfo. Pero todo marró en verdad. Y marró, porque siempre carecimos de un presupuesto suficiente á satisfacer las exigencias de nuestro vasto Imperio y las obligaciones con este Imperio contraídas. Yo recuerdo las miles de calumnias esparcidas en este país de la envidia por los innumerables envidiosos, aquí existentes, contra el ferrocarril central de Cuba. Si en los veinte años últimos se hubiera hecho, como debió hacerse, ¿tuviéramos tan desprovista de víveres y pertrechos á Santiago, como la hemos tenido? El combate verdaderamente titánico de Manila enseña cuánto se puede hacer con voluntarios y soldados españoles cuando se les dirige bien, siendo complexión y temperamento natural de nuestras gloriosísimas tropas el heroísmo. Pero, empeñados en una guerra marítima, perdimos al primer golpe todos nuestros barcos, y no podíamos mantener ésta en el mar, porque nadie puede lo imposible.

VI

Necesitaríanse las quejas de Job y los plañidos de Jeremías para llorar nuestras desgracias. Manila incendiada y puesta en trance de muerte por el infame ayuntamiento de los yankees voraces con los tagalos rebeldes; cortadas las comunicaciones entre la Metrópoli y el Archipiélago; falto éste de todo recurso y desesperado de todo auxilio; sumergidas en el mar ó acaparadas por la violencia nuestras naves, factores capitales de la defensa territorial; prisioneros ó muertos los marinos; rotas las navales máquinas á que fiáramos nuestra salvación y en que consumiéramos nuestros ahorros; el pabellón estrellado extendiendo sus nefastas estrellas desde la mar de los Caribes á la mar de los indochinos, sin protesta y sin resistencia posible de nuestra parte; Santiago entregada con todos los ejércitos del Oriente cubano y entregada ó caída, para más dolor, al ejército derrotado en sus trincheras improvisadas y consumido por los ardores del trópico; bloqueada Cuba sin los auxiliares necesarios marítimos, y sin esperanza de provisionarse para bien defenderse del hambre, la incontrastable fuerza sitiadora; Puerto Rico asaltado; amenazadas las Canarias; amagando un bombardeo asolador los primeros puertos de nuestras costas; nada tan difícil como la continuación de una guerra internacional, equivalente á temerosísimo suicidio. Yo sé cuanto le duele al temperamento español hacer declaraciones de conformidad con el hado adverso y con el destino implacable. Nuestra patria es como patria del elemento psíquico por excelencia: de la voluntad. Un poeta español fue quien dijo: «La causa del vencedor agradó á los dioses; la del vencido á Catón.» Como hemos hecho lo imposible, creémoslo posible todo en el mundo á nuestro esfuerzo. Solos combatimos al continente asiático y al continente africano, por lo menos á los musulmanes, extendidos desde el estrecho

gaditano hasta la Meca, en el combate de los siete siglos; solos descubrimos y nos apropiamos el Nuevo Mundo. Así no hemos contado nunca nuestros enemigos, ni en las guerras catalanas con Oriente, ni en las guerras nacionales con Bonaparte aquí en Occidente. Bajo el imperio de tales recuerdos, ni distinguimos de circunstancias sociales, cual debemos distinguir, ni estimamos cual debemos estimar el medio ambiente. Como aquellos ejércitos feudales, que no querían tomar en cuenta la invención del explosivo por excelencia, de la pólvora, y después de hallada remitían á su brazo y á su lanza y á su armadura la defensa personal; nosotros no hemos tenido en cuenta para el gran litigio armado nada más que nuestro valor personal y en este valor hemos librado nuestra esperanza de contrastar, si no de vencer, al pueblo más químico y más mecánico que hay en la tierra, el pueblo de las grandes invenciones contemporáneas, que, si no ha descubierto el vapor, se ha servido del vapor como nadie, y si no ha descubierto la electricidad, ha con saber milagroso aplicado la electricidad al pararrayos, al telégrafo, al fonógrafo, á la iluminación de nuestras noches en maravillosas magias. Así nuevamente se ha visto en esta guerra que, al tratarse del valor de cada combatiente, á nuestros contrarios aventajamos en toda ocasión, y al tratarse de las fuerzas físicas y mecánicas, que agrandan tanto el valor, hemos sufrido una inferioridad indecible. Compárense las máquinas de guerra y los explosibles que tenían en sus barcos nuestros enemigos, con las máquinas de guerra y los explosibles que teníamos nosotros en nuestros barcos, inferiores por su número á los suyos, y dígaseme luego si la ciencia y la industria no vencerán siempre á la tradición y á la rutina. Por mucho que nos cueste, necesitamos y debemos declarar como España está vencida. Se anuda la garganta, se detiene la pluma, diciendo de palabra ó por escrito nuestra derrota, pero hay que decirla, por ser verdad, y para ver si en tristes experiencias conseguimos algún reconocimiento de nuestros errores por nosotros mismos, y enmendamos con en-

mienda pertinaz y sabia todas nuestras faltas y todas nuestras culpas. Del enemigo, bajo cuyos atropelladores pies hemos caído, no hay que aguardar ninguna consideración, por ser naturalmente inconsiderado; no hay que aguardar ninguna piedad, por ser naturalmente despiadadísimo. Parece imposible, tras cuatro mil años de civilización histórica en el planeta; los hijos del cristianismo y de la revolución, después de haber proclamado y conseguido aquellos derechos humanos, protectores del alma y de la vida, hechura de la justicia universal, estamos en el caso de repetir las palabras de los viejos conquistadores clásicas: *ulla salus victis, nullam sperare salutem*. Lo que ahora se ha visto no se había visto nunca; no se había visto, convenida en principio la paz y preparado el protocolo, perseguir los vencedores á sus beligerantes cuando rotos y vencidos se proclamaban; asediar en el Oriente cubano las poblaciones casi rendidas y arremeter con los soldados ya inermes casi; bombardear é incendiar á Manila, merecedora de otra suerte por su heroico martirio; seguir la invasión injustificadísima de Puerto Rico, siempre fiel á su España, todo ello, como no tienen los vencedores más razón que su fuerza, ni más título que su victoria, todo ello en requerimiento y busca de algun pretexto con que justificar sus procedimientos prehistóricos, propios de tiempos bárbaros, que nos hacen descender á todos en las gradas del organismo hasta las especies inferiores, una salvaje conquista. Han conquistado nuestras Antillas; no tenemos más remedio que sufrir la dura ley del vencedor y conformarnos con la horrible suerte del vencido.

VII

Estamos volviendo atrás la vista siempre. Convirtámosla hoy adelante. Nuestros barcos sumergidos, nuestros mauseres por el vencedor acaparados, nuestro ejército roto en tierra y roto en mar, nuestra Deuda en proporciones aterradoras au-

mentada, nuestros desahogos económicos en las colonias cortados ó suspensos, la miseria consiguiente á una guerra que trae aparejada la peste misma, el estado de completa desorganización en que acaban de caer los partidos gobernantes, las reconvenciones consuetudinarias entre vencidos y la rebusca de responsabilidades hacen indispensable trazar para lo porvenir una línea política, cuyos puntos en el espacio sean otras tantas ideas en el espíritu, formando su resumen un inflamado luminoso ideal, á que necesitemos sujetarnos en nuestros pensamientos y en nuestros actos. Yo sé muy bien cómo la traidora reacción, acechándonos á la continua, imputa el marro de la dominación colonial á las ideas democráticas y á los Gobiernos progresivos. No conozco especie política tan infundada como esta vulgar especie. Si son elementos precisos de nuestra nacionalidad los principios reaccionarios, hay que despedirse, no ya de las colonias, de la nación misma, pues imposible toda vida social para los pueblos cultos fuera del espíritu moderno, como imposible toda vida natural para los hombres todos fuera del aire atmosférico. Yo no acostumbro á exigir tremendas responsabilidades, sólo exigibles por la opinión y por la Historia. Pero, cuando con frecuencia leo y escucho la imputación de que nos ha perdido en Cuba y Filipinas el elemento progresivo de nuestra sociedad, declaro habernos perdido el elemento reaccionario. Con sólo citar la oligarquía negrera en Occidente y la oligarquía teocrática en Oriente, basta para persuadirse á creer la reacción causa primera y exclusiva de nuestros desastres. Si mal del grado de los egoistas negreros diéramos en Cuba el gobierno á los cubanos de sí mismos, no triunfan como han triunfado los mam-bises; y si diéramos en Filipinas la desamortización eclesiástica, mal del grado de nuestros intolerables frailes, no combaten como han combatido los tagalos. Aun admitiendo lo contrario de la verdad, aun admitiendo que masones y demócratas dominaran Cuba y Filipinas, tenían mucho que hacer para desarraigar los efectos producidos por cuatro siglos de

frailes y negreros. ¿Quién ha dicho que comenzara la pérdida de nuestras colonias con el régimen liberal y parlamentario? Perdió Felipe II los Países Bajos; perdió Felipe IV, Portugal; perdió Felipe V, Gibraltar; perdió Isabel de Farnesio, Nápoles y Sicilia; entregaron los Braganzas, Tánger á Inglaterra, y dividieron de Portugal el Brasil; empiezan á perderse para la península ibérica los dominios lusitanos cuando muere Don Sebastián en el desierto; empiezan á perderse los dominios americanos con Carlos III, que pelea por sujetar territorios antiguamente españoles á los yankees, asistidos en su rebelión colonial por los Reyes absolutos de Francia y España, unidos con el pacto de familia; y al nombre nefasto de Fernando VII va unida la separación del continente americano de nuestro patrio techo. Aunque la desesperación por todas partes nos asalta, yo fío en Dios no perderemos los dos únicos bienes interiores que nos quedan: la paz y la libertad. Debemos estar afligidos; no debemos estar desesperados. Peor que nosotros se veía Italia después de Novara; peor que nosotros Francia después de Sedán; peor que nosotros Prusia después de Jena. Y, sin embargo, se han reconstituído, agrandándose y extendiéndose de una manera desmedida. Lo que importa es optar por una política de sabia reconstitución económica y de buen carácter administrativo. Pueden preferirse á estos consejos míos los propósitos ambiciosos de quienes, ilusos eternamente, sueñan todavía con grandes alianzas europeas y con cruentos desquites americanos. Pero yo habré de recordar á quienes así piensan que tal política exige ríos de oro, los cuales no pueden allegarse por nuestro pueblo sino un siglo después de haberse renutrido con el trabajo en sus grandes manifestaciones de arte y ciencia, de agricultura é industria. Cuando el organismo se desmedra y enflaquece, no hay más medio de restaurarlo en su antigua robustez que renutrirlo, pues con la renutrición sus nervios se aplacan, sus músculos se aceran, sus vísceras se regularizan, y puede usar, no solamente de su inteligencia y de su corazón, puede usar de sus fuerzas corpo-

rales, cuando en los conflictos de la vida el honor ó la necesidad le reclamen á la pelea que muchas veces suele imponerse á las conciencias más serenas y á las voluntades más pacíficas. Si abrazamos una política nacional, y no de secta ó de partido; si establecemos aquellas relaciones mercantiles que han sustituido á las relaciones diplomáticas en los pueblos modernos; si pensamos, ajenos á toda veleidad de reconquista, en que nuestra hegemonía histórica y moral sobre el Nuevo Mundo español no se ha perdido porque se hayan perdido allí nuestros bienes materiales; si damos por el pie á todos los ruinosos dispendios y entramos con resolución en todas las útiles economías; si constituimos un presupuesto con sobran-tes de una manera muy vigorosa, y satisfacemos nuestros compromisos y pagamos nuestras deudas; si podemos regular y moralizar nuestra imposible administración pública, bien mostrenco de los nuevos señores feudales llamados caciques por nuestro pueblo, que se cree tratado por ellos como si fuera un pueblo de indios y de negros; si con las seguridades dadas á los intereses promovemos industrias y suscitamos industriales que recuerden cómo aquí, en el extremo de la Europa continental se halla un territorio, el cual comprende todas las riquezas continentales como en el extremo superior de nuestro cuerpo se halla la cabeza que compendia todos los nervios y mueve todos los músculos, aún podemos, no obstante los libros de caballería metidos en los sesos y el romanticismo connatural á nuestra complexión histórica, ser en este tiempo de los intereses aquello mismo que fuéramos en el tiempo de las creencias, y con el arado abriendo surcos, las lanzaderas manteniendo fábricas, en las minas nuestras piquetas, en el mar nuestros barcos mercantes, aún lograremos sacar de nuestro suelo una corona de metales preciosos que se enlace con nuestra corona de racimos y espigas y olivos, alzándose cada día con más esplendor sobre campos redimidos por el trabajo, sobre ricos productos atesorados merced á la industria y movidos por el comercio, un ideal correspondiente con nuestras

tenaces aspiraciones y concordante con las obras colosales que hemos realizado para bien de todos los pueblos en el seno de la humanidad, para continuar nuestro renombre glorioso en la Historia universal.

EMILIO CASTELAR.

Madrid, 30 de Septiembre de 1898.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Psychologie des Sectes, par Scipio Sighele, agrégé á l'Université de Pi-se, associé de l'Institut International de Sociologie. Un vol. de 231 pá-ginas.—París. Giard et Briere.—Precio: 4 francos.

La Coppia criminale y *La Folla delinquent*, dos libros del autor, despertaron en el mundo científico grandes estímulos por conocer los misterios de la colectividad, en lo que al de-recho penal atañe. Fournial, Tarde, Le Brou, de Vogüe y otros, bien refiriéndose á tales doctrinas, bien por incidencia feliz en las suyas, hicieron juicios atinadísimos, definiendo las diversas suertes de las asociaciones humanas. Entre nos-otros, cuantos quisieron darse cuenta cabal del asunto del de-lito colectivo, apenas encontraron otras fuentes que los escri-tos de la ilustre señora Arenal, y las producciones del pensa-dor positivista, que tradujo LA ESPAÑA MODERNA. Por eso el nombre de Sighele es harto conocido del público español, para que me esfuerce en probar hasta donde su reputación alcanza.

La Psychologie des Sectes, que, traducida por Braudieu, avalora la colección flamante de la *Bibliothèque Sociologique Internationale*, es la continuación lógica de la tarea empre-n-dida por el autor, con éxito tan bueno. Se compone de una *Introducción*, titulada *Los criminales modernos y las dos for-mas de la criminalidad sectaria*, de cuatro capítulos: *La evolu-*

ción de los grupos sociales, Psicología de la Secta, La moral privada y la moral sectaria, El crimen colectivo y un apéndice: *Contra el parlamentarismo*. Ya no estudia Sighele la *multitud*, colectividad de ocasión pasajera; ahonda en la psicología del primer grado, de la asociación homogénea y definida, permanente y con organización peculiar, la *secta*.

Para desentrañar cuanto tiene de sustancial, y para fijar sus influjos en la criminalidad, como para definir su papel en la vida, estudia el autor los dos tipos de la delincuencia en el individuo y en la sociedad, el atávico y el evolutivo; cómo se traduce en ellos el espíritu de la secta y lo que significa la «multitud» que domina el mundo; muestra los adelantos de la psicología social con un objetivo determinado y racional; investiga la formación de los grupos humanos, y los clasifica en heterogéneos (la multitud de la calle, del teatro, etc.) y homogéneos (la secta, la casta, la clase, el Estado). Concretándose á su asunto propio, indaga la alteración del *yo* en la secta, la influencia de la secta en la multitud, sus relaciones con otros grupos, la psicología de sus organizadores, de sus jefes, sus caracteres y su misión. La moralidad sectaria le hace discurrir acerca de las diferentes maneras de la moralidad, sustancialmente distintas, basadas en la ley de conservación de los grupos sociales, y pasando de la moralidad sectaria á la inmoralidad de la secta y á sus crímenes, define su función social en la vida.

El pensamiento de Sighele es éste: «Así como se transforma en el medio la propia personalidad, se altera el *yo* en la secta, pierde la identidad consigo mismo, de que habla Tarde, como para confundirse con el de los demás, en una conciencia difusa de todos; pero se altera *en peor*, porque los progresos de la moralidad están en razón inversa de la extensión de las uniones sociales. El hombre político y el sectario no pueden ser verdaderamente morales; pero las inmoralidades del político, como los crímenes del sectario, tiene una función en el mundo perfectamente organizada. En la minoría

sectaria late un espíritu innovador y revolucionario, y sus crímenes son los más dignos de indulgencia, porque sirven á un ideal y revelan altruismo.

El libro de Sighele es un libro sugestivo y valiente, hace pensar mucho, y es en mucho también un reflejo fiel de la vida. Pero ni sus principios me parecen indiscutibles, ni dejan de advertirse contradicciones en ellos. Más que una solución, son, á mi ver, el planteamiento de un problema.

LEOPOLDO PALACIOS.

El derecho civil y los pobres, por Antonio Menger, profesor de Derecho en la Universidad de Viena, versión española con la autorización del autor y precedida de un estudio sobre *El Derecho y la cuestión social*, por Adolfo Posada, profesor de Derecho político y administrativo en la Universidad de Oviedo. — Librería general de Victoriano Suárez. Un volumen de 440 págs.—Madrid, 1898. Su precio: 5 pesetas.

Así se titula el interesantísimo libro que, editado con la perfección que acostumbra Victoriano Suárez, acaba de ver la luz pública.

No están los tiempos en España, en esta tierra infeliz por obra de la ignorancia y de la miseria, para libros; y sin embargo, tengo para mí, que este libro habrá de ser muy leído, dando por un momento de mano á las hondas preocupaciones que nos avasallan, por los españoles que aspiren á vivir como la humanidad pide.

El por qué de esta afirmación, se encuentra enseguida en las primeras páginas del prólogo, que entiendo que se trata en él, de mano maestra, de la causa suprema de los males que aquejan al mundo actual, y que son causa también de la gravísima crisis que hoy pone en trance de perdición á nuestra desgraciada patria, y que podrán, andando el tiempo, si la gente que está preparada para *pensar, sentir y querer* no procura ponerles pronto el remedio, acabar también con la humanidad que se llama civilizada.

En el fondo del libro del profesor alemán, y del prólogo del catedrático español, late algo que pide solución, y solución pronta y eficaz; algo que se manifiesta en este hacer y deshacer perenne de los gobernantes, que parecen complacerse en acumular leyes sobre leyes, y pronunciar sin descanso abrogaciones y derogaciones de las mismas, como si buscaran moldes, fórmulas jurídicas que no encuentran; algo que se revela en esta crítica sangrienta con que los gobernados responden á la labor de los *dirigentes*, sin duda porque no aciertan con el medio á propósito para satisfacer la intensa necesidad de justicia, que es paz y amor, que aquellos experimentan.

Y este algo no puede ser otra cosa, ó mienten todas las señales, que el *egoismo* brutal de una clase que, apoderada de la suprema dirección política de la sociedad, no se siente satisfecha todavía, é insiste en que los de abajo continúen siendo *puro medio para su fin*, y así en esta práctica abusiva acentúa su *impotencia* para labrar el bien de los demás, ó para no querer otra cosa que el goce para sí misma.

En el fondo del libro del profesor alemán, como del prólogo del catedrático español, se vislumbra el remedio natural para este gravísimo padecimiento. No se trata de ninguna maravilla. *Sublata causa tollitur affectus*. Si la causa es la *impotencia* de los que dirigen para el bien de los demás, el remedio estará en sustituirlos por los que, sintiendo año tras año, y siglo tras siglo, hambre y sed de vida verdaderamente humana, poseen *in potentia* la energía para procurársela, y carecen de las condiciones para que se desenvuelva esta energía potencial.

En el carácter de esas condiciones es en lo que difieren el profesor alemán y el catedrático español. Aquel confía en absoluto en la *reforma legislativa*, que con la fuerza del Estado imponga á los poderosos *la obligación* de proteger al desvalido, hasta que éste, ya fuerte, logre *convivir* con su *obligado protector*—que esto y no otra cosa significa el magnífico estudio que Menger ha hecho del proyecto de Código civil ale-

mán, en el que demuestra, por modo magistral, que en el fondo y en la forma es todo lo contrario de lo que debía de ser, porque *es una* prueba palpable de que la *burguesía* se encastilla en la fortaleza del monopolio, y defiende á fuego y á sangre los privilegios que en otras épocas arrancó á la nobleza, y que *debía ser* una obra de paz, de conciliación, de armonía, de reconocimiento de una esencial y profunda igualdad entre todos los hombres.

En cambio, el catedrático español, en el prólogo, pensado y escrito como muy raras veces se hacen estas cosas en España, pone, á mi entender, la cuestión en su punto. No niega el valor *de la obra legislativa*, pero tiene por *anterior*, más eficaz, más saludable, la *obra educativa*: como que más vale lo que surge de *adentro*, que lo que viene de *afuera*: mejor efecto produce lo que proviene del propio *convencimiento*, que lo que resulta de la *imposición*.

Acaso esto necesite de una explicación por nuestra parte. Sin negar que la ley es elemento de educación, entendemos que cuando emana de la misma *práctica* de la vida (*¿quid leges sine moribus?*) entonces es innecesaria; porque no necesita *sanción* lo que voluntariamente se realiza, y cuando la *ley* es meramente un *capricho* del legislador, que no responde, por lo tanto, al modo de ser del pueblo, quedará reducida á una fórmula vacía.

La educación es siempre en el fondo *autoeducación*; de aquí que las influencias que repugnan á la naturaleza del educado, nunca podrán pasar de la corteza exterior, y de aquí la razón que tenemos para afirmar que la *condicionalidad* propia y exclusiva de la vida humana, ha de nacer en ella y de ella misma, y por consiguiente, de nada vale la voluntad *arbitraria* del legislador. Ahora bien: si es verdad, como dice el prologuista, que «la *ley tiene cierto valor é influjo educativo y hasta sugestivo*, y es como un *medio de difusión de la voluntad é ideas del legislador*,» entendemos que esta proposición debe limitarse á la circunstancia de que la ley responda á la situa-

ción para que ha sido estatuida, y la voluntad y las ideas del legislador á la voluntad y á las ideas de aquellos para quienes se legisla; pues en el caso contrario, ni la primera ejercerá tal influjo, ni será posible que se difundan voluntad é ideas que pugnan con las de la generalidad.

Buena prueba de este aserto nos la ofrece la historia de la humanidad, rebotante de perturbaciones, de verdaderas revoluciones ocasionadas siempre por la precipitación en *legislar*, nutridísima de abrogaciones y derogaciones de preceptos legislativos que no encarnaban en la realidad, y excelente contraprueba la encontramos en la paz de que disfrutaron y disfrutaban las naciones en las cuales se ha comenzado por formar la *opinión* antes de implantar la *ley*.

Por eso dice con hermosa frase que brota de la verdad del concepto, Posada, en su prólogo: «La acción que más legítimas esperanza puede despertar de una modificación, sin duda lenta, del actual estado de las relaciones sociales, muy especialmente de las relaciones que implican un interés económico; es la que se dirige á formar el *hombre interior*, es decir, la conciencia moral de las personas. Y he aquí por donde la cuestión social tiene, como al comenzar decía, un aspecto *pedagógico*: porque, obra de la educación en un sentido amplísimo, es, sin duda, la de formar el carácter ético de los hombres, de suerte que se conduzcan en la vida según la ley del deber y por los estímulos del amor.»

Esto no quita para que proclamemos muy alta la oportunidad del libro de Menger y su aplicación, sobre todo en nuestro país, en donde se siente, como en todos, esa necesidad á que aludíamos al principio de este trabajo, y en donde en esta materia de conciliación de intereses, de armonía de clases, casi no se ha hecho más que expresar una vaga aspiración instituyendo la Comisión de reformas sociales, que, por razones que no son de ahora, se ha detenido apenas había comenzado á dar señales de vida.

ADOLFO A. BUYLLA.

Les Lois sociales. Esquisse d'une sociologie, par G. Tarde.—1 vol. 167 págs. Paris Felix Alcan. 1898.—Su precio 2,50 francos.

El sociólogo Sr. Tarde, bien conocido entre nosotros por sus libros *Las Transformaciones del derecho*, *La criminalidad comparada*, y *Estudios penales y sociales*, (1) acaba de publicar la obrita cuyo título va al frente de esta *nota*, que aunque de corta extensión es sin embargo por extremo interesante, en dos principales respectos: de un lado, porque en las 167 páginas que la componen se condensa con relativa claridad, dado lo complejo de la materia misma, una de las manifestaciones más independientes de la sociología moderna, *extra-evolucionista*, si vale el mote, y de otro, porque mediante este *bosquejo de sociología* puede uno, con cierta mayor facilidad, darse buena cuenta del *conjunto* doctrinal de las ideas de Tarde expuestas con amplitud y detalle, en tres grandes libros titulados: *Les Lois de l'imitation*, *La Logique sociale*, y *L'Opposition Universelle*. Según el mismo nos dice, en este pequeño volumen «ha intentado dar no sólo ni precisamente el resumen ó la quinta esencia de sus tres principales obras de sociología general—las citadas— sino también y sobre todo, el lazo íntimo que las une.» Y el propósito puede estimarse logrado por completo. De hoy en adelante la *psicología*, un tanto compleja y bastante intrincada, de los razonamientos sociológicos y hasta ultrasociológicos del insigne maestro, se aclara y define mediante el estudio anterior y posterior al de los libros de sociología general, á que nos referimos, de este librito, de tan fácil y sugestiva lectura. Y digo estudio anterior y posterior al de las obras, porque tiene en mi concepto el *Bosquejo* de que hablo, una doble función.

Leído antes, aun cuando contiene repetidas alusiones á los largos desenvolvimientos de las obras fundamentales, sin em-

(1) Tres volúmenes publicados por LA ESPAÑA MODERNA.

bargo, se ha hecho la condensación con tal arte, que puede formarse desde luego una idea general del pensamiento sociológico del autor, lo que prepara y orienta de un modo muy adecuado, para poder juzgar la posición personal del sociólogo francés, especialmente ante la gran corriente evolucionista spenceriana, y seguirle con paso firme por todas las sinuosidades y aparentes laberintos, al agudo y perspicaz investigador de las leyes de la imitación. Leído este librito, después sirve para mucho: para ordenar y definir, y sobre todo *asir* lo que según el autor mismo constituye la unidad íntima del sistema.

El libro *Las leyes sociales* consta de tres capítulos, con una *introducción* y una *conclusión*. Sirve la introducción para preparar las indagaciones sucesivas, presentando al alcance filosófico de las tres ideas capitales en el sistema sociológico ó quizá *general* del Sr. Tarde: la repetición, la oposición y la adaptación: en el capítulo primero se habla de la repetición de los fenómenos, en el segundo de la oposición de los fenómenos, y en el tercero de la adaptación de los fenómenos. La *conclusión*, magistralmente hecha, comprende el último *abstractum* de esta quinta esencia del sistema sociológico de Tarde. En ella se condensan las ideas capitales, y en ella (pág. 159 sobre todo) afirma el ilustre sabio la posición independiente del evolucionismo — posición con cimentación psicológica y hasta quizá *metafísica!* — de su concepción original, y de las consecuencias de esta concepción.

ADOLFO POSADA.

OBRAS NUEVAS

- Barrantes (V. de).—Plan nuevo de educación completa para una señorita al salir del colegio. En 12.º, 97 págs.: 1 pta.
- Benlliure y Viciano (V.)—Leyes y reglamentos que rigen el impuesto sobre carruajes y caballerías de lujo. En 4.º, 66 págs.: 1 peseta.
- Bernaldo de Quirós (C.)—Las nuevas teorías de la criminalidad. En 4.º, 357 págs.: 5 ptas.
- Biblioteca bascongada. *Tomos 21 y 22.*
- Blázquez y Delgado Aguilera (A.)—Historia de la provincia de Ciudad Real. En 4.º, 184 págs.: 3 pesetas
- Caballero-Infante y Zuazo (F.)—Aureos y barras de oro y plata encontrados en el pueblo de Santiponce al sitio que fué Itálica. En 4.º, 47 págs.
- Cabezas (M.)—La crisis industrial agrícola-social. En 4.º. 24 páginas: 1 peseta.
- Casañal Shakery (A.)—Fruslerías (versos). En 12.º 106 págs.: 1,50 pesetas.
- Castellanos (M. P.)—Historia de Marruecos. *Tercera edición.* En 4.º, ix-687 págs.: 7 ptas.
- Cocat (L.) y Criado (H.)—El ratón y el gato, zarzuela. En 8.º, 29 páginas: 1 peseta.
- Colección de documentos inéditos para la historia de Chile, desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo (1518-1818), colectados y publicados por J. T. Medina. *Tomo XVI.* (Valdivia y sus compañeros. IX.) Santiago de Chile. Imprenta Elzeviriana. 1898. En 4.º may., 492 págs.: 15 pesetas.
- Coll y Bofill (J. C.)—Tesis para el Doctorado en medicina y cirugía. Tiroidoterapia. En 4.º, 47 páginas: 2 ptas.
- Cruz (R. de la).—Las castañeras picadas; sainete refundido en tres cuadros por Carlos Fernández Shaw. En 4.º, 45 págs.
- Díaz Valero (C.)—Cartilla pena para uso de las Escuelas de primera enseñanza. En 8.º, 93 páginas: 1 pta.
- Díez-Canedo y Lletget (F.) y Marín

- y Boné (A.)—Nuevas tablas para acreditar haberes á los empleados del Estado. En 8.º, 128 páginas: 2 ptas.
- Escalafón general de los jefes y oficiales del Cuerpo de Sanidad Militar. En 4.º apaisado, 56 páginas.
- Exposición (La) nacional de Bellas Artes de 1897. Reproducción autotípica de las obras más notables. Reseña crítica, por D. Francisco Alcántara. En 4.º may., 18 cuadernos con 294 págs. y grabados: 13,50 ptas.
- Fernández (C.) — Nuevas fábulas ascéticas en variedad de metros. En 8.º, 65 págs.: 1 pta.
- Fernández (P.) — Aguas Buenas; pretexto, motivo ó cosa así para una velada cómico-lírico-poético-bailable. En 4.º, 15 págs.: 1 peseta.
- Fernández López (M.) y Gestoso Pérez (J.)—Discursos leídos ante la Real Academia sevillana de Buenas Letras. En 4.º, 47 páginas.
- Tema: Modernos descubrimientos arqueológicos de Carmona.
- García Duarte (R.)—De la gastroectasia. Discursos leídos en la Real Academia de Medicina y Cirugía de Granada. En 4.º, 38 páginas.
- García Tejero (A.)—Facultad de Medicina. Tesis para el grado de Doctor. De la viruela y su tratamiento. En 4.º, 29 págs.
- Granés (S. M.) y García Rufino (J.) —El baño de Diana; juguete cómico-lírico en un acto. En 4.º, 29 páginas: 1 pta.
- González Cando (L.) y López Alvarez (A.) —De visita; propósito en un acto y dos escenas en verso. En 4.º, 17 págs.: 1 pta.
- Hernández (I.)—La virtud premiada; zarzuela infantil en un acto. En 4.º, 15 págs.: 1 pta.
- Impuesto de exportación. Tarifa para la exacción del impuesto de exportación creado por la ley de Presupuestos de 1898-99, aprobado por Real orden de 29 de Junio de 1898. En 12.º apaisado, 29 páginas: 75 céntimos.
- Llorens y Asensio (V)—Historia general de Filipinas y Catálogo de los documentos referentes á estas islas, que se conservan en el Archivo general de Indias. *Cuaderno I.* Cada cuaderno 1 peseta.
- Mallada (L.)—Memorias de la Comisión del Mapa geológico de España. *Tomo III.* Sistema devoniano y carbonífero. En 4.º, 405 páginas con grabados: 15 pesetas.
- Manuel de Ferrer (L.) — Medios prácticos para fomentar la instrucción de las masas populares. En 4.º, 16 págs.: 15 céntimos.
- Martín Granizo (I.) y Saldaña (Q.) —Soñar despierto; monólogo. En 8.º, 13 págs.: 25 céntimos.
- Descripción del Arzobispado de México hecha en 1570, y otros documentos. México, 1897. En 4.º, iv-461 págs: 16 ptas.
- Estadística minera de España, correspondiente al año de 1897. En 4.º mayor, 150 págs.
- Navarro (C.)—Las aguas buenas; juguete lírico en un acto. En 4.º, 32 págs.: 1 pta.
- Ollero (D.)—Discursos leídos ante la Real Academia de Ciencias

exactas, físicas y naturales. En 4.º, 90 págs.

Tema: Los progresos de las armas de fuego en su relación con las ciencias matemáticas.

Pérez Constanti (P.)—Biografía del escultor Ferreiro. En 4.º, 32 páginas.

Perrín (G.) y Palacios (M. de).—Pepe Gallardo; zarzuela cómica en un acto. En 4.º, 55 págs.: 1 peseta.

Rivas y Ruiz (L.)—La enseñanza superior en España. En 4.º, 97 páginas: 1 pta.

Roldán y Vizcaino (F.)—Datos para los tanteos de defensa, fortificación y armamento en las posicio-

nes marítimas. En 8.º, 194 págs.: 3 ptas.

Idem.—El poder naval comparado de las distintas naciones. En 4.º mayor, 20 págs.: 50 céntimos.

Sánchez Tirado (A.)—Abrojos y Flores. En 8.º, 159 págs.: 1 pta.

Silva (F.)—Manual del empleado de Hacienda. En 8.º, 447 págs.: 1 peseta.

Vidal y Blanca (J.) y Ramírez y Ramírez (F. de P.)—Guía general de la legislación marítima. Tomo II, H-Z. En 4.º, 1078 págs.: 12 ptas.

Villegas Arango (E.)—Las campesinas; juguete lírico en un acto. En 4.º, 37 págs.: 1 pta.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Uladimiro Korolenko</i> , por X.....	5
<i>El Desertor de Sajalín</i> , (novela) por Uladimiro Korolenko.....	10
<i>De la guerra</i> , por Ignotus.....	39
<i>El problema actual del patriotismo</i> , por Rafael Altamira.....	63
<i>Bajo los Austrias.—La mujer española en la Minerva literaria castellana</i> (conclusión), por Juan Pérez de Guzmán.....	90
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	121
<i>La Prensa Internacional: Lógica parlamentaria</i> , por Guillermo Gerardo Hamilton.....	151
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	167
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	177
<i>Notas bibliográficas</i> , por Leopoldo Palacios, Adolfo A. Buylla y A. Posada.....	197
<i>Obras nuevas</i>	205